

INSPIRACIONES DEL CLAUSTRO

POR

Luís José Joaquim Junqueira Freire

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO

POR

John Sebastián Castrillón Correa

PEREIRA

Colombia

2019

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso del traductor. Todos los derechos reservados.

© 2019 John Sebastián Castrillón Correa, por la traducción.

Agradecimiento especial al *Núcleo de Pesquisas em Informática,
Literatura e Linguística de la Universidad Federal* de Santa Catarina,
por digitalizar el texto original en portugués y contribuir
a la preservación de las obras literarias.

TABLA DE CONTENIDO

PRÓLOGO	6
BREVE APROXIMACIÓN HISTÓRICA	8
BIBLIOGRAFÍA	13
¿POR QUÉ CANTO?	15
POR QUE CANTO?	17
EL REMORDIMIENTO DE LA INOCENTE	19
O REMORSO DA INOCENTE	21
PEDIDO	23
PEDIDO	25
MEDITACIÓN	26
MEDITAÇÃO	31
EL APOSTOL ENTRE LAS GENTES	36
O APÓSTOLO ENTRE AS GENTES	41
EL JESUITA	45
O JESUÍTA	46
LA FLOR MARCHITA DEL ALTAR	47
A FLOR MURCHA DO ALTAR	49
EL INCIENSO DEL ALTAR	51
O INCENSO DO ALTAR	54
EL MISÁNTROPO	56
O MISANTROPO	59
LA HUÉRFANA EN LA COSTURA	62
A ÓRFÃ NA COSTURA	63
MI HIJO EN EL CLAUSTRO	65
MEU FILHO NO CLAUSTRO	68
MILTON	70
MILTON	72
POBRE Y SOBERBIO	73
POBRE E SOBERBO	77
LOS CLAUSTROS	81
OS CLAUSTROS	90
SOR ÁNGELA	98
SÓROR-ÂNGELA	100
LA MONJA	102
A FREIRA	106
LA DEVOTA	109
A DEVOTA	111

FRAY BASTOS	113
FREI BASTOS	115
EL RENEGADO.....	116
O RENEGADO.....	122
EL MONGE	127
O MONGE	136
EL APÓSTATA.....	145
O APÓSTATA.....	146
EL CONVERSO.....	147
O CONVERSO.....	148
ELLA	149
ELA.....	152
SALUDO	154
SAUDAÇÃO	156
ME DEJAS.....	158
DEIXAS-ME.....	159
A LA PROFESIÓN	160
CANTO	163
CANTO	165
NOSTALGIA	168
A LOS TÚMULOS.....	171
AOS TÚMULOS	173
LA MUERTE EN EL CLAUSTRO.....	175
CANTO FÚNEBRE	180
CANTO FÚNEBRE	182
POEMA FÚNEBRE	184
POEMA FÚNEBRE	191
NENIA.....	198
NÊNIA.....	204
LOS DOS CADÁVERES	211
OS DOIS CADÁVERES	213
¡Ay!	216
AI!.....	219
UN TÚMULO MÁS.....	221
MAIS UM TÚMULO	223

PRÓLOGO

La obra *Inspiraciones del Claustro* se encuentra compuesta por una serie de poemas escritos por el Bahiano Luís José Junqueira Freire publicados en el año 1855. Esta cuenta con un valor especial debido a que fue escrita mientras el autor se encontraba dentro de un claustro al que luego renunciaría por falta de convicción y por oposición al dogma célibe.

Junqueira Freire nació el 31 de diciembre de 1832. A la edad de 7 años se matricula en una escuela pública donde es calificado de irrepreensible. En el año 1846 ha iniciado sus estudios en latín con Fray Arsênio da Natividade Moura, quien después sería el Abad General de la Congregación Benedictina. En febrero del año 1851 se presenta al convento de San Benito donde recibe el hábito de monje benedictino. Al año siguiente hace su profesión adoptando el nombre de Fray Luís de Santa Escolástica Junqueira Freire. Para marzo del año 1854 hace su petición de secularización, la cual no le será aceptada hasta noviembre del mismo año. En 1855 publica el libro *Inspiraciones del Claustro*, y el 24 de junio del mismo año muere de un problema cardíaco, que sufría desde la infancia, a la edad de 22.

Si se tienen en cuenta las fechas, podrá verse que Junqueira Freire ingresó al convento teniendo solamente 18 años. Para muchos autores es claro al leer sus poemas que él decidió encerrarse con el fin de tomar una postura ascética del mundo, cosa que no logró y lo llevó a desistir del aislamiento. Esto es lo que hace de este poemario uno de los más importantes de la literatura brasileña: en él se muestra una visión de mundo melancólica y pesimista desde el encierro, además de una elocuencia que asombra al dejar ver que fue escrito a una edad tan temprana (desde los 18 a los 22 años).

Al día de hoy son nulos los estudios a *Inspiraciones del Claustro* en español, dado a que el poemario no había sido traducido a ninguna lengua, lo que deja únicamente algunos postulados teóricos brasileños y portugueses. Pareciera que ha quedado en el olvido la obra de Junqueira Freire, puesto que los estudios a sus obras datan, en este momento, en el mejor de los casos, con 15 años de haber sido publicados. Esto se debe, muy probablemente, a que el autor no gozó de mayor reconocimiento por motivo de su pronto deceso, cosa que se puede notar en el hecho de que *Inspiraciones del Claustro* no fue

publicada en Portugal sino hasta el año 1867, es decir, 12 años después de su muerte. De igual manera, se discute hoy en día si el supuesto retrato con el que siempre se le representa es en realidad de él. La muerte temprana ha sido culpable no sólo de arrebatar su mente ilustre, sino también de su pronto olvido.

El último texto importante hecho por el Gobierno de Brasil hacia el autor, data del centenario de su muerte, 1955, en el cual se le nombra como una notable figura del Romanticismo Brasileño. De esto ya han corrido 64 años, lo cual da cuenta del olvido al que ha sido dejado aún por parte del Ministerio de Educación y Cultura.

Probablemente llevar el texto a otros idiomas permitiría no sólo evitar el eminente olvido al que se enfrenta, sino que también daría paso a investigaciones sobre el romanticismo brasileño, que ha sido aislado, al igual que el mismo país, por causa una barrera lingüística que dificulta el acceso a obras igual de importantes como las de Hispanoamérica.

Por lo anterior fue que decidí traer a la lengua española una obra digna de ser estudiada desde su enfoque literario, su espacio estético-temporal dentro del Romanticismo y el reflejo de la naciente cultura brasileña.

John Sebastián Castrillón Correa

Noviembre de 2019

Pereira, Colombia

BREVE APROXIMACIÓN HISTÓRICA

Los inicios de la literatura brasileña, al igual que la literatura hispanoamericana, no tiene sus raíces estrictamente en los nativos brasileños o criollos, sino en los cronistas y jesuitas portugueses que relataban el exotismo del nuevo mundo desde una perspectiva colonizadora como en los textos A Carta de Pero Vaz de Caminha (1500), Diálogo sobre a conversão do gentio, del padre Manuel da Nóbrega (1556) o Tratado descritivo do Brasil, de Gabriel Soares de Sousa (1587).

Es posible afirmar que, como dice Douglas Tufano (1983) en su libro Estudos de Literatura Brasileira, "las raíces de la literatura brasileña se encuentran en los textos producidos en el primer siglo de la colonización", pues la necesidad de contacto de los colonizadores con las tribus indígenas fue inminente para lograr la adaptación al territorio geográfico.

Si se tiene en cuenta que Brasil fue una colonia del Imperio Portugués hasta al año 1822, será fácil encontrar que la producción artística y, en especial, la literaria, estaba sujeta a la forma heredada de los portugueses, lo cual hace de ella una expresión colonial sin mayor rasgo culturalmente distintivo a las producciones del país ibérico. Es por esto que José Veríssimo (s.f.) afirma en su libro História da Literatura Brasileira que "hasta casi acabar el siglo XVIII, [la producción literaria] no presenta periodos claros y definidos de su evolución en ese lapso".

Tufano (1983) reconoce que desde el siglo XVI hay una constante en lo que luego sería una característica de la literatura en el Brasil colonial: el abrasileiramento, que puede entenderse como la constante búsqueda de generar una identidad cultural, debido a que los nacidos en el país ya no veían su entorno con los mismos ojos de los colonizadores, sino que crearon una visión propia; sin embargo, como ya fue expuesto por Veríssimo, los cambios no fueron lo suficientemente notables de tal forma que los distinguiese de las formas portuguesas.

Por lo anterior Tufano reconoce dos momentos en la historia de la producción literaria brasileña: la literatura del periodo colonial (1500 – 1822) y la literatura del periodo nacional (1822 hasta el presente).

Lo que se denomina como literatura del periodo colonial no es más que el momento en el que fue impuesta a los escritores la cultura de Portugal junto con sus formas de pensar y expresar. En este periodo de tiempo no es posible hablar de estilos literarios debido a que social y económicamente no había cabida para ello. Puede hablarse, sí, de manifestaciones literarias de grupos de escritores aislados, pero sus obras siguen estando impregnadas de los patrones y modas portugueses. Por otro lado, la literatura del periodo nacional tiene como característica principal el intento por conseguir una autonomía cultural cada vez mayor. Es así como desde el Romanticismo, dado a las transformaciones sociales y políticas del siglo XIX, los movimientos literarios ganan más fuerza hasta consolidarse propiamente en el siglo XX con el Modernismo.

Para lograr una comprensión correcta del Romanticismo, es necesario comprender que este fue tanto una categoría psicológica como histórica: la primera muestra un modo de sensibilidad, la segunda hace referencia a un movimiento artístico específico.

Dentro de la categoría psicológica se encuentra la intimidad, la espiritualidad y el deseo de lo infinito. Esa sensibilidad romántica se fundamenta en el amor a lo que no tiene solución y a la ambivalencia, que unen y separan opuestos: "del entusiasmo a la melancolía, de la nostalgia al fervor, de la exaltación confiada al desespero" (Guinsburg, 1978). Este modo de pensar ya ha existido en el pasado, pero sólo llegó a consolidarse en el Romanticismo por medio de la literatura y el arte, forjando un comportamiento espiritual definido que conlleva en sí mismo una visión de mundo.

La categoría histórica deja ver cómo este movimiento artístico se destaca por su ruptura con los patrones clásicos del arte en el siglo XIX con el desarrollo de una sociedad industrial que se opone a los valores de la ilustración. El Romanticismo se sitúa en medio del "Ancien Régime y el liberalismo, entre el modo de vida de la sociedad preindustrial y el ethos naciente de la civilización urbana sobre la economía de mercado" (Guinsburg, 1978), lo cual deja entrever un momento histórico de choque entre las formas y pensamiento de vida.

Sin duda, el Romanticismo es un movimiento nacido en Europa, especialmente en países como Alemania, Inglaterra y Francia, donde la clase política noble comienza a perder su poder y, en contraposición, se erige la burguesía y el proletariado bajo los ideales de libertad. El caso es completamente distinto en las colonias de estos imperios, lo cual incluye a Brasil, el cual "egresado del puro colonialismo, mantiene las columnas del poder agrario: el latifundio, el esclavismo, la economía de exportación. Y sigue la ruta de la monarquía conservadora luego de una breve irrupción de erupciones republicanas constantes durante la Regencia" (Bosi, 1978); sin embargo, un evento importante habría de favorecer la transformación del país: la mudanza de la Familia Real Portuguesa a Brasil. Dado a la inminente toma de Lisboa por parte de las tropas napoleónicas, el Príncipe Regente D. João escapa en diciembre de 1807 con todos los suyos bajo la protección de una escuadra inglesa aliada llegando en enero de 1808 "a la colonia atrasada y aislada, que sufriría modificación profunda debido a la presencia insólita y en ciertos aspectos salvadora" (Candido, 2002). Es así como después de 1808 fueron permitidas las tipografías y fueron impresos los primeros libros, "se creó una importante biblioteca pública, fue posible importar obras extranjeras, se abrieron cursos y fueron fundadas escuelas superiores. Sólo entonces surgieron los primeros periódicos [...]" (Candido, 2002). La migración de la Familia Real provocó que varios extranjeros decidiesen también hacer de Brasil su hogar, entre ellos viajeros, científicos, artistas y artesanos.

Luego de 1816, se funda la Academia de Bellas Artes, gracias a una importante misión contratada en Francia. Esta inicia con cursos de dibujo, pintura, escultura y grabado, "rompiendo la tradición local de trasfondo Barroco e instaurando el Neoclasicismo, que era entonces una forma preferencial de modernidad" (Candido, 2002). Ya en 1822, luego de la independencia, el ciudadano cambia su visión de mundo por una más autónoma en la cual su participación es importante para el desarrollo mismo del país, lo cual da origen a una serie de personas ilustradas interesadas en la literatura; sin embargo, al igual que las figuras más representativas europeas, los románticos brasileños se apegan a posturas regresivas en cuanto a la relación con el mundo como el "retorno a la madre naturaleza,

refugio en el pasado, reinención del buen salvaje, exotismo” y, en cuanto a las relaciones consigo mismos el “abandono a la soledad, al sueño, al devaneo, a las demasías de la imaginación y de los sentidos” (Bosi, 1978).

El apego a la nueva forma de pensamiento se hace más fuerte en la escritura de los estudiantes bohemios que se entregaron a la poesía de Byron y al *mal du siècle* de Musset, debido a que llevaron sus vidas como una enfermedad y algo artificial “desgarrada de cualquier proyecto histórico y perdida en el propio narcicismo” (Bosi, 1978), entre los cuales figuró Junqueira Freire.

Luís José Junqueira Freire nace en Bahía en el año 1832, en la primera década de la independencia de Brasil, que pasó en ese momento de ser una colonia del Imperio de Portugal a ser el Reino de Brasil. Si bien el desarrollo cultural tuvo su auge en Rio de Janeiro, lugar donde se asentó la Familia Real, todos los lugares de la costa oriental de Brasil se vieron beneficiados por el comienzo de la era industrial, pues en sus puertos atracaban los barcos provenientes de Europa que traían, además de mercancía, nuevos pobladores e intelectuales.

En 1855 es publicado el poemario *Inspiraciones del Claustro*, donde Junqueira Freire expone de manera magistral el tan llamado *mal du siècle*, caracterizado por “estados mórbidos de duda, negativismo y melancolía” (Coutinho, 2004). Además de esto, lo que hace más interesante a la obra y la dota de un valor cultural mayor, es que Freire decide exaltar también en medio de su estado romántico a las diferentes tribus indígenas que ocupaban el territorio, aún sin haber tenido la posibilidad de conocerlas (Junqueira, 2019):

¿Por qué ese fuego inquieto y vívido, / Como el relámpago que recorta el
éter, /— Por qué ese fuego, que incendia los ojos, / Y el pecho inmenso del
tupi guerrero, / En los ojos y en el pecho de sus hijos / Estancado y frío y
gélido se convirtió?

Es por esto que Afrânio Coutinho (2004) afirma que “no hay duda de que Junqueira Freire merece la clasificación de indigenista”. En su obra también

se ve reflejada esa constante melancolía que distingue a los románticos. Sin duda esa melancolía está ligada a la vida trágica que tuvo que sobrellevar en su corto tiempo en la tierra, lo cual hizo de su obra una que refleja un pathos completamente individual, razón por la que también llegó a recibir el apodo del poeta del ego. Su personalidad se vio afectada por un misterio que no está muy claro y que lo llevó a plasmar en sus obras un conflicto interior con una consciencia atiborrada de pesadumbres que lo llevó a ingresar a un monasterio sin tener vocación religiosa. Probablemente su obra no sea muy reconocida fuera del mundo lusófono debido al pronto deceso a sus 22 años, además de la barrera lingüística que separa al país de Hispanoamérica, a pesar de que es un autor de lectura obligatoria en el currículo literario brasileño.

Por la forma en que Junqueira Freire se debate entre Cristo y Voltaire, se le llegó a reconocer también como un poeta satánico. "Como era natural, el Romanticismo lo favoreció ampliamente, permitiéndole dar libérrima expansión a las complejas relaciones del 'yo' infeliz". En tiempos pasados hubiera sido un sacrilegio su forma de escritura, pero, con los vientos del Romanticismo soplando cada vez más fuerte, pudo plasmar sin ataduras sus reflexiones y "su voz, entrecortada de oraciones y blasfemias, aún parece repercutir fuera del tiempo" (Coutinho, 2004).

BIBLIOGRAFÍA

Biblioteca Nacional (Brasil). (1955). *Centenário da morte de Junqueira Freire*. 3 junio 2019. Rio de Janeiro, RJ: Biblioteca Nacional. Sitio Web: http://objdigital.bn.br/acervo_digital/div_iconografia/icon1282514/icon1282514.pdf

Bosi, A. (1978). *História concisa da literatura brasileira*. 2. ed. São Paulo: Cultrix.

Candido, A. (2002). *O Romantismo no Brasil*. São Paulo: Humanitas FFLCH/USP.

Coutinho, A. (2004). *A literatura no Brasil: era romântica*. São Paulo: Global.

Guinsburg, J. (1978). *O Romantismo*. São Paulo: Editora Perspectiva.

Junqueira, J. (2019). *Inspiraciones del Claustro*. Pereira: Colombia.

Tufano, D. (1983). *Estudos de Literatura Brasileira*. São Paulo: Moderna.

Veríssimo, J. (s.f.) *História da literatura brasileira*. 3 junio 2019, de Fundação Biblioteca Nacional. Sitio web: http://objdigital.bn.br/Acervo_Digital/livros_eletronicos/histlitbras.pdf

**INSPIRACIONES DEL
CLAUSTRO**

¿POR QUÉ CANTO?

Anda y clama.
(Palabra del Señor a Jeremías).

¿Por qué mi mente entra en éxtasis a veces,
Y divaga y divaga, ligera y perdida,
Por las soledades del Armamento etéreo,
Así como el serafín que guarda los mundos,
Libre los celestes páramos recorre?
¿Por qué penetra, a veces arriesgada,
En los misterios recónditos de lo Eterno,
Y se derrama toda a sus pies, — tal como
El alabastro de nardo a los pies de Cristo?
¿Por qué se aferra en incorpóreo abrazo
Con los angelicales seres de más allá de los astros,
Y, como la llave de las eternas puertas,
Abre los tesoros del poder del Altísimo,
Y en ellos bebe inexorables gozos?

Porque Dios — sustancia eterna —
De donde mi alma bajó,
Quiere a veces que ella suba
A las delicias, que dejó.

¿Por qué mi mente entra en éxtasis a veces
Y entre delirios exaltados.
Desciende a las fatales, exteriores tinieblas,
A los insondables boquerones del inferno,
Así como el ángel de la soberbia otrora
Por la invisible diestra fulminado?
¿Por qué prueba un placer terrible, fuerte,
En ver la imagen de Ese horror tremendo,
En ver el rostro de Ese caos turbado,
En ver el orgullo del pecado infinito?
¿Por qué en el fondo del gehena ardiente
Busca sentir las emociones más bárbaras,
Degustar desea sensaciones de fuego,
Como busca la fatua mariposa
Llamas de luz, que han de, talvez, quemarla?

¡Porque Dios también a veces
A los abismos nos lanza,
Para que veamos sus castigos,
Sus tesoros de venganza!

¿Por qué mi mente entra en éxtasis a veces,
Y siente en sí un vacío desmedido,
Una infinita inanición ignota,
Talvez como el espacio, el cual se extiende,
Se derrama y se pierde a nuestros ojos?
¿Por qué busca — sedienta, ardiendo —

Llenar ese vacío indefinible,
Como para los labios tórridos, quemados,
Se llena un cáliz de cristal suave?
¿Por qué busca, un corazón extraño,
Cualquiera, pues, — mas que el suyo no sea,
Para en él fundirse entero, entero,
Como varios metales de varios hados
Al mismo fuego idénticos se unen?

Porque Dios — saber eterno —
Así nos quiso formar:
Quiso la hiedra unida al tronco,
Quiso la tierra unida al mar.

¿Por qué mi mente entra en éxtasis a veces,
Y divaga por el mundo, y juzga a los hombres,
Cual severo juez, y los escarnece,
Y componiendo un sarcasmo a las frases suyas
Con la risa de Demócrito los insulta?
¿Por qué no cree en los afectos, que muestran,
Francos, sinceros, como el reír del infante?
¿Por qué desprecia un corazón de amigo,
Que lo fue por tiempos, de apariencia al menos,
Y falsario, traidor, demonio lo llama,
Por un asomo de sospecha o cólera?
¿Por qué de la creación blasfema a veces,
Y tiene por malos los sentimientos del hombre,
Y la naturaleza de los mortales reprueba
Ante el Señor, que nos la dio tan justa?

¡Porque Dios también a veces
Su brazo de nosotros despoja,
Para que veamos los peligros,
En que nuestra alma se arroja!

¿Por qué mi mente entra en éxtasis a veces,
Y en una elevación mentirosa sueña,
Y da en el seno de un placer sin términos,
Resbalando en el amor, como en la imagen
De ventura mayor que el mundo oferta?
¿Por qué se abraza a este amor terrenal,
Y a las emociones más físicas hace puras,
Y las quiere, y las busca, y enloquecido las ama
Con la misma devoción, que a los cielos dedica?
¿Por qué de tal modo el espíritu embrutece,
Y va a su alma estúpida tornando,
Que a las plantas de la mujer, que de él se mofa,
Llega a postrarse, y le jura perverso
Pasión eterna, más allá de la lápida; — y el cuerpo
Dar al martirio por amor promete?

¡Porque Dios deja a la materia
Tener también su victoria,
Para que, — cuando el alma venza, —
Brille mayor su gloria!

¿Por qué mi mente entra en éxtasis a veces,

— Y cuanto bebí en el cielo, en el infierno,
En el mundo, en todo lo que medito o veo,
Por mis labios de vate se derrama
En torrentes de armónico lenguaje?

Porque Dios puso en mi pecho
Un tesoro de armonía:
Me dio la marca de sus ángeles,
Me dio el don de la poesía.

¡Cantaré el cielo, el infierno,
El mundo, — lo que me complaciere
Cantaré a Dios, al hombre,
Los amores de la mujer:
Cantaré, mientras que vivo,
Porque Dios así lo quiere!

POR QUE CANTO?

Vai e clama.
(*Palavra do Senhor a Jeremias*).

Porque se me extasia a mente às vezes,
E vaga e vaga, alígera e perdida,
Pelas soidões do Armamento etéreo,
Bem como o serafim que esguarda os mundos,
Livre os celestes páramos percorre?
Porque penetra, às vezes arrojada,
Nos mistérios recônditos do Eterno,
E toda intorna-se a seus pés, — bem como
O alabastro de nardo aos pés do Cristo?
Porque se abraça em incorpóreo amplexo
Co'os angélicos seres de além-astros,
E, como a chave das eternas portas,
Abre os tesouros do poder do Altíssimo,
E neles bebe inexauríveis gozos?

Porque Deus — substância eterna —
Donde minh'alma baixou,
Quer às vezes que ela suba
Às delícias, que deixou.

Porque se me extasia a mente às vezes,
E por entre delíquios exaltados.
Desce às fatais, exteriores trevas,
Aos in sondáveis boqueirões do inferno,
Bem como o anjo da soberba outrora
Pela invisível destra fulminado?
Porque prova um prazer terrível, forte,
Em ver a imagem Desses horror tremendo,
Em ver a face Desses caos torvado,
Em ver o orgulho do pecado infindo?
Porque no fundo da geena ardente
Sentir procura as emoções mais bárbaras,

Gostar deseja sensações de fogo,
Como procura a fátua mariposa
Chamas de luz, que há de, talvez, queimá-la?

Porque Deus também às vezes
Para os abismos nos lança,
Para vermos seus castigos,
Seus tesouros de vingança!

Porque se me extasia a mente às vezes,
E sente em si um vácuo desmedido,
Uma infinita inanição ignota,
Como talvez o espaço, o qual se estende,
Se derrama e se perde a nossos olhos?
Porque procura — sequiosa, arfando —
Encher esse vazio indefinível,
Qual para lábios tórridos, queimados,
Enche-se um calix de cristal suave?
Porque procura, um coração estranho,
Qualquer embora, — mas que o seu não seja,
Para nele fundir-se inteiro, inteiro,
Como vários metais de varias sortes
Ao mesmo fogo idênticos se ligam?

Porque Deus — saber eterno —
Tais a nós nos quis formar:
Quis a hera unida ao tronco,
Quis a terra unida ao mar.

Porque se me extasia a mente às vezes,
E vaga pelo mundo, e julga os homens,
Qual severo juiz, e os escarnece,
E compondo um sarcasmo às frases suas
Co'o riso de Demócrito os insulta?
Porque descrê das afeições, que mostram,
Francos, singelos, como o rir do infante?
Porque despreza um coração de amigo,
Que o foi por tempos, na aparência ao menos,
E falsário, traidor, demônio o chama,
Por um assomo de suspeita ou cólera?
Porque da criação blasfema às vezes,
E tem por maus os sentimentos de homem,
E a natureza dos mortais exprobra
Ante o Senhor, que no-la deu tão justa?

Porque Deus também às vezes
O braço de nós retira,
Para vermos os perigos,
Em que noss'alma se atira!

Porque se me extasia a mente às vezes,
E num enlevo mentiroso sonha,
E dá no seio de um prazer sem termos,
Esbarrando no amor, como na imagem
Da ventura maior que o mundo oferta?
Porque se abraça neste amor terrestre,
E as emoções mais físicas apura,

E as quer, e as busca, e tresloucado as ama
Co'a mesma devoção, que aos céus dedica?
Porque em tal modo o espírito embrutece,
E vai sua alma estúpida tornando,
Que às plantas da mulher, que dele zomba,
Chega a prostrar-se, e jura-lhe perverso
Paixão eterna, além da campa; — e o corpo
Dar ao martírio por amor promete?

Porque Deus deixa a matéria
Ter também sua vitória,
Para que, — quando a alma vença, —
Brilhe maior sua glória!

Porque se me extasia a mente às vezes,
— E quanto fui beber no céu, no inferno.
No mundo, em tudo, que medito ou vejo,
Por meus lábios de vate se derrama
Em torrentes de harmônica linguagem?

Porque Deus pôs em meu peito
Um tesouro de harmonia:
Deu-me a sina de seus anjos,
Deu-me o dom da poesia.

Cantarei o céu, o inferno,
O mundo, — o que me aprouver
Cantarei a Deus, o homem,
Os amores da mulher:
Cantarei, em quanto vivo,
Porque Deus assim o quer!

EL REMORDIMIENTO DE LA INOCENTE

A mi hermana Maria Augusta

Alma de serafín, prenda de lo Eterno,
¡Ay, ¿quién te arrojó del cielo a la
tierra?!

I

Por el sello del crimen
No es que está demacrada.
No llora. Suspira apenas,
Por sus ayes entrecortada.

Tristecita recorre los claustros,
Tristecita a suspirar,
Va junto a la lápida de las monjas
A arrodillarse para rezar.

Reza oraciones de difuntos,

Reza a su ángel de la guarda:
Y de la flor de los labios de él
Perdón a sus errores aguarda.

¡No sabe el nombre de los crímenes,
A las pasiones no dobla el dorso;
Pero en aquel pecho ingenuo
Mora inquieto un remordimiento!

Como reliquias sagradas.
Conserva los primores suyos;
Pero le duele no ser aún
Toda, toda — sólo de Dios.

II

He aquí, el remordimiento de la virgen,
El arrepentimiento de la inocencia,
Que, como la idea de lo Eterno,
Acaricia en la consciencia.

Rezó, rezó fervorosa,
Besando su relicario;
Brilló, — cual luz matutina
Temblando en el lampadario.

Y una sonrisa descolorida
Le abrió labio y labio,
Como la palidez que dibuja
La frente vasta del sabio.

Besó la piedra de la lápida,
— De la lápida, que ha de ser de ella,
Y va a cavilar melancolía
En la celosía de la celda.

— Por credulidad recelando
Que algún fantasma no venga,
Al correr, a los aires daba
Sus vestidos de estambre.

Que las tinieblas del claustro y las tumbas
Exhalan tremor sagrado;

Y las vírgenes siempre imaginan
A un muerto erguirse a su lado.

III

Cavila la virgen mansamente
En pensamientos del cielo,
Más cándida que las tortolitas,
Más cándida que su velo.

Y cavilaba: — ¡Ay, que no sea

Ya para Dios menos bella,
Como la margarita marchita
Que arranco de la capilla! —

Y cavilaba: — ¡Ay, que no tenga
Un crimen, sin yo saber!
¿Cuál será? — Ayer en la noche
No me pude adormecer! —

Y cavilaba: — ¡Ay, que yo no sea
Menos linda a mi Señor!
Ya hoy corrí del claustro:
De los muertos tuve temor...—

Y cavilaba: — ¡Ay, que yo no sea
Rea de un crimen del cual no sé,
Así como el insecto escondido
En la rosa que ayer corté! —

He aquí, el cavilar de la doncella,
De la hija de la soledad;
He aquí, el remordimiento que esconde
En los dobleces del corazón.

IV

El remordimiento del malvado
Es desespero y locura,
Y la reminiscencia de este
El corazón le tortura.

Pero el remordimiento de la virgen
Le calla en la consciencia,
Como la placidez del justo,
Como la visión de la inocencia.

O REMORSO DA INOCENTE À minha irmã Maria Augusta

Alma de serafim, prenda do Eterno,
Ai! quem te despenhou do céu à
terra?

I

Pelo sinete do crime
Não é que está desbotada.
Não chora. Suspira apenas,
Por seus ais entrecortada.

Tristezinha corre os claustros,
Tristezinha a suspirar,

Vai junto à lousa das freiras
Ajoelhar-se a rezar.

Reza orações de finados,
Reza a seu anjo da guarda:
E da flor dos lábios dele
Perdão aos erros aguarda.

Não sabe o nome dos crimes,
Às paixões não dobra o dorso;
Mas naquele peito ingênuo
Mora inquieto um remorso!

Como relíquias sagradas.
Conserva os primores seus;
Mas doe-lhe não ser ainda
Toda, toda — só de Deus.

II

Ei-lo, o remorso da virgem,
O remorso da inocência,
Que, como a idéia do Eterno,
Ameiga na consciência.

Rezou, rezou fervorosa,
Beijando seu relicário;
Arfou, — qual luz matutina
Tremendo no alampadário.

E um sorriso descorado
Descerrou-lhe lábio e lábio,
Como o palor que desenha
A fronte vasta do sábio.

Beijou a laje da campa,
— Da campa, que há de ser dela,
E vai cismar merencória
Na gelosia da cela.

— Por simpleza arreceando
Que algum fantasma não venha,
A correr, aos ares dava
Suas vestes de estamenha.

Que as trevas do claustro e as tumbas
Bafejam tremor sagrado;

E as virgens sempre imaginam
Erguer-se um morto a seu lado.

III

Cisma a virgem mansamente
Em pensamentos do céu,

Mais cândida que as rolinhas,
Mais cândida que seu véu.

E cismava: — Ai! que eu não seja
Já para Deus menos bela,
Como a bonina que murcha
Que eu arranco da capela! —

E cismava: — Ai! que eu não tenha
Um crime, sem eu saber!
Qual será? — Ontem de noite
Eu não pude adormecer! —

E cismava: — Ai! que eu não seja
Menos linda ao meu Senhor!
Já hoje eu corri do claustro:
Dos mortos tive temor...—

E cismava: — Ai! que eu não seja
Ré de um crime que eu não sei,
Bem como o inseto escondido
Na rosa que ontem cortei! —

Ei-la, a cisma da donzela,
Da filha da solidão;
Ei-lo, o remorso que esconde
Nas dobras do coração.

IV

O remorso do malvado
É desespero e loucura,
E a reminiscência dele
O coração lhe tortura.

Mas o remorso da virgem
Lhe cala na consciência,
Como a placidez do justo,
Como a visão da inocência.

PEDIDO

No es verdad que se pueda escribir
bien, cuando se sufre.

CHATEAUBRIAND.

Bello joven, tú vagas
Por campiñas de esmeralda.
Adormeces sobre las flores
El dulce amor que te escalda.

Aún el cielo te parece
Vasta bóveda de añil.
A tus ojos no hay nube,
Ni huracán, ni relámpago.

Aún levantas los ojos
A tu estrella feliz,
Lees cada noche en sus rayos
Mil esperanzas gentiles.

Después de las visiones dichosas
De tu dorado dormir,
Despiertas hablando amores
Con placentero sonreír.

Al ardor meridiano
Te oyen aún cantar.
No ves la amargura estampada
En la faz crepuscular.

Por la escala de la ventura
Subes cada hora un peldaño,
Tu existencia mimosa
Es un continuo sarao.

Bello joven, — a tu pecho
No tocó la mano del dolor.
Tu espíritu inocente
Puede pensar bien del amor.

Bello joven, — sólo tú puedes
Con los sentimientos en la mano,
Hablar palabras ardientes,
Llamaradas de pasión.

Yo que he luchado contra la vida,
Que he bebido en otro cáliz de dolores,
¡Joven! — no puedo meditar dulzuras,
Cantar tiernos amores.

Yo que nunca sentí en los ojos del alma
El traspasar de los ojos de la doncella,
¡Joven! — no puedo pintarte ardores
Que no sentí por ella.

Y si quisiera, disfrazando angustias,
Cantar suave tu bella Armía¹,
¡Joven! — de todos yo tendría en pago
Una risa de ironía.

¹ Nombre de mujer.

PEDIDO

Não é verdade que possa-se bem
escrever, quando se sofre.
CHATEAUBRIAND.

Belo jovem, tu vagueias
Por campinas de esmeralda.
Adormentas sobre as flores
O doce amor que te escalda.

Ainda o céu te aparece
Vasta abobada de anil.
A teus olhos não há nuvem,
Nem furacão, nem fuzil.

Inda levantas os olhos
À tua estrela feliz,
Lês cada noite em seus raios
Mil esperanças gentis.

Depois das visões ditosas
De teu dourado dormir,
Acordas falando amores
Com prazenteiro sorrir.

Ao ardor meridiano
Ouvem-te ainda cantar.
Não vês a mágoa estampada
Na face crepuscular.

Pela escada da ventura
Sobes cad'hora um degrau,
Tua existência mimosa
É um contínuo sarau.

Belo jovem, — no teu peito
Não tocou a mão da dor.
Teu espírito inocente
Pode bem pensar de amor.

Belo jovem, — só tu podes
Co'os sentimentos na mão,
Falar palavras ardentes,
Labaredas de paixão.

Eu que tenho lutado contra a vida,
Bebido noutro cálice de dores,
Jovem! — não posso meditar doçuras,
Cantar ternos amores.

Eu que nunca senti nos olhos dalma
O traspasar dos olhos da donzela,
Jovem! — não posso te pintar ardores
Que não senti por ela.

E se eu quisera, disfarçando angustias,
Cantar suave a tua bela Armia,
Jovem! — de todos eu teria em paga
Um riso de ironia.

MEDITACIÓN

Esto pensaba, esto escribo, esto
tenía en el alma, esto va en el papel:
que de otro modo no sé escribir.
GARRETT.

I

Me gusta meditar de noche, a veces,
Como un infante,
Pasmado en el mirar, contemplando el cuerpo,
Que tiene delante.

Me gusta meditar de día, a veces,
Como el anciano,
A quien se yerguen ideas del pasado
En borbotón.

¡El infante, el anciano!— los dos extremos
De la existencia;
El uno a la vida, el otro a la muerte, iguales muestran
Igual tendencia.

Este es planta mimosa, delicada,
Esperanzada:
Aquel otro hastiada y casi marchita,
Rosa tomada.

Este promete olor, vigor y ramas.
Flores por ciento;
Aquel otro desgajar espera las hojas
A cierto viento.

Y muchas veces el sol tuesta la plantita,
La desnuda y la mata:
Y venga a la planta antigua, — y casi muerta
Revive intacta.

El viejo entonces es como el infante estúpido,
Que nace ahora:
Imagina mil visiones: sin causa se ríe,
Sin causa llora.

Si fui infante estúpido y pasmado,
Adulto loco:

Si he de ser viejo, sin sentir, sin alma,
De aquí a poco.

Más bien quisiera ser infante, — casi
Sin sensaciones:
No tendría al menos consciencia de remordimientos,
Ni decepciones.

Sería por toda la vida infante necio,
Sin consciencia:
Moriría al fin apenas circunscrito
En mi esencia.

II

¿Por qué y para qué surgió mi cuerpo
Del embrión?
¿Qué mejor que no existiera me sosegara
La comprensión?

Sería mejor. Y el ojo vil del hipócrita
No me vería:
Frunciéndome la nariz a las espaldas,
No se reiría.

Sería mejor. Y la savia de amarguras
No me destilaría,
Y la precocidad de la estación de los dolores aún
No me llegaría.

Sería mejor. Y el estigma de la tristeza
No me sellaría.
Melancólica roña los riñones sensibles
No me los gastaría.

El corazón no sería un grueso libro
De negras hojas.
No me azotaría la hidra de los remordimientos
Con las férreas colas.

No me sería sin flores la existencia
Continuo invierno.
No me sería este mundo un campo estéril,
Páramo eterno.

Donde sólo nacen, crecen y florecen
Males sin cuenta.
Donde se siega anticipado llanto,
Repudio pronto.

¿Por qué y para qué surgió mi cuerpo
Del embrión?
¡Por la miseria, y para la muerte interna
Del corazón!

Y el Dios, que tiene por estrado nubes

De oro y marfil,
¡De ofendido, parece haberse olvidado,
— ¡Triste! — de mí!

¡Dios! ¿Para qué me sacaste de lo íntimo
Del embrión?
¿Para vida de mi alma, — o para la muerte
Del corazón?

III

¡Oh!, muera el corazón, — germen fecundo
De mil tormentos.
Desfallézcanle las fibras, — despedácense
Los filamentos.

Exenta de pasiones, — de amor, u odio,
Surja la razón.
No obedezca esclava a los sentimientos
Del corazón.

Vuélvase el corazón lámpara extinta,
Ceniza en el hogar.
Y deje que la razón navegue libre
En largo mar.

Crea en un Dios, — y de las dulzuras goce
De almo ascetismo.
No le roa más las vísceras el cáncer
Del escepticismo.

La duda infernal, moviendo las alas,
Perdiendo los colores,
Se precipite súbito en las llamas
Exteriores.

Sepúltese la incredulidad en negras tinieblas
De negro inferno.
Crea la razón convencida en las justicias
Del Dios eterno.

Sí: el viburno pequeñito, humilde
En el prado agreste,
Vegeta al pie de la realeza enfática
De alto ciprés.

Y Dios, que vivifica al albar pino
Y la tierna planta:
Que a los soberbios calcina, y que a los humildes
Del polvo levanta:

De mi vil bajeza, como los hombres,
¡Ah! — no se ocupa;
Que él mano llena de mil dones en todos
Con bondad esparce.

Mas si hasta aquí parece haberse olvidado,
¡Triste! — de mí:
Si no manda a guardar mi alma dubitativa
Un querubín:

Si nunca recordase que un ente existe
En esta amargura,
¿Mejor no fuera que me helara la sangre
La muerte dura?

En la sala, donde a mil luces por mil lámparas
Reparte el gas,
De ellas la más pequeña que se apague
¿Qué mal hace?

IV

Cual rápido relámpago en el espacio
Se oye recorrer,
Así, sin dejar rastros de su vuelo,
Huye el placer.

Huye el placer como la golondrina leve
Los aires corta:
Como el primer feto — esperanzas tuyas —
La esposa aborta.

Huye el placer, cual saeta que dispara
El indio sagaz:
Como en el desierto la voz, que apenas un eco
En los valles hace.

Allí—bien veo — allí ostenta esplendida
La escena abierta.
Y de la platea los vacíos atacados
El pueblo aprieta.

Jubilosas menciones, palmas sonantes
Rompen, murmuran.
Meliflua orquesta, tímpanos sonoros
La enfermedad les curan.

Los profetas de las pasiones enamorados,
Como poseídos,
Trovan, filtrando en todos la finura
De sus accesos.

Fugaces hadas en ademán fantástico
Cisnes graznan.
Después, uniéndose la audiencia a los cantos,
Todos lloriquean.

Se arrebatan las almas, — se magnetizan
Los sentimientos.
Mudan de su actuar aún los más fríos
Temperamentos.

iLetargo fatal! — al otro día
En calma despiertan.
Y, sonámbulos casi, — aéreas formas
Sólo les recuerdan.

La miseria de la vida se les muestra
Entonces real.
Catan nuevos placeres: ni uno de ellos
De más les va.

Cual rápido relámpago en el espacio
Se oye recorrer,
Así, sin dejar rastros de su vuelo,
Huye el placer.

V

Hora de la noche, — hora solemne y sacra
Para la reflexión:
Cuando del mismo sueño el pobre y el rico
Durmiendo están.

Me gustan vosotras, sombras de la noche callada,
Muerte del día,
Que me amparáis de las cálidas muecas
De la hipocresía.

Puedo entonces retraerme en mi esencia,
Vivir conmigo.
No me rodea del traidor la máscara
Con color de amigo.

Profunda la mirada del hipócrita, —profunda
Como el océano.
En la retina le alumbra de las tinieblas ciegas
El ángel insano.

Sonríe también.— ¡Esta sonrisa estridente,
Oh, ente vil,
Para darla aún así haces, empleas
Esfuerzos mil!

Sonríe también: y su sonrisa — escarnio —
De la naturaleza.
Su sonrisa — un preludio concebido
De maldad.

iCuántas veces la brisa tibia y fresca
Serena los aires,
Y tempestad después revuelca horrenda
Tierras y mares!

iCuantas veces mil delicias allá desborda
El vaivén de la suerte!
iCuántas veces el placer de la vida incauta

Precede a la muerte!

Así brinda el hipócrita una sonrisa
De furia mala.
Mentiras, mañas impías su demonio
Grato le da.

Hipócrita, que pisas el palacio
Y la choza y la celda,
Deja de tus furores olvidada
Una parcela.

No me toques en la orla de los vestidos
Con la férrea mano:
Déjame entregado en la soledad de la noche
A la reflexión.

MEDITAÇÃO

Isto pensava, isto escrevo, isto tinha
n'alma, isto vai no papel: que doutro
modo não sei escrever.

GARRETT.

I

Gosto de meditar de noite, às vezes,
Como um infante,
Espasmado no olhar, fitando o corpo,
Que tem diante.

Gosto de meditar de dia, às vezes,
Como o ancião,
A quem idéias se erguem do passado
Em borbulhão.

O infante, o ancião!—os dois extremos
Da existência;
Um à vida, outro à morte, iguais amostram
Igual tendência.

Este é planta mimosa, delicada,
Esperançosa:
Aquel'outro hasteada e quase murcha,
Colhida rosa.

Este promete e cheiro e viço e ramas.
Flores ao cento;
Aquel'outro esgalhar espera as folhas
A certo vento.

E muitas vezes o sol cresta a plantinha,
Denuda e mata:
E vinga a planta antiga, — e quase morta

Revive intacta.

O velho então é como o infante estúpido,
Que nasce agora:
Magina mil visões: sem causa ri-se,
Sem causa chora.

Se fui infante estúpido e pasmado,
Adulto louco:
Se hei de ser velho, sem sentir, sem alma,
Daqui a pouco.

Antes quisera ser infante, — quase
Sem sensações:
Não tora ao menos cômico de remorsos,
Nem decepções.

Fosse por toda a vida infante néscio,
Sem consciência:
Morresse alfin apenas circunscrito
Em minha essência.

II

Por que e para que rompeu meu corpo
Do embrião?
Que melhor que não fora me abafasse
A compressão?

Fora melhor. E o olho vil do hipócrita
Não me veria:
Franzindo-me o nariz atrás das costas,
Não se ria.

Fora melhor. E a seiva de amargores
Não me coara,
E a precoce da estação das dores inda
Não me chegara.

Fora melhor. E o estigma da tristeza
Não me selara.
Melancólica ronha os rins sensíveis
Não mos gastara.

O coração não fora um grosso livro
De negras laudas.
Não me açoitara a hidra dos remorsos
Co'as férreas caudas.

Não me fora sem flores a existência
Contínuo inverno.
Não me fora este mundo um campo estéril,
Páramo eterno.

Onde só nascem, crescem e vicejam
Males sem conto.

Donde se ceifa antecipado pranto,
Enojo pronto.

Porque e para que rompeu meu corpo
Do embrião?
Pela miséria, e para a morte interna
Do coração!

E o Deus, que tem por escabelo nuvens
De ouro e marfim,
De ofendido, parece deslembado,
— Triste! — de mim!

Deus! para que tiraste-me do imo
Do embrião?
P'ra vida de minha alma, — ou para a morte
Do coração?

III

Oh! morra o coração, — gérmen fecundo
De mil tormentos.
Desfaleçam-lhe as fibras, — espedacem-se
Os filamentos.

Isenta de paixões, — de amor, ou ódio,
Surja a razão.
Não obedeça escrava aos sentimentos
Do coração.

Torne-se o coração lâmpada extinta,
Cinza no lar.
E deixe que a razão veleje livre
Em largo mar.

Creia num Deus, — e dos dulçores goze
De almo ascetismo.
Não mais lhe roa as vísceras o cancro
Do cepticismo.

A dúvida infernal, batendo as azas,
Perdendo as cores,
Precipite-se súbito nas chamas
Exteriores.

Sepulte-se a descrença em negras trevas
De negro inferno.
Creia a razão convicta nas justiças
Do Deus eterno.

Sim: o viburno pequenino, humilde
No prado agreste,
Vegeta ao pé da realeza enfática
De alto cipreste.

E Deus, que vivifica o alvar pinheiro

E a tenra planta:
Que os soberbos calcina, e que os humildes
Do pó levanta:

De minha vil baixeza, como os homens,
Ah! — não se peja;
Que ele mão cheia de mil dons em todos
Largo despeja.

Mas se 'té 'qui parece deslembrado,
Triste! — de mim:
Se não manda aguardar minh'alma dúbia
Um querubim:

Se nunca se lembrar que um ente existe
Nessa amargura,
Melhor não fora me gelasse o sangue
A morte dura?

Em sala, onde mil luzes por mil lâmpadas
Reparte o gás,
Delas a mais pequena que se apague
Que mal que faz?

IV

Qual rápido relâmpago no espaço
Sói discorrer,
Tal, sem deixar pegadas de seu vôo,
Foge o prazer.

Foge o prazer como a andorinha leve
Os ares corta:
Como o primeiro feto — esperanças suas —
A esposa aborta.

Foge o prazer, qual seta que dispara
Índio sagaz:
Qual no deserto a voz, que um eco apenas
Nos vales faz.

Ali—bem vejo — ali pompéia esplendida
A cena aberta.
E da platéia os vácuos atacados
O povo aperta.

Jubilosas menções, palmas soantes
Rompem, murmuram.
Melíflua orquestra, tímpanos sonoros
A dor lhes curam.

Os vates das paixões enamorados,
Como possessos,
Trovam, filtrando em todos o requinte
De seus acessos.

Fugazes fadas no ademã fantástico
Cisnes gorjeiam.
Depois, prendendo-se a audição aos cantos,
Todos pranteiam.

Arrebatam-se as almas, — magnetizam-se
Os sentimentos.
Mudam de sua ação inda os mais frígidos
Temperamentos.

Letargia fatal! — ao outro dia
Calmos acordam.
E, sonâmbulos quase, — aéreas formas
Só lhes recordam.

A miséria da vida se lhes mostra
Então real.
Catam novos prazeres: nem um deles
De mais lhes val'.

Qual rápido relâmpago no espaço
Sói discorrer,
Tal, sem deixar pegadas de seu vôo,
Foge o prazer.

V

Hora da noite, — hora solene e sacra
À reflexão:
Quando do mesmo sono o pobre e o rico
Dormindo estão.

Gosto de vós, sombras da noite queda,
Morte do dia,
Que me amparais dos cálidos esgares
Da hipocrisia.

Posso então retrair-me em minha essência,
Viver comigo.
Não me rodeia do traidor a máscara
Com cor de amigo.

Profundo o olhar do hipócrita, — profundo
Como o oceano.
Na retina lhe luz das trevas cegas
O anjo insano.

Sorri também. — Este sorriso estrídulo,
Oh ente vil,
Por dá-lo mesmo assim fazes, empregas
Esforços mil!

Sorri também: e seu sorriso — escárnio —
Da natureza.
Seu sorriso — um prelúdio concebido
De malvadeza.

Quanta vez viração tépida e fresca
Serena os ares,
E procela depois revolta horrenda
Terras e mares!

Quanta vez mil delícias lá desmancha
Vaivém da sorte!
Quanta vez o prazer da vida incauta
Precede à morte!

Assim sorri o hipócrita um sorriso
De fúria má.
Mentiras, manhas ímpias seu demônio
Grato lhe dá.

Hipócrita, que pisas o palácio
E a palhoça e a cela,
Deixa de teus furores esquecida
Uma parcela.

Não me toques na orla dos vestidos
Co'a férrea mão:
Deixa-me entregue na soidão da noite
Á reflexão.

17 de novembro de 1831.

EL APOSTOL ENTRE LAS GENTES **A Antonio Gonçalves Dias**

— Fuiste al principio
Sacerdote y profeta:
Eran en los cielos tus cantos una
plegaria,
En la tierra un vaticinio.
Gonçalves Dias

I

Como el grito del anatema grabado
Sobre la frente del réprobo, — en las tierras
Plagado de infortunios, envilecido
Por los hijos de los hombres, que lo repelen,
Que no conciben la grandeza del alma,
Que no escuchan el palpitar de los pechos,
Que no entienden al sublime y al Santo,
— El ministro de Dios, — entregado al mundo,
La senda del vivir recorre breve,
Como el rocío, que en el albor del día

Salpica las flores, y al calor se estanca.
Y duerme el eterno sueño en tumba oscura,
Complacido, — como el espíritu del justo:
Y aún en el olvido de esa misma tumba
Penetra la risa mofadora de los hombres,
Y el menear del cálido filósofo,
Presumido de sí, — como la ignorancia,
Que le preside a los errores y a los sofismas.
— Ni se queja: — que ha terminado su martirio,
Única herencia, que al nacer le cupo!

II

El varón del Señor, — Moisés, el justo,
Punteó primero los nervios del salterio.
Y el estro virgen le destiló a los labios,
Como el torrente, — impetuoso y santo.
Subió a los cielos, en alas de los arcángeles,
Un himno a Dios, que le encendiera la mente.
Y el tipo entonces de su omnipotencia
Al ser finito transmitiose.— El pueblo
Oyó en la tierra el incógnito lenguaje,
— El lenguaje de lo Eterno. Lo oyó extático
El mundo entero, en el estupor del espanto,
Como la explosión volcánica primera.
¡Puro que era el fuego del profeta,
Y la voz y los ojos y el acento y el semblante!
¡Justicia del Señor! — Tras su espalda
Sepultado el caballo y el caballero
En las aguas del mar rojo: — y ante los ojos
Esos vergeles de la intacta Palestina,
Prometiendo delicias suavísimas,
Como los ojos de la novia desperezados
En las expresivas pupilas rutilantes
Del padrino que le lleva a las bodas
Al mando del Señor, y a la noche y a la perdiz
Le profetiza turbulentos amores.
Esos sublimes acantilados y cerros,
Donde descendían por quebradas trémulas,
Lamiendo los troncos de copudos cedros,
Besando los tallos de mimosas flores,
Entre los agitados sílices de gemas,
De miel y leche los trépidos arroyos.

Oh Palestina, oh virgen de los misterios!
Quien asentado en tus alpestres picos,
Sintiendo el vendaval soplarle la cabellera,
Y el cedro secular rompiendo las nubes,
Como un gigante, — y al pie de los montes
El río murmurando, como la doncella
Junto al amante deshaciéndose en quejas,
Y a lo lejos la voz de las grandes olas bramando
Horrenda más que la confusión del inferno,
— ¡Quien podrá dejar de ser poeta
Al menos una vez, — oh patria de ángeles,
Oh Palestina, oh virgen de los misterios!

III

Allí fue educado, entre las palmeras
Y el cedro y el murmurar del arroyuelo y las peñas
Y el rugido de los mares y las tempestades,
— El genio entusiástico del apóstol.
Él entre las tribus apareció severo
A las puertas de Sion, con la voz constante,
Como el rugido del león de las selvas.
Venía vestido de siniestro andrajo,
Y predecía la venida del Hombre Santo,
Del máximo de los vates: — pero las tribus,
Las impías tribus, y los rabinos fanáticos
Escarnecieron el pregón del apóstol,
Escarnecieron el poder del Eterno.

IV

Él no se fio de los hombres ni de la tierra,
Y para alzar más libre a los cielos los ojos,
Subió también a los pináculos altivos
De las columnas de Egipto, que acampan
Aquí, allí, para contar de nuevo a las eras
En sus gastados jeroglíficos labrados
La vanidad de los reyes y la falsa creencia.
Alrededor el viajero paraba,
Fijaba en él los curiosos ojos,
Y temblaba al oírle la voz profética.
Y en torno a la frente le brillaba un aro
De fuego más que santo, — como cuando
Moisés descendía del Sinaí con las tablas.
Pero los hombres al final lo escarnecieron
Escarnecieron el pregón del apóstol,
Escarnecieron el poder del Eterno.

V

Él se escondió en la soledad de las cuevas,
En las desiertas montañas de Cassino,
Huyendo a Roma, — la dueña de los triunfos,
Roma, — la señora de las naciones de la tierra,
Y los bailes de ella y las cívicas delicias
Y los áulicos salones, donde reinaban
La mentira, la traición, el vicio, y el crimen,
Disfrazados en las sonrisas de los hipócritas,
En los ademanes de los cortesanos inmundos.
Él se escondió.— Y los hombres lo siguieron,
Y lo vieron con la cabeza reclinada
En piedra rígida, — y acostado en tálamo
De ortigas.— Pero al final lo escarnecieron,
Escarnecieron el pregón del apóstol,
Escarnecieron el poder del Eterno.

VI

Hoy, sin embargo, él ya no aparece
Severo y fuerte a las portas de la ciudad,
Como el bramido del león de las selvas.
No se remonta más a los pináculos altivos
De las columnas del Egipto jeroglífico,
Con el aro en torno del semblante encendido.
No se asila más en el desierto ni en las cuevas,
No huye más a Roma, — a dueña de los triunfos,
Roma, — la señora de las naciones de la tierra.
Pero los hijos de los hombres lo escarnecen,
Aún escarnecen el pregón del apóstol,
Aún escarnecen el poder del Eterno.

VII

¡Oh, destinos del cielo! — ¿Por qué no somos
Aún ahora los indios de las florestas?
¿Por qué degenerada en nuestras venas
Gira tan rara la sangre del tamoió²?
¿Por qué ese fuego inquieto y vívido,
Como el relámpago que recorta el éter,
— Por qué ese fuego, que incendia los ojos,
Y el pecho inmenso del tupi³ guerrero,
En los ojos y en el pecho de sus hijos
Estancado y frío y gélido convirtiöse?
Bárbaros eran.— Mas en ranchos largos,
En las chozas pendiendo de las enviras⁴
Desamparando el vibrador tacape⁵,
Y meneando los cuellos enlazados
De las corrientes de las perlas del río,
Y oprimiendo las pequeñas frentes
Con el variado canitar⁶ oscilante,
Y ciñendo alrededor del esbelto cuerpo
Las multicolores lindas arasoias⁷,
De las guacamayas al púrpura robadas,
— Demandaban las malocas tenebrosas
De los severos y ascéticos payés.
Y los consultaban en las labores arduas,
Y decoraban sus oráculos santos,
Y decantaban sus poemas místicos,
Como el primer beso de la doncella
Dado furtivo entre el amor y la vergüenza
En los labios cálidos del doncel, que la vida

² Indígenas tupinambás que habitaban Guanabara hasta el siglo XVI y cuyo territorio se extendía desde el litoral este de Río de Janeiro hasta el litoral norte del actual estado de São Paulo. Eran cerca de 70.000 individuos.

³ Indígenas que ocupaban la costa brasileña en el siglo XVI, asentados en lo que actualmente se conoce como el municipio de São Vicente.

⁴ Fibras retiradas de la planta *daphnopsis racemosa* con la cual se hacen cuerdas muy resistentes.

⁵ Arma indígena.

⁶ Un tipo de diadema con plumas utilizada por los indígenas.

⁷ Cinturón de plumas o tipo de falda de plumas usadas por las indígenas de Brasil.

Expandírsele siente en blandas pulsaciones.
— ¡Oh, que no somos los briosos tapes⁸,
Hijos de la virgen de la guerrera América!

Era el supremo Dios omnipotente
Tupá — el sabio autor de la linda luna,
Del sol rojo y de las montañas de oro
Y de los caracoles marinos, y de los cardos
Que el viajero en los arenales sacian,
Y del azulado picaflor de las llanuras
Que juega divertido entre los arbustos,
Como los deseos ansiosos del amante.

¿Qué tenía? — ¡Dios es Dios! — las voces no cambian
El ser de lo Eterno — idéntico, — inmutable,
En los planetas del cielo — si mundos fuesen —
O sólo en la tierra, si ella existe sola en lo inmenso.
Jehová, que enviaba al arcángel etéreo
En frente de los ejércitos hebraicos
Con la antorcha encendida en fuego inextinguible:
Brahma, que transmitió la luz celeste,
Y el puro espíritu y la energía y la forma,
Del cual es principio, — a los fabulosos indios:
Teos, que dio a los griegos mitológicos
Un vasto olimpo arcado de miríadas
De lindos dioses, — símbolos de los gustos:
Tupá, que engendra en el infinito espacio
El trueno con las tinieblas vertiginosas
Y las tormentas de piedra y el rayo y la muerte:
— ¡Todo es Dios, todo es Dios! — el más sin nombres.

VIII

En lo sagrado de la mística pagoda
El ministro de Brahma aspira inciensos.
El augur de Teos, sentado
En el trípode temblante, auspicios canta.
El payé de Tupá, severo y casto,
En las malocas teje los versos de los oráculos.
Y el sacerdote del Señor, — solo, —
Cubierto de infortunios a par del réprobo,
Ante el mundo al martirio el cuello curva,
Y a los cielos cantando un himno sacrosanto,
Como las notas finales del órgano del templo,
Se confiesa a Dios; y — confesando — muere.

⁸ Grupo indígena emparentado con los guaraníes en la región próxima al litoral del sur de Brasil.

O APÓSTOLO ENTRE AS GENTES

A Antonio Gonçalves Dias

— Foste ao principio
Sacerdote e profeta:
Eram nos céus teus cantos uma
prece,
Na terra um vaticínio.

Gonçalves Dias

I

Como o brado do anátema gravado
Sobre a fronte do réprobo, — nas terras
Pejado de baldões, envilecido
Pelos filhos dos homens, que o repelem,
Que não concebem a grandeza dalma,
Que não escutam o pulsar dos peitos,
Que não atingem ao sublime e ao Santo,
— O ministro de Deus, — entregue ao mundo,
A senda do viver percorre breve,
Como o rocio, que no albor do dia
Salpica as flores, e ao calor se estanca.
E dorme o eterno sono em campa escura,
Plácido, — como o espírito do justo:
E ainda no olvido dessa mesma campa
Penetra o riso mofador dos homens,
E o molejo do cáldo filósofo,
Presumido de si, — como a ignorância,
Que lhe preside aos erros e aos sofismas.
— Nem se queixa: — que é findo o seu martírio,
Única herança, que ao nascer lhe coube!

II

O varão do Senhor, — Moisés, o justo,
Pulsou primeiro os nervos do saltério.
E o estro virgem ressumbrou-lhe aos lábios,
Como a torrente, — impetuoso e santo.
Subiu aos céus, nas azas dos arcanjos,
Um hino a Deus, que lhe acendera a mente.
E o tipo então de sua onipotência
Ao ser finito transmitiu-se. — O povo
OuvIU na terra a incógnita linguagem,
— A linguagem do Eterno. OuvIU-a extático
O mundo inteiro, no estupor do espanto,
Como a explosão vulcânica primeira.
Estreme que era o fogo do profeta,
E a voz e os olhos e o acento e o cenho!
Justiça do Senhor! — Após os tergos
Sepultado o cavalo e o cavaleiro
Nas águas do mar-rubro: — e dante os olhos
Esses vergéis da intacta Palestina,
Prometendo delicias suavíssimas,

Como os olhos da noiva espreguiçados
Nas expansivas, rutilas pupilas
Do paraninfo, que lhe assiste às bodas
Ao mando do Senhor, e à noite e ao toro
Lhe profetiza trêfegos amores.
Esses sublimes alcantis e cerros,
Donde desciam por quebradas trêmulas,
Lambendo os troncos de copudos cedros,
Beijando as hástias de mimosas flores,
Entre os convulsos sílices de gemas,
De mel e leite os trépidos arroios.

Oh Palestina, oh virgem dos mistérios!
Quem assentado em teus alpestres píncaros,
Sentindo o vendaval soprar-lhe a grenha,
E o cedro secular rompendo as nuvens,
Como um gigante, — e ao sopé dos montes
O rio a murmurar, como a donzela
Junto do amante a desfazer-se em queixas,
E ao longe a voz dos vagalhões bramindo
Horrenda mais que a confusão do inferno,
— Quem poderá deixar de ser poeta
Ao menos uma vez, — oh pátria de anjos,
Oh Palestina, oh virgem dos mistérios!

III

Ali foi educado, entre as palmeiras
E o cedro e o murmurar do regato e as penhas
E o rugido dos mares e as procelas,
— O gênio entusiástico do apóstolo.
Ele entre as tribos assomou severo
Às portas de Sion, co'a voz constante,
Como o rugido do leão das selvas.
Vinha vestido de sinistro saco,
E predizia a vinda do Homem-santo,
Do máximo dos vates: — mas as tribos,
As ímpias tribos, e os rabis fanáticos
Escarneceram do pregão do apóstolo,
Escarneceram do poder do Eterno.

IV

Ele descreu dos homens e da terra,
E para alçar mais livre aos céus os olhos,
Subiu também aos coruchéus altivos
Das colunas do Egito, que campeiam
Aqui, ali, a recontar às eras
Em seus gastos labores hieroglíficos
A vaidade dos reis e a falsa crença.
Em derredor o viajor parava,
Fixava nele os curiosos olhos,
E tremia de ouvir-lhe a voz profética.
E em torno à frente lhe brilhava um disco
De fogo mais que santo, — como alquando

Moisés descendo do Sinai co'as taboas.
Mas os homens alfim o escarneceram,
Escarneceram do pregão do apostolo,
Escarneceram do poder do Eterno.

V

Ele escondeu-se na soidão das lapas,
Nas desertas montanhas de Cassino,
Fugindo Roma, — a dona dos triunfos,
Roma, — a senhora das nações da terra,
E os bailes dela e as cívicas delicias
E os áulicos salões, onde reinavam
A mentira, a traição, o vicio, e o crime,
Disfarçados nos risos dos hipócritas,
Nos ademães dos cortesãos imundos.
Ele escondeu-se.— E os homens o seguiram,
E o viram co'a cabeça reclinada
Em pedra rígida, — e deitado em tálamo
De urtigas.— Mas alfim o escarneceram,
Escarneceram do pregão do apostolo,
Escarneceram do poder do Eterno.

VI

Hoje, porém, ele não mais assoma
Severo e forte às portas da cidade,
Como o bramido do leão das selvas.
Não mais remonta aos coruchéus altivos
Das colunas do Egito hieroglífico,
Co'o disco em torno do semblante aceso.
Não mais asila-se ao deserto e às lapas,
Não foge Roma, — a dona dos triunfos,
Roma, — a senhora das nações da terra.
Mas os filhos dos homens o escarnecem,
Inda escarnecem do pregão do apostolo,
Inda escarnecem do poder do Eterno.

VII

Oh destinos do céu! — porque não somos
Ainda agora os índios das florestas?
Porque degenerado em nossas veias
Gira tão raro o sangue do tamoió?
Porque esse fogo irrequieto e vivido,
Como o corisco a recortar o éter,
— Porque esse fogo, que acendia os olhos,
E o peito imenso do tupi guerreiro,
Nos olhos e no peito de seus filhos
Estanque e frio e gélido volveu-se?
Bárbaros eram.— Mas em ranchos longos,
Nos tejupás pendido das imbiras
Desamparando o vibrador tacape,
E meneando os colos enlaçados

Das correntes das perolas do rio,
E assoberbando as pequeninas testas
Co'o variegado canitar nutante,
E cingindo ao redor do esbelto corpo
As multicores lindas arasoias,
Das araras à púrpura roubadas,
— Demandavam as ocas tenebrosas
Dos severos e ascéticos piagas.
E os consultavam nas empresas árduas,
E decoravam seus oráculos santos,
E decantavam seus poemas místicos,
Como o primeiro beijo da donzela
Dado furtivo entre o amor e o pejo
Nos lábios caldos do donzel, que a vida
Expandir-se-lhe sente em moles pulsos.
— Oh! que não somos os briosos tapes,
Filhos da virgem da guerreira América!

Era o supremo Deus onipotente
Tupá — o sábio autor da linda lua,
Do sol vermelho e das montanhas de ouro
E dos búzios marinhos, e dos cardos
Que o viajor nos areais saciam,
E do azulado beija-flor das veigas
Que trebelha brincão entre os arbustos,
Como os desejos sôfregos do amante.

Que tinha? — Deus é Deus! — vozes não mudam
O ser do Eterno — idêntico, — imutável,
Nos planetas do céu — se mundos forem —
Ou só na terra, se ela é só no imenso.
Jeová, que expedia o arcanjo etéreo
Em vante dos exércitos hebraicos
Co'o facho aceso em fogo inextinguível:
Brahma, que transmitiu a luz celeste,
E o puro espírito e a energia e a forma,
De que é princípio, — aos fabulosos índios:
Teos, que deu aos gregos mitológicos
Um vasto olimpo arcado de miríadas
De lindos deuses, — símbolos dos gostos:
Tupá, que engendra no infinito espaço
O trovão co'os bulhões vertiginosos
E os chuveiros de pedra e o raio e a morte:
— Tudo é Deus, tudo é Deus! — o mais sem nomes.

VIII

Nos áditos do místico pagode
O ministro de Brahma aspira incensos.
O áugure de Teos, assentado
Na trípode tremente, auspícios canta.
O piaga de Tupá, severo e casto,
Nas ocas tece os versos dos oráculos.
E o sacerdote do Senhor, — sozinho, —
Coberto de baldões a par do réprobo,
Ante o mundo ao martírio o colo curva,

E aos céus cantando um hino sacrossanto,
Como as notas finais do órgão do templo,
Confessa a Deus; e — confessando — morre.

EL JESUITA

(siglo XVIII)

Dios es quien dirige estas cosas: él permite que existan emperadores
y verdugos para que haya santos y mártires: él eleva los imperios
para que haya lágrimas, castiga para regenerar.

LACORDAIRE.

Era lejos — bien lejos: y yo vine primero
Escindiendo las olas de este mar profundo.
Y por amor de la Cruz vagué solo
En las intransitables matas de este nuevo mundo.

El tamoio⁹ gentil bañaba con hierbas venenosas las saetas,
Cuando por los vergeles, tan suyos, me veía:
Y con los ojos fosfóricos ardiendo
La tacuara¹⁰ fatal me tendía.

Y tendía la tacuara, —pero al verme
Cuán sin temor y cuán inerme estaba,
Cambiando en dulce su mirar fogoso,
El arco y la saeta por el suelo arrojaba.

De mí las tribus bárbaras, indómitas,
De mí el verbo del evangelio oyeron.
¡Y erguí la cruz en los picos de los montes,
Y después del verbo los pueblos me siguieron!

Yo dije a las tribus: — Todas vosotras sois ricas, —
Que el oro y la plata el suelo vuestro adorna.
Sois ricas tribus, — pero no sois felices,
Porque una creencia de un sólo Dios os falta.

Y yo di a las tribus una creencia dulce,
Cual una lluvia de maná celeste:
Y las tribus fueron desde entonces felices,
Cual flor pomposa que los jardines reviste.

⁹ Ver nota 2.

¹⁰ Nombre común de varias especies de bambú. Se infiere por el contexto como una especie de cerbatana.

Y cuando los reyes de la tierra se olvidaron
De las tribus dadas a su cetro fuerte,
Me levanté, y dije a los reyes de la tierra,
— El pueblo gime: cambiadle la suerte.—

Eternos templos yo erguí solo,
Eternos como la duración de la tierra.
Y solo consagré altares tantos
Al Dios que a los impíos con el trueno aterra.

Yo di a las tribus una creencia dulce,
Yo levanté alcázares eternos.
Diéronme los hombres dictamen y muerte,
Diéronme en premio las heces de los infernos.

O JESUÍTA (século XVIII)

Deus é que dirige estas coisas: ele
permite que existam imperadores e
algozes para que haja santos e
mártires: ele eleva os impérios para
que haja lágrimas, castiga para
regenerar.

LACOR
DAIRE.

Era longe — bem longe: e eu vim primeiro
Cindindo as ondas desse mar profundo.
E por amor da Cruz vaguei sozinho
Nas ínvias matas desse novo mundo.

O tamoio gentil hervava as setas,
Quando pelos vergéis, tão seus, me via:
E co'os olhos fosfóricos ardendo
A taquara fatal a mim tendia.

E tendia a taquara, —mas ao ver-me
Quão sem temor e quão inerme estava,
Trocando em doce o seu olhar feroso,
O arco e a seta pelo chão rojava.

De mim as tribos bárbaras, indômitas,
De mim o verbo do evangelho ouviram.
E ergui a cruz nos píncaros dos montes,
E após o verbo os povos me seguiram!

Eu disse às tribos: — Todas vós sois ricas, —
Que o ouro e a prata o solo vosso esmalta.
Sois ricas tribos, — mas não sois felizes,
Porque uma crença de um só Deus vos falta.

E eu dei às tribos uma crença doce,

Qual uma chuva de maná celeste:
E as tribos foram desde então felizes,
Qual flor pomposa que os jardins reveste.

E quando os reis da terra se esqueceram
Das tribos dadas a seu cetro forte,
Eu levantei-me, e disse aos reis da terra,
— O povo geme: transmudai-lhe a sorte.—

Eternos templos eu ergui sozinho,
Eternos como a duração da terra.
E sozinho sagrei altares tantos
Ao Deus que aos ímpios c'o trovão aterra.

Eu dei às tribos uma crença doce,
Eu levantei alcáceres eternos.
Deram-me os homens prescrição e morte,
Deram-me em premio as fezes dos infernos.

LA FLOR MARCHITA DEL ALTAR

A pedido de Fr. Francisco da Natividade Carneiro da Cunha

— Quien no sabe ser Erasmo, es
quien debe pensar en ser Obispo.
LA BRUYÈRE.

I

Está marchita: — así nos huye
La brisa que corre ahora.
Está marchita: — así el humo
Crece, crece, — y se evapora.
Está marchita: — así el día
En rayos ahoga la aurora.

Está marchita: — así la muerte
Del mundo las glorias deshace:
Así una hora de placer
Mil horas de dolores trae:
Así el día descompone
Los sueños que la noche hace.

Está marchita.... Aún ahora
— Yo la vi — no era así.
Era linda, era lozana,
Encendida como el rubí.
Reinaba, como la reina,
Sobre las flores del jardín.

II

Fue la doncella mimosa,
Fue a pasear entre las flores.
Fue a conversar con los rosales,
Fue a contarles sus amores,
Juzgando que sobre las rosas
No se reclinan traidores.

Ella fue con los pies hermosos
Dejando mimoso rastro,
Cual en el cielo pasó de noche,
Corriendo, fulgiendo, un astro.
Y esta rosa fue cortada
Con sus dedos de alabastro.

La rosa quedó más bella
En aquella virginal mano.
Llenó de perfume a los aires,
Talvez con más expansión.
Mas la virgen tuvo pena
De ponerla en su corazón.

Entró en el templo la doncella
Cubierta con el velo de encaje.
— Teme que a los ojos de los hombres
Su modestia se ofenda:
Como la cortina de los altares,
Que a los impíos no se desvenda.

Lleva la modestia em la frente,
Lleva en el pecho la oración,
Lleva su libro dorado,
Lleva pura devoción:
Lleva la rosa, — la linda rosa
En los dedos de la breve mano.

Rezó: — y después irguióse,
Dirigióse al santuario,
Modesta, — cual su plegaria,
Cual la luz del lampadario:
Y colocó la linda rosa
Al pie del santo calvario.

III

Los ángeles después vinieron,
Respiraron sobre la flor.
La flor cobró más belleza,
Más gala y más esplendor.
Allí al pie del calvario
Dio más expansivo olor.

Allí parecía a los ojos
Crecer, crecer... ¿Pero ahora?
Ahora se marchita — tan marchita —
No tiene la gala de otrora.
— Así el humo del techo

Crece, crece, — y se evapora.

Así las horas del tiempo
Corriendo, corriendo van.
Así pasó aún hace poco
La matutina claridad.
Así ayer fuiste infante,
Así hoy eres anciano.

¡Marchita, marchita! — no expande
Jamás su olor intenso.
Ha de secarse — feliz por ella —
Junto a la Cruz del Dios inmenso.
Ha de aspirar sobre los altares
El olor del grato incienso.

¡Feliz! — su lecho de muerte,
Sobre los altares tiene.
La plegaria que va al cielo,
Sobre ella primero viene.
La mirra que a Dios se incienso,
La incienso a ella también.

(1853).

A FLOR MURCHA DO ALTAR

A pedido de Fr. Francisco da Natividade Carneiro da Cunha

— Quem não sabe ser Erasmo é que
deve pensar em ser Bispo.
LA BRUYÈRE.

I

Está murcha: — assim nos foge
A brisa que corre agora.
Está murcha: — assim o fumo
Cresce, cresce, — e se evapora.
Está murcha: — assim o dia
Em raios afoga a aurora.

Está murcha: — assim a morte
Do mundo as glórias desfaz:
Assim um' hora de gosto
Mil horas de dores traz:
Assim o dia desmancha
Os sonhos que a noite faz.

Está murcha.... Ainda agora
— Eu a vi — não era assim.
Era linda, era viçosa,
Acesa como o rubim.
Reinava, como a rainha,

Sobre as flores do jardim.

II

Foi a donzela mimosa,
Foi passear entre as flores.
Foi conversar co'as roseiras,
Foi-lhes contar seus amores,
Julgando que sobre as rosas
Não se reclinam traidores.

Ela foi co'os pés formosos
Deixando mimoso rastro,
Qual no céu passou de noite,
Correndo, fulgindo, um astro.
E esta rosa foi cortada
Com seus dedos de alabastro.

A rosa ficou mais bela
Naquela virgínia mão.
Encheu de perfume os ares,
Talvez com mais expansão.
Mas a virgem teve à pena
De pô-la em seu coração.

Entrou no templo a donzela
Coberta co'o véu de renda.
— Teme que aos olhos dos homens
Sua modéstia se ofenda:
Como a cortina das aras,
Que aos ímpios se não desvenda.

Leva a modéstia na fronte,
Leva no peito a oração,
Leva seu livro dourado,
Leva pura devoção:
Leva a rosa, — a linda rosa
Nos dedos da breve mão.

Rezou: — e depois ergueu-se,
Dirigiu-se ao santuário,
Modesta, — qual sua prece,
Qual a luz do alampadário:
E depôs a linda rosa
Ao pé do santo calvário.

III

Os anjos depois vieram,
Respiraram sobre a flor.
A flor cobrou mais beleza,
Mais gala e mais esplendor.
Ali ao pé do calvário
Deu mais expansivo odor.

Ali parecia aos olhos
Crescer, crescer... Mas agora?
Agora murcha — tão murcha —
Não tem a gala de outrora.
— Assim o fumo do teto
Cresce, cresce, — e se evapora.

Assim as horas do tempo
Correndo, correndo vão.
Assim passou inda há pouco
O matutino clarão.
Assim ontem foste infante,
Assim hoje és ancião.

Murcha, murcha! — não expande
Jamais seu odor intenso.
Há de secar — feliz dela —
Junto à Cruz do Deus imenso.
Há de aspirar sobre as aras
O cheiro do grato incenso.

Feliz! — seu leito de morte,
Sobre as aras, ela tem.
A prece que vai ao céu,
Sobre ela primeiro vem.
A mirra que a Deus incensa,
Incensa a ela também.

(1853).

EL INCIENSO DEL ALTAR

I

Los sonidos del dócil órgano:
La voz de los corifeos
Las oraciones de los creyentes:
El susto de los ateos:
Todo pregon a prueba:
— ¡Aquí domina Dios!—

Silencioso estuvo,
Hace poco, — el santuario:
Cual la mudez, que guarda
Un sepulcro mortuario:
Cual el terror del navegante
En mar tumultuario.

Las almas de los difuntos
Ergúanse del polvo:
Chocándose turbadas,

Cruzando las naves¹¹ solamente:
Contando a las columnatas
Las ansias de su dolor.

Huyeron ya, — huyeron
De los sacros penetrales:
Cual huye de repente,
De la mente de los mortales,
Del mal la triste idea
Con la de los bienes reales.

Se purificó el éter:
Espectros ya no hay.
Sobre ellos cae la lápida,
Y un hueco golpe da.
Se perdieron en el abismo:
Dios no los oye ya.

II

Ahora entona el coro
Himnos de compunción.
Levanta la voz de los creyentes
Altivolante oración.
¡Ateo! — medita: hay tiempo
Aún para encontrar perdón.

¿No te conmueven el alma
Los cantos de los cristianos?
¿Las notas, que producen
Del organista las manos?
¿Las notas, que recorren
Del templo por las entradas?

¿Ni de las nubes de incienso
el cálido aroma
Que van en las manos de las auras,
En el techo a desvanecerse? —
¡Impío! Tú no tienes alma,
¿O no la quieres tener?

Ve cómo sube el incienso,
Cuales globos de unas tinieblas.
Ve cómo crece el rezo,
Cuales lavas de un volcán.
Ve cómo encanta la orquesta,
Cual voz de un huracán.

Ve tanto entusiasmo
En los rostros de esos creyentes.
Ve tanta confianza
En almas tan temerosas.
Ve tanta fe en Dios,
— ¡En el Dios que no consientes!

¹¹ Espacio longitudinal en una iglesia, entre hileras de columnas o entre las columnas y la pared.

Si no te miente, oh impío,
Ese sistema tuyo:
Si no es como la sonrisa
Del ambiguo fariseo:
Como el habla del hipócrita,
Que también es ateo:

iQue infierno de torturas
La mente no te destile
Al dulce sonido del órgano,
Que por las entradas retumba;
A los cánticos sagrados,
Que el pueblo y el coro entona!

iA las plegarias del ministro,
Que a Cristo, por ti, ora!
iA la fachada de ese templo,
Que los labios te descolora!
Que al Dios, — que niegas, impío, —
Y alaba, reza y adora!

Compúngete — y conoce
De Dios la justa mano.
iVen a comulgar del cáliz
De los gozos del cristiano;
Que sentirás arrobamientos,
Que tendrás alma entonces!

iVe cómo sube el incienso,
Cuales globos de unas tinieblas
Y por el techo rompe,
Cuales lavas de un volcán
Y a los cielos lleva la fragancia,
— Veloz, cual una urraca!

Ve cómo sube el incienso,
Que aromatiza el altar:
Suave, — cual la brisa
Entre el fervor del mar:
Suave, —cual de los ángeles
el dulce respirar.

III

iAy! — a Dios le plazca que breve,
Tan breve como la flor,
Ardiendo el incienso, — ardiendo,
Cual virginal rubor,
Transponga a los cielos el alma
Del triste trovador!

O INCENSO DO ALTAR

I

Os sons do fácil órgão:
 A voz dos corifeus
As orações dos crentes:
 O susto dos ateus:
Tudo apregoa e prova:
 — Aqui domina Deus!—

Silencioso estive,
 Há pouco, — o santuário:
Qual a mudez, que guarda
 Jazigo mortuário:
Qual o terror do nauta
 Em mar tumultuário.

As almas dos finados
 Erguiam-se do pó:
Chocando-se torvadas,
 Cruzando as naves só:
Contando às colunatas
 As ânsias de seu dó.

Fugiram já, — fugiram
 Dos sacros penetrais:
Qual foge de repente,
 Da mente dos mortais,
Do mal a triste idéia
 Com a dos bens reais.

Purificou-se o éter:
 Espectros mais não há.
Sobre eles cai a campa,
 E um oco baque dá.
Sumiram-se no abismo:
 Deus não nos ouve já.

II

Agora entoa o coro
 Hinos de compunção.
Levanta a voz dos crentes
 Altívola oração.
Ateu! — medita: é tempo
 De ainda haver perdão.

Não te comovem alma
 Os cantos dos cristãos?
As notas, que produzem
 Do organista as mãos?
As notas, que percorrem
 Do templo pelos vãos?

Nem das nuvens de incenso
O quente recender?
Que vão nas mãos das auras,
No teto esvaecer? —
Ímpio! tu não tens alma,
Ou não na queres ter?

Vê como sobe o incenso,
Quais globos de um bulcão.
Vê como cresce a reza,
Quais lavas de um vulcão.
Vê como encanta a orquestra,
Qual voz de um furacão.

Vê tanto entusiasmo
Na face desses crentes.
Vê tanta confiança
Em almas tão tementes.
Vê tanta fé em Deus,
— No Deus que não consentes!

Se não te mente, oh ímpio,
Esse sistema teu:
Se não é como o riso
De ambíguo fariseu:
Como o falar do hipócrita,
Que também é ateu:

Que inferno de torturas
A mente não te cõa!
Ao doce som do órgão,
Que pelos vãos reboa!
Aos cânticos sagrados,
Que o povo e o coro entoa!

Às preces do ministro,
Que ao Cristo, por ti, ora!
À face desse templo,
Que os lábios te descora!
Que ao Deus, — que negas, ímpio, —
E louva e reza e adora!

Compunge-te — e conhece
De Deus a justa mão.
Vem comungar do cálix
Dos gozos do cristão;
Que sentirás arroubos,
Que terás alma então!

Vê como sobe o incenso,
Quais globos de um bulcão!
E pelo teto rompe,
Quais lavas de um vulcão!
E aos céus leva a fragrância,
— Veloz, qual um pegão!

Vê como sobe o incenso,

Que aromatiza o altar:
Suave, — qual a brisa
Entre o fervor do mar:
Suave, —qual dos anjos
O doce respirar.

III

Ai! — praza a Deus que breve,
Tão breve como a flor,
Ardendo o incenso, — ardendo,
Qual virginal rubor,
Transponha aos céus a alma
Do triste trovador!

EL MISÁNTROPO A MI AMIGO LUPÉRCIO GAHAGEM CHAMPLONI

I

Vanamente procuro
El campo, las florestas:
Imágenes funestas
Me siguen hasta allá.
En las cuevas, en las rocas,
Debajo de la tierra,
Un busto me aterra,
Un hombre está.

Con los ojos brillantes,
Con la cara hermosa,
Con los labios de rosas,
Me sonríe a mí.
Vanamente le muestro
Miedoso el semblante:
Con un gesto galante
Responde que — sí.

En la arena de la fuente,
En las urnas del río,
Mi rostro sombrío
Se encuentra con el suyo.
Junta sus labios,
Bebiendo conmigo, —
Fatal enemigo
Que el hado me dio.

Corriendo asombrado
Del bulto gravoso,
Veloz, presuroso,
Demando la soledad.
Mas, aún corriendo,

Si vuelvo con los ojos,
Encuentro las cejas,
De la eterna visión.

Y siempre sonriente
Cual muchacha inocente,
Con un modo contento
Diciéndome adiós.
¡Reniego de ti, oh ángel
Fatal, sempiterno,
Ya vengas del infierno,
O vengas de Dios!

II

En los rayos de la aurora,
En el trinar de las aves,
En las brisas suaves,
En la voz de la mañana,
De pie, sobre los montes,
Con un grito que aterra,
Maldigo esta tierra
Tan amplia, tan vana.

A los hombres odio,
Con odio profundo,
Con odio, que el mundo
No puede entender.
Entonces, cuanto quiero,
Derramo del pecho
La hiel, que, violento,
No puedo contener.

Y clamo en discursos,
En odas atroces,
Y los brutos feroces
Temen de mí al oír,
De los rayos que tiro,
Heridas las selvas,
De hojas, de hierbas
Se hacen de lado.

Maldigo los desfiladeros,
Las nubes, la aurora,
La queja sonora
De las aves del cielo.
Maldigo ese encanto
Que a los abismos encubre,
— A la mujer que se cubre
Con los dobleces de un velo.

Maldigo la ciencia
Que a los hombres tortura,
— Hermosa locura
De cara lozana;
Procela de la demencia,

Abismo de sofismas,
Montaña de prismas,
Figura de Pan.

Maldigo la virtud
Inestable a toda hora,
Demócrito ahora,
Ahora Catón:
Fantasma versátil,
Extraño, no visto,
Que se ríe del Cristo,
Que llora en Juan¹².

Sediento de la rabia
Que nunca se me agota,
Más válido aún,
Maldigo a mis padres.
Después, elevando
La vista a lo excelso,
Maldigo a lo Eterno,
Por ser de los mortales.

III

Y siempre ese busto
De hombre que odio,
Viene, sin recelo,
Constante, a escuchar.
Y en cada discurso,
Que franco improviso,
Responde con una sonrisa,
Y se pone a callar.

En el seno de las rocas
En vano me amparo,
Pues siempre me encuentro
Con una sonrisa de las tuyas.
¡Castigo infinito,
Tántalico¹³, eterno.
Que vino del infierno
Por orden de Dios!

Encima de la roca
Me asiento feroz
Con gesto asesino
Puliendo un puñal.
Mas él desata,
Dejándome en pasmo,
Con rudo sarcasmo,
Una risotada brutal.

Y corro demente
Por intransitables dehesas,

¹² Evangelio según San Juan cap. 11 vers. 35

¹³ Relativo a Tántalo, rey de la mitología griega.

Con el rostro incendiado,
Con el hierro en la mano.
Y el busto siniestro
Retrocede volando,
De frente mirando
Con sonrisa burlona.

iY siempre sonriente,
Cual muchacha inocente,
Con un modo contento
Diciéndome adiós!
iCastigo infinito,
Tantálico, eterno.
Que vino del infierno
Por orden de Dios!

O MISANTROPO
AO MEU AMIGO LUPÉRCIO GAHAGEM CHAMPLONI

I

Debalde procuro
O campo, as florestas:
Imagens funestas
Me seguem te lá.
Nas lapas, nas rochas,
Debaixo da terra,
Um busto me aterra,
Um homem está.

Co'os olhos brilhantes,
Co'as faces formosas,
Co'os lábios de rosas,
Sorri-se p'ra mim.
Debalde lhe amo
Medonho o semblante:
C'um gesto galante
Responde que — sim.

Na areia da fonte,
Nas urnas do rio,
Meu rosto sombrio
Se encontra co'o seu.
Ajunta seus lábios,
Bebendo comigo, —
Fatal inimigo
Que o fado me deu.

Correndo assombrado
Do vulto gravoso,
Veloz, pressuroso,
Demandando a soidão.
Mas, inda correndo,

Se volto co'os olhos,
Encontro os sobrolhos,
Da eterna visão.

E sempre a sorrir-se.
Qual moça inocente,
C'um modo contente
Dizendo-me adeus.
Renego-te, oh anjo
Fatal, sempiterno,
Ou venhas do inferno,
Ou venhas de Deus!

II

Nos raios da aurora,
Nos trinos das aves,
Nas brisas suaves,
Na voz da manhã,
Em pé, sobre os montes,
Coum brado que aterra,
Maldigo essa terra
Tão ampla, tão vã.

Os homens odeio,
Com ódio profundo,
Com ódio, que o mundo
Não pôde entender.
Então, quanto quero,
Derramo do peito
O fel, que, desfeito,
Não posso conter.

E clamo em discursos,
Em odes atrozes,
E os brutos ferozes
Me temem de ouvir,
Dos raios que atiro,
Feridas as selvas,
De folhas, de relvas
Se fazem despir.

Maldigo as estreitas,
As nuvens, a aurora,
A queixa sonora
Das aves do céu.
Maldigo esse encanto
Que abismos encobre,
— Mulher que se cobre
Co'as dobras de um véu.

Maldigo a ciência
Que os homens tortura,
— Formosa loucura
De face louçã;
Procela da insânia,

Pegão de sofismas,
Montanha de prismas,
Figura de Pã.

Maldigo a virtude
Instável cada hora,
Demócrito agora,
Agora Catão:
Fantasma versátil,
Estranho, não visto,
Que ri-se no Cristo,
Que chora em João.

Sedento da raiva
Que nunca me finda,
Mais válido ainda,
Maldigo meus pais.
Depois, elevando
A vista ao superno,
Maldigo do Eterno,
Por ser dos mortais.

III

E sempre esse busto
De homem que odeio,
Me vem, sem receio,
Constante, escutar.
E a cada discurso,
Que franco improviso,
Responde c'um riso,
E põe-se a calar.

No seio das rochas
Debalde me amparo,
Que sempre o deparo
C'um riso dos seus.
Castigo infinito,
Tantálico, eterno.
Que veio do inferno
Por ordem de Deus!

Em cima da rocha
Me assento ferino
Com gesto assassino
Buindo um punhal.
Mas ele desata,
Deixando-me em pasmo,
Com rude sarcasmo,
Risada brutal.

E corro demente
Por ínvias deveras,
Co'as faces acesas,
Co'o ferro na mão.
E o busto sinistro

Recua voando,
De frente me olhando
C'um riso brincão.

E sempre a sorrir-se,
Qual moça inocente,
C'um modo contente
Dizendo-me adeus!
Castigo infinito,
Tantálico, eterno,
Que veio do inferno
Por ordem de Deus!

LA HUÉRFANA EN LA COSTURA

Ella le enseñó a levantar sus manos
puras e inocentes al cielo, a dirigir
sus primeras miradas a su Creador.
FLECHIER.

Mi madre era bonita,
Era toda mi dicha,
Era todo mi amor.
Su cabello era tan rubio,
Que ni en un listón de oro]
Había tan gran esplendor.

Sus mechones luminosos
Le caían tan largos,
Que venían a besar sus pies.
Cuando oía mis quejas,
En sus áureos mechones
Ella me venía a envolver.

También cuando toda fría
Mi alma se estremecía,
Cuando ausente estaba el sol,
Sus cabellos largos,
Como hilos calurosos,
Me servían de cobertor.

Mi madre era bonita,
Era toda mi dicha,
Era todo mi amor.
Sus ojos eran suaves,
Como el gorjeo de las aves
Sobre la choza del pastor.

Mi madre era muy bella,
—Yo me acuerdo tanto de ella,
De todo cuanto era suyo!
Tengo en mi pecho guardadas
Sus palabras sagradas
Con las risas que ella me dio.

Mis pasos vacilantes
Fueron por largos instantes,
Enseñados por los suyos.
Mis labios mudos, callados
Abiertos por sus dedos,
Me pronunciaron: — ¡Dios!

Más tarde — cuando despertaba
Cuando la aurora despuntaba,
Erguíame su mano.
Halando por la voz de ella,
Yo repetía sencillamente
Una hermosa oración.

Mi madre era muy bella,
—Yo me acuerdo tanto de ella,
De todo cuanto era suyo!
Mi madre era bonita,
Era toda mi dicha,
Era todo y todo mío.

Estos puntos que yo imprimo,
Estas cuadrillas que yo rimo,
Fue ella quien me enseñó,
Las voces que yo pronuncio.
Los cantos que yo balbuceo,
Fue ella quien me los formó.

¡Madre mía! — dime esta vida,
Dime también esta lidia,
Estos hilos retorcidos, esta lana:
¡Madre mía! — dime este canto,
¡Madre mía! —dime este llanto,
— Dímelo todo: — ¡Madre mía! —

Mi madre era muy bella,
—Yo me acuerdo tanto de ella,
De todo cuanto era suyo!
Mi madre era bonita,
Era toda mi dicha,
Era todo y todo mío.

A ÓRFÃ NA COSTURA

Ela lhe ensinou a levantar suas mãos
puras e inocentes para o céu, a
dirigir seus primeiros olhares a seu
Criador.

FLECHIER.

Minha mãe era bonita,
Era toda a minha dita,
Era todo o meu amor.
Seu cabelo era tão louro,

Que nem uma fita de ouro]
Tinha tamanho esplendor.

Suas madeixas luzidas
Lhe caíam tão cumpridas,
Que vinham-lhe os pés beijar.
Quando ouvia as minhas queixas,
Em suas áureas madeixas
Ela vinha me embrulhar.

Também quando toda fria
A minha alma estremecia,
Quando ausente estava o sol,
Os seus cabelos cumpridos,
Como fios aquecidos,
Serviam-me de lençol.

Minha mãe era bonita,
Era toda a minha dita,
Era todo o meu amor.
Seus olhos eram suaves,
Como o gorjeio das aves
Sobre a choça do pastor.

Minha mãe era mui bela,
— Eu me lembro tanto dela,
De tudo quanto era seu!
Tenho em meu peito guardadas
Suas palavras sagradas
Co'os risos que ela me deu.

Os meus passos vacilantes
Foram por largos instantes,
Ensinados pelos seus.
Os meus lábios mudos, quedos
Abertos pelos seus dedos,
Pronunciaram-me: — Deus!

Mais tarde — quando acordava
Quando a aurora despontava,
Erguia-me sua mão.
Falando pela voz dela,
Eu repetia singela
Uma formosa oração.

Minha mãe era mui bela,
— Eu me lembro tanto dela,
De tudo quanto era seu!
Minha mãe era bonita,
Era toda a minha dita,
Era tudo e tudo meu.

Estes pontos que eu imprimo,
Estas quadrinhas que eu rimo,
Foi ela que me ensinou,
As vozes que eu pronuncio.
Os cantos que eu balbucio,

Foi ela que mos formou.

Minha mãe! — diz-me esta vida,
Diz-me também esta lida,
Esta retrós, esta lâ:
Minha mãe! — diz-me este canto,
Minha mãe! — diz-me este pranto,
— Tudo me diz: — Minha mãe! —

Minha mãe era mui bela,
— Eu me lembro tanto dela.
De tudo quanto era seu!
Minha mãe era bonita,
Era toda a minha dita,
Era tudo e tudo meu.

MI HIJO EN EL CLAUSTRO CANCIÓN MATERNA

¿No soy yo tu madre quien te aprecia?
¿Tú no ves mis cuidados maternos?
¿Y me escondes los dolores que sientes?
¿No sé yo tus disgustos internos?

Yo te dije, hijo mío, yo te dije
Que jamás te apartases de mí.
Tú quisiste, hijo mío, te fuiste,
Tú ahora padeces así.

¡Tú dejaste mi seno materno,
Tú dejaste tu padre tan enfermo!
Mira a tu padre, como, gastado de angustias,
Llora y gime — perdido y demente.

Tú dejaste los lugares de infancia,
Más las flores de nuestro jardín.
Ya no brotan, no huelen las flores,
Ya no producen perfumes así.

Ya no producen capullos los rosales,
Ya no producen si quiera una flor.
Ellas sienten, perciben — pobrecitas —
Que perdieron también su cultor.

Yo besé tu infantil jazminero,
Y le pedí en tu nombre un jazmín,
Vino la brisa, le movió el follaje;
Percibí que me lo negaba así.

Tus plantas bien saben — pobrecitas —
Que perdieron su lindo cultor.
Ellas saben también que tu vives
Sepultado en el abismo del dolor.

¡Tu presente, hijo mío, es tan triste!

¿Qué será tu futuro y tu fin?
¡Y quién puede esperar más horrores
Quien comienza con tantos así!

Tú quisiste ser monje, te fuiste,
Tú saliste de la casa paterna.
Insultaste los maternos pedidos,
Más la queja infantil y fraterna.

¡Tus hermanos levantaron mil voces
Con sus labios de ardiente rubí.
Y clamaron, — pobrecitos — llorando,
Que no hay, como el tuyo, genio así!

Te cortaste los anillos de los cabellos,
— Tus cabellos, que yo tanto estimaba.
Yo por ellos lloré... tú sonreíste,
Tú más fiero que la fiera más brava!

Yo por ellos lloré: — que ellos eran
Lindos hilos de negro satín.
Para sí tu hermana los quería,
Que no los tenía tan bellos así.

Las manitos de la hermana que te llora
Tus cabellos, jugando, alisaban.
¡Cuántas veces mis labios sedientos
Tus cabellos, hijo mío, besaban!

Hoy — ¿qué hay de tus lindos cabellos,
Tan corridos, cual negro satín?
Hoy tienes desnuda la cabeza, —
¿Es que frío no sientes así?

Pero yo tuve coraje para verte
Adornado de vestimenta funeral.
Y te vi revestido en cadáver,
Como el rostro del genio del mal.

Yo a Dios pregunté: — ¿Pues al mundo
Para los dolores solamente es que yo vine?
¿Para ver y sentir que mi hijo
Me da tantos martirios así?

En los escalones de los altares a lo largo
Te postraste con el rostro en el suelo.
Y juraste al Eterno ante los hombres
Que mi hijo no eras más no.

Blasfemé en ese instante de Cristo
En los asomos do mi frenesí.
— ¡Los amores del padre no son nada,
Los extremos de la madre son así!

Blasfemé de ese Dios que arrancaba
De mis brazos mi hijo querido:
Que le despojaba los trajes de seda,

Para darle un fúnebre vestido.

Blasfemé de ese Dios que le imponía
Férreos votos, eternos, sin fin:
Que a sus hijos por víctimas cuenta:
¡Que quiere tantos martirios así!

Es mentira. Esa ley violenta
No fue hecha por Nuestro Señor.
Nuestro Dios no nos prende con hierros,
Sino con lazos de dócil amor.

No envidia de la madre los placeres,
Como rosas ornando el festín.
No le da inocentes hijitos,
Para en vida arrancarlos así.

¡Blasfemé! — y en el reino de las llamas
De los demonios me oyó la cohorte:
¡Y rompió en una horrible orquesta,
Digna fiesta de los hijos de la muerte!

Mi alma tachó en su libro
De mi Dios el cruel querubín.
No hace mal: fue por ti que la perdí.
¡Ojalá que yo te ganase así!

Pero tormentos oprimen tu pecho
Más terribles talvez que este infierno.
Sí: tú sufres, — yo sé, — más angustias
De lo que sufre mi pecho materno.

Ya no juega el placer en tus ojos
Más traviesos, que vivo delfín,
Las tristezas, que afean tu rostro,
No hay de ellas en los hombres así.

No me escondas, hijo mío, estas penas,
De pesares comunes no me prives.
Yo bien sé que sin mí — entre extraños —
Es difícil la vida que vives.

Ven, abre, hijo mío, estos labios,
Donde vi transpirarte el carmín.
Fuiste ingrato, es verdad: pero que sepas
Que te estimo, hijo mío, aún así.

Entre la fiebre tu padre se revuelca
En ese lecho que otrora fue tuyo.
Grita, clama, tantea, te busca
Sólo a ti — primogénito suyo.

¡Fuiste ingrato! — dejaste tus hogares,
Tus hermanos, a tu padre, y a mí.
¡Tú quisiste ser monje, — hijo mío,
Tú ahora padeces así!

MEU FILHO NO CLAUSTRO CANÇÃO MATERNA

Eu não sou tua mãe que te preza?
Tu não vês meus cuidados maternos?
E me escondes as dores que sentes?
Não sei eu teus desgostos internos?

Eu te disse, meu filho, eu te disse
Que jamais te apartasses de mim.
Tu quiseste, meu filho, tu foste,
Tu agora padeces assim.

Tu deixaste meu seio materno,
Tu deixaste teu pai tão doente!
Vê teu pai, como, gasto de angustias,
Chora e geme — perdido e demente.

Tu deixaste os lugares da infância,
Mais as flores do nosso jardim.
Já não brotam, não cheiram as flores,
Já não deitam perfumes assim.

Já não deitam botões as roseiras,
Já não deitam se quer uma flor.
Elias sentem, percebem — coitadas —
Que perderam também seu cultor.

Eu beijei teu fantil jasmineiro,
E pedi-lhe em teu nome um jasmim,
Veio a brisa, moveu-lhe a folhagem;
Percebi que negava-mo assim.

Tuas plantas bem sabem — coitadas —
Que perderam seu lindo cultor.
Elias sabem também que tu vives
Sepultado no abismo da dor.

Teu presente, meu filho, é tão triste!
Que será teu futuro e teu fim?
E quem pode esperar mais horrores
Quem começa com tantos assim!

Tu quiseste ser monge, tu foste,
Tu saíste da casa paterna.
Insultaste os maternos pedidos,
Mais a queixa infantil e fraterna.

Teus irmãos levantaram mil vozes
Com seus lábios de ardente rubim.
E clamaram, — coitados — chorando,
Que não há, como o teu, gênio assim!

Tu cortaste os anéis dos cabelos,
— Teus cabelos, que eu tanto estimava.
Eu por eles chorei... tu sorriste,
Tu mais fero que a fera mais brava!

Eu por eles chorei: — que eles eram
Lindos fios de preto cetim.
Para seus tua irmã os queria,
Que os não tinha tão belos assim.

As mãozinhas da irmã que te chora
Teus cabelos, brincando, alisavam.
Quantas vezes meus lábios sedentos
Teus cabelos, meu filho, beijavam!

Hoje — que é de teus lindos cabelos,
Tão corridos, qual preto cetim?
Hoje tens desnuda a cabeça, —
E que frio não sentes assim?

Mas eu tive coragem p'ra ver-te
Adornado de crepe feral.
E te vi revestido a cadáver,
Como a face do gênio do mal.

Eu a Deus perguntei: — Pois ao mundo
Para as dores somente é que eu vim?
Para ver e sentir que meu filho
Dá-me tantos martírios assim?

Nos degraus dos altares ao longo
Te prostraste co'a face no chão.
E juraste ao Eterno ante os homens
Que meu filho não eras mais não.

Blasfemei nesse instante do Cristo
Nos assomos do meu frenesim.
— Os amores de pai não são nada,
Os extremos de mãe são assim!

Blasfemei desse Deus que arrancava
De meus braços meu filho querido:
Que despia-lhe os trajos de seda,
Para dar-lhe um funéreo vestido.

Blasfemei desse Deus que lhe impunha
Férreos votos, eternos, sem fim:
Que seus filhos por vítimas conta:
Que quer tantos martírios assim!

É mentira. Essa lei violenta
Não foi feita por Nosso Senhor.
Nosso Deus não nos prende com ferros,
Mas com laços de dócil amor.

Não inveja da mãe os prazeres,
Como rosas ornando o festim.
Não lhe dá inocentes filhinhos,
Para em vida arrancar-lhos assim.

Blasfemei! — e no reino das chamas

Dos demônios ouviu-me a coorte:
E rompeu numa horrível orquestra,
Digna festa dos filhos da morte!

A minh'alma riscou-a em seu livro
De meu Deus o cruel querubim.
Não faz mal: foi por ti que perdi-a.
Oxalá que eu ganhasse-te assim!

Mas tormentos oprimem teu peito
Mais terríveis talvez que este inferno.
Sim: tu sofres, — eu sei, — mais angustias
Do que sofre meu peito materno.

Já não brinca o prazer em teus olhos
Mais travessos, que vivo delfim,
As tristezas, que afeiam teu rosto,
Não há delas nos homens assim.

Não me escondas, meu filho, estas penas,
De pesares comuns não me prives.
Eu bem sei que sem mim — entre estranhos —
É difícil a vida que vives.

Vem, descerra, meu filho, estes lábios,
Onde vi transpirar-te o carmim.
Foste ingrato, é verdade: mas sabe
Que eu te estimo, meu filho, inda assim.

Entre a febre teu pai se revolve
Nesse leito que outrora foi teu.
Grita, clama, tateia, procura
Só por ti — primogênito seu.

Foste ingrato! — deixaste teus lares,
Teus irmãos, mais teu pai, mais a mim.
Tu quiseste ser monge, — meu filho,
Tu agora padeces assim!

MILTON

Al joven poeta Odorico Octávio Odilon

Le era debido al genio otro
homenaje:
Pero la ofrenda del pobre agrada al
sabio.

Allá va Milton, allá va. Fatuos ingleses,
Hincad vuestras rodillas ante el moderno Homero.
En los campos de Albion, tembloroso y ciego,
Aún tantea inspiraciones y cantos.
Vedlo: — cansado allá se arrima a la esposa,
Que en un abrazo le sustenta el cuerpo.
Allá va Milton, allá va. Fatuos ingleses,

Hincad vuestras rodillas ante el moderno Homero.

Con la pupila sin luz intenta en vano
Mirar al sol, donde un arcángel habita.
Vate divino, — él divisaba otrora
En los rayos de este sol descendiendo a los ángeles.
En uno de sus rayos él aún espera
Que un ángel venga, y le esclarezca la vista.
Allá va Milton, allá va. Fatuos ingleses,
Hincad vuestras rodillas ante el moderno Homero.

En vano la hija que le escribió los cantos
Dirige los ojos del cantor del Empíreo.
En vano la incierta y trémula retina
Se clava inmóvil en el reluciente rayo.
Ahora ya el ángel, que él vio otrora,
No se desliza de allá del sol, bajando a la tierra.
Allá va Milton, allá va. Fatuos ingleses,
Hincad vuestras rodillas ante el moderno Homero.

Nunca más el Edén, como antes, aflorará,
Nunca más el cedro va a toparse con las nubes.
Nunca más el hombre, por los prados libre,
Medita sobre Dios, medita sobre el amor, — y duerme.
Nunca más esa mujer perfecta y desnuda
Sueña inocencias, ni inocencias habla.
Allá va Milton, allá va. Fatuos ingleses,
Hincad vuestras rodillas ante el moderno Homero.

Milton, Milton no ve el cielo que canta,
No ve la tierra cuyos colores pinta.
La esposa, su misma esposa le es invisible;
Sólo por la espina reconoce la rosa.
Llora entre los rincones, ruiseñor celeste:
Sólo por los llantos reconoce los ojos.
Allá va Milton, allá va. Fatuos ingleses,
Hincad vuestras rodillas ante el moderno Homero.

Aún entre llantos dulces canta
el cielo y la tierra y lo lóbrego del inferno.
Le abren Homero las blancas manos de la esposa.
Va la hijita transcribiendo los cantos.
En medio de la labor le corren las lágrimas,
Que la esposa y la hija le enjugan con ósculos.
Allá va Milton, allá va. Fatuos ingleses,
Hincad vuestras rodillas ante el moderno Homero.

Duerme después, — y en el dormir vuelve a soñar
Con los lindos ángeles, que pensó de día.
Antes del sol despierta, — y va con la esposa
Al son de cantos a despertar la aurora.
Y siempre espera que en un rayo acaso
Descienda algún ángel y le ilumine la vista.
Allá va Milton, allá va. Fatuos ingleses,
Hincad vuestras rodillas ante el moderno Homero.

Cromwell en el solio veneró a tal hombre.

Después un déspota le acató el orgullo.
Pobre aún es libre, — así como ciego y viejo
Aún tantea inspiraciones y cantos.
Le limpia la hija las lágrimas con ósculos.
Le sostiene el cuerpo con un abrazo la esposa.
Allá va Milton, allá va. Fátuos ingleses,
Hincad vuestras rodillas ante el moderno Homero.

MILTON

Ao jovem poeta Odorico Octávio Odilon

Fora devida ao gênio outra
homenagem:
Mas a oferenda do pobre agrada ao
sábio.

Lá vai Milton, lá vai. Fátuos ingleses,
Dobrai a curva ante o moderno Homero.
Nos campos de Albion, tremente e cego,
Inda tateia inspirações e carmes.
Vede-o: — cansado lá se arrima à esposa,
Que num abraço lhe sustenta o corpo.
Lá vai Milton, lá vai. Fátuos ingleses,
Dobrai a curva ante o moderno Homero.

Co'a pupila sem luz procura embalde
Fitar o sol, onde um arcanjo habita.
Vate divino, — ele enxergara outrora
Nos raios deste sol descendo os anjos.
Num de seus raios ele ainda espera
Que um anjo venha, e lhe esclareça a vista.
Lá vai Milton, lá vai. Fátuos ingleses,
Dobrai a curva ante o moderno Homero.

Em vão a filha que escreveu-lhe os cantos
Dirige os olhos do cantor do Empíreo.
Em vão a incerta e tremula retina
Crava-se imóvel no luzente raio.
Não mais o anjo, que ele vira outrora,
Desliza lá do sol, baixando à terra.
Lá vai Milton, lá vai. Fátuos ingleses,
Dobrai a curva ante o moderno Homero.

Não mais o Éden, como dantes, flore,
Não mais o cedro vai topar co'as nuvens.
Não mais o homem, pelos prados livre,
Medita Deus, medita amor, — e dorme.
Não mais essa mulher perfeita e nua
Sonha inocências, e inocências fala.
Lá vai Milton, lá vai. Fátuos ingleses,
Dobrai a curva ante o moderno Homero.

Milton, Milton não vê o céu que canta,
Não vê a terra cujas cores pinta.

A esposa, a esposa é-lhe invisível mesma;
Só pelo espinho reconhece a rosa.
Chora entre os cantos, rouxinol celeste:
Só pelos prantos reconhece os olhos.
Lá vai Milton, lá vai. Fátuos ingleses,
Dobrai a curva ante o moderno Homero.

Mesmo entre prantos mavioso canta
O céu e a terra e o lôbrego do inferno.
Abrem-lhe Homero as alvas mãos da esposa.
Vai-lhe a filhinha transcrevendo os carmes.
Em meio do labor correm-lhe as lágrimas,
Que a esposa e a filha enxugam-lhe com ósculos.
Lá vai Milton, lá vai. Fátuos ingleses,
Dobrai a curva ante o moderno Homero.

Dorme depois, — e no dormir ressonha
Co'os lindos anjos, que pensou de dia.
Antes do sol acorda, — e vai co'a esposa
Ao som de cantos despertar a aurora.
E sempre espera que num raio acaso
Desça algum anjo e lhe ilumine a vista.
Lá vai Milton, lá vai. Fátuos ingleses,
Dobrai a curva ante o moderno Homero.

Cromwel no sólio venerou tal homem.
Depois um déspota acatou-lhe o orgulho.
Pobre inda é livre, — como cego e velho
Inda tateia inspirações e carmes.
Limpa-lhe a filha as lágrimas com ósculos.
Sustém-lhe o corpo c'um abraço a esposa.
Lá vai Milton, lá vai. Fátuos ingleses,
Dobrai a curva ante o moderno Homero

POBRE Y SOBERBIO

— La pobreza orgullosa explica el
cinismo de mucha gente.
MARQUEZ DE MARICÁ.

I

Allí en aquél albergue derrocado
Por la furia del norte
Existe un anciano, — que libara un día
Los ósculos de la suerte.

A las puertas le golpearon los placeres
Dorados de ventura.
Sonriéronle los amores encantados
Sonrisa de dulzura.

Infinito pelotón de amigos nobles
Subíanle las escalas.

Con gestos de pasión le miraban tiernas
Las damas presumidas.

Tocole un día en la intocada frente
El dedo de la desgracia.
Y, cual humo disperso por los aires,
Su esplendor se esfumaba.

Desapareció, — cual viento, la multitud numerosa
De tanto y tanto amigo.
Y los hijitos al pecho, la esposa al lado,
— Lloraba sin abrigo.

Dominando la montaña, — ayer vigoroso
Había un pino levantado.
Rugió de madrugada el sur obstinado:
¡Helo en el suelo prostrado!

Talvez de la providencia la mano piadosa
Mostrole esta cabaña.
Por la seña de Dios talvez la alzarón
La paja y la agreste caña.

II

Vegeta el anciano allí. Se duerme, — despiértanlo
De los hijos el lamento.
Se levanta, — escucha la esposa ensimismada
De dolor, hambre y tormento.

Muy rápido la cabeza le encaneció
Misericordia y sinsabor.
No sabe trabajar: — estaba entregado
A la paz, al sueño y al amor.

Problema increíble le parece al menos
Tan veloz decadencia.
Y no sabe sostener el azar de la suerte
Con constancia y prudencia.

Y no sabe buscar, — de lo tonto y fatuo,
En Dios consolación.
Y no sabe incensar los pies de lo Eterno
Con los humos de la oración.

III

Ayer en la tarde irguiose. — La esposa y los hijos
En torno se juntaron;
Y, como hace eco un ruido de espectros,
— ¡Hambre, hambre! — gritaron.

Y tomó el bordón: — cual embriagado,
Fue camino a la aldea.
Mendigando, — era un grande que imperaba

Con voz ingente y llena.

El transeúnte mirole los viles andrajos
Y el semblante horrible.
Meneole la cabeza, — y escarneciole
La nobleza risible.

Acostumbrado a mandar — un potentado
No debe pedir nunca;
Aunque los riñones sensibles le comprima
La mano del hambre encorvada.

Llámanle a eso en este mundo los hombres
— Constancia y pundonor.—
Y, de los sobrenombres con el coraje, se aseguran de borrar,
Por la soberbia, el color.

IV

El ancianito regresó: — injusto y arrogante
Maldijo el cielo y la tierra.
Y torrentes de afrentas y blasfemias
Del pecho desencierra.

Así como un tirano, que aguardaba
De la turba la sujeción;
Rebelde se aíra, cuando escucha
A su dictamen un «no.»

Y grave entró en el albergue: — los ojos torvos,
el semblante malo.
Ahí va a halar, — y la voz, que la rabia obstruye,
Ronco mugido da.

En los ojos le adivinan los hijitos
El bien, o mal, que trae.
Fisionomistas por necesario instinto
la naturaleza los hace.

Y la madre con los hijos un fúnebre llanto
Entonces del pecho arrancan.
Sólo no lloraba el viejo, — que con la rabia
Las lágrimas se estancan.

Llanto y llanto de muerte levantaron
Los hijos, — recordando
Que sustento malsano, — hierba de los campos
Aún irán buscando.

V

¡Ay! — ¡que entrase del pobre en la guarida
Un benefactor generoso,
Que en el banquillo le dejase adrede
Montón de oro abundoso!

Lo verías — al viejo, rejuvenecido,
Desamparar la choza;
En la ventura olvidar esa tristeza,
Que el corazón le roza.

Como en lindo jardín rosal débil,
Que el invierno desnudara,
En la primavera ya retoña ovante,
Como si no marchitara.

Sin embargo, talvez al benefactor en la espalda
Clavara un puñal:
O en dorada taza propinále
Un tóxico fatal.

¡Tras de soberbio, — ingrato! Hela del viejo
Entera la apología.
Han de serlo también los inocentes
Hijitos que él cría.

Los leoncitos de los leones aprenden
Furor y sed de sangre:
Les va gustando ver a los padres sedientos
Tragar la presa desangrada.

¡Y — rarísimo caso, — que entre los trances
Y los sufrimientos suyos,
Una sola vez los labios del ancianito
No invocaron a Dios!

El nombre de quien sólo, — de su espíritu
Dio alma a los cielos y a la tierra.
¿Quién sabe se en el pecho el anciano, tímido,
— Como un tesoro, lo encierra?

¡O nacido en oro y perlas, — y educado
En lúcido salón,
Por ventura sus padres no le enseñaron
Siquiera una oración!

¡Ay! — ¡Qué vida el ancianito irá viviendo, —
Qué vida de miseria,
Hasta que se le desprenda el fatigado espíritu
De los impedimentos de la materia!

VI

Mancebos, que pasáis, — dejad al anciano
Vivir en la paz de la muerte:
Que un día él ya fue, — como vosotros.
Rico de los dones de la suerte.

Mancebos, que pasáis, — dejad al viejo
Llorar al pie de la puerta.
No, no lo insultéis, — ya que la desgracia de él

Tan poco os importa.

Sed, oh jóvenes burlones, — más generosos,
— Y no lo escarnezcáis.

Más bien venerad en las canas del viejo,
Las canas de vuestros padres.

Bien vedlo impedido.— La flaca hambre
Las vísceras le desuella.

No le miréis la arrogancia, — oh, buenos mancebos,
Mas dad, — dadle una limosna.

1851

POBRE E SOBERBO

— A pobreza orgulhosa explica o
cinismo do muita gente.

MARQUEZ DE MARICÁ.

I

Ali naquele alvergue derrocado
Pela sanha do norte
Um velho existe, — que libara um dia
Os ósculos da sorte.

Ás portas lhe bateram os prazeres
Dourados de ventura.
Sorriram-lhe os amores encantados
Sorriso de doçura.

Infindo pelotão de amigos nobres
Subia-lhe as escadas.
Co'esgares de paixão lhe olhavam ternas
As damas afetadas.

Tocou-lhe um dia na intonada fronte
O dedo da desgraça.
E, qual fumo disperso pelos ares,
Seu fastígio esvoaça.

Desapareceu, — qual vento, a chusma enumera
De tanto e tanto amigo.
E os filhinhos ao peito, a esposa ao lado,
— Chorava sem abrigo.

Dominando a montanha, — ontem viçava
Pinheiro alevantado.
Rugiu de madrugada o sul teimoso:
Ei-lo no chão prostrado!

Talvez da providência a mão piedosa

Mostrou-lhe esta choupana.
Pelo aceno de Deus talvez a alçaram
O colmo e a agreste cana.

II

Vegeta o velho ali. Se dorme, — acorda-o
Dos filhos o lamento.
Se acorda, — escuta a esposa repassada
De dor, fome e tormento.

Muito cedo a cabeça encaneceu-lhe
Miséria e dissabor.
Não sabe trabalhar: — estava feito
À paz, ao sono e amor.

Problema incrível lhe parece ao menos
Tão veloz decadência.
E não sabe sustar o azar da sorte
Com constância e prudência.

E não sabe buscar, — de tonto e fátuo,
Em Deus consolação.
E não sabe incensar os pés do Eterno
Co'os fumos da oração.

III

Ontem de tarde ergueu-se. — A esposa e os filhos
Em torno se ajuntaram;
E, como ecoa um frêmito de espectros,
— *Fome, fome!* — gritaram.

E pegou do bordão: — qual temulento,
Foi caminho da aldeia.
Pedinchando, — era um grande que imperava
Com voz ingente e cheia.

O passageiro olhou-lhe os vis andrajos
E o sobreceño horrível.
Meneou-lhe a cabeça, — e escarneceu-lhe
A nobreza risível.

Avezado a mandar — um potentado
Não deve pedir nunca;
Embora os rins sensíveis lhe comprima
A mão da fome adunca.

Chamam-lhe a isso nesse mundo os homens
— Constância e pundonor. —
E, dos nomes co'a cor, cuidam que apagam
Da soberbia a cor.

IV

O velhinho voltou: — injusto e testó
Maldiz o céu e a terra.
E torrentes de afrontas e blasfêmias
Do peito desencerra.

Assim como um tirano, que aguardava
Da turba a sujeição;
Mal sofrido se assanha, quando escuta
Ao seu ditame um «não.»

E grave entrou no alvergue: — os olhos torvos,
A catadura má.
Aí vai falar, — e a voz, que a raiva engasga,
Rouco mugido dá.

Nos olhos lhe adivinham os filhinhos
O bem, ou mal, que traz.
Fisionomistas por preciso instinto
A natureza os faz.

E a mãe co'os filhos um funéreo pranto
Então do peito arrancam.
Só não chorava o velho, — que co'a raiva
As lágrimas se estancam.

Pranto e pranto de morte alevantaram
Os filhos, — recordando
Que sustento mal-são, — erva dos campos
Ainda irão catando.

V

Ai! — que entrasse do pobre na guarida
Benfeitor generoso,
Que na tripeça lhe deixasse adrede
Montão de ouro abundoso!

Vê-lo-ias — o velho, remoçado,
Desamparar a choça;
Na ventura olvidar essa tristeza,
Que o coração lhe roça.

Tal em lindo jardim roseira débil,
Que o inverno desnudara,
Na primavera já pimpolha ovante,
Como se não murchara.

Porém talvez ao benfeitor nas costas
Embebera um punhal:
Ou em dourada taça propinara-lhe
Um tóxico fatal.

Sobre soberbo, — ingrato! Ei-la do velho
Inteira a apologia.
Hão de sê-lo também os inocentes

Filhinhos que ele cria.

Os leõezinhos dos leões aprendem
Sanha e sede de sangue:
Vão gostando de ver os pais sedentos
Tragar a preia exangue.

E — raríssimo caso, — que entre os trances
E os sofrimentos seus,
Uma só vez os lábios do velhinho
Não invocaram Deus!

O nome do que só, — de seu espírito
Deu alma aos céus e à terra.
Quem sabe se no peito o velho, tímido,
— Como um tesouro, o encerra?

Ou nado em ouro e per'las, — e educado
Em luzido salão,
Por ventura seus pães não lhe ensinaram
Sequer uma oração!

Ai! — que vida o velhinho irá vivendo, —
Que vida de miséria,
'Té que se lhe desprenda o lasso espírito
Das peias da matéria!

VI

Mancebos, que passais, — deixai o velho
Viver na paz da morte:
Que um dia ele já foi, — como vós outros.
Rico dos dons da sorte.

Mancebos, que passais, — deixai o velho
Chorar ao pé da porta.
Não no insulteis, — já que a desgraça dele
Tão pouco vos importa.

Sede, oh jovens brincões, — mais generosos,
— E não no escarneçais.
Mais antes venerai nas câs do **velho**,
As câs de vossos pais.

Bem vêde-lo transido.— A magra fome
As vísceras lhe esfola.
Não lhe olheis a arrogância, — oh bons mancebos,
Mas dai, — dai-lhe uma esmola.

**LOS CLAUSTROS
(SIGLO XVIII)
A Fray Arsênio da Natividade Moura**

Tú, que sabes llorar la creencia
desangrada,
— ¡Creyente! — ¿desamarás los ayes
de un creyente?

I

Duerme, duerme tu sueño, oh, vana ciudad,
Duerme tu sueño sensual y podrido:
Que las estrellas y la luna, — ofendidas,
El inútil brillo en negro velo cambiaron.
El rostro horrible y enorme de emplomadas nubes
el color de los cielos cambió en el color del abismo.
Es de noche: y noche de pavor es ella,
Sacra a los misterios de olvidados túmulos.
¡Solo el bardo aquí, — con la noche y las tinieblas!
Solo él aquí: — que el mundo está muerto ahora
En los brazos del letargo, — hermano de la nada.

Sólo él aquí con las tumbas de los finados
En el ladrado de los claustros solitarios,
Que apuntando con el índice de la muerte
A los carcomidos epitafios de las lápidas,
Sonriéndose, le resuelven el problema,
— Arduo problema, — de que monta el mundo
Y la vida y los hombres y la vanidad de ellos.
Que ahí no haya un alma, cual la suya,
Que riase de la guerra y paz del mundo,
— ¡Ay!, ¿qué difiere la paz de la guerra de él? —
¿Y, — cual vigía en el campamento del ejército,
La noche vele entre el dormir de las armas,
Y a solas como el trovador, con sus delirios —
Venga, extasiada, a comulgar de los sabores
De la absenta¹⁴ amarga, — que llamaron — vida?

No: solo — es mejor. Solo el cisne
En el vacío de los cielos más libre aletea.

Aquí no es menester alma bastarda,
Impura, — como los gusanos del sepulcro, —
Que le inmole la inocencia de los pensares,
Cuando en la mente se fermentan aún
Tumultuosos, — cual del nido escaso
El bando de los alciones¹⁵ garridos
Despega el vuelo por lo vano de los aires.
Aquí no es menester alma bastarda,
Que las emociones más íntimas le insulte,
Antes que salten las ideas afuera

¹⁴ (N. del T) también conocida como ajeno, es una bebida alcohólica y aromática preparada con hojas de esta planta. Se usa como aperitivo y afrodisíaco.

¹⁵ (N. del T.) Forma de designar algunas aves del género Alcedo y Halcyon.

Del cerebro, que apenas las contenía,
Por pequeñito, — y por los labios francos
En breve forma rápidas destilaciones:
Tal al sereno expuesta, — entera la noche,
Ánfora llena del licor más puro,
Allá por el alba, hirviendo al frío,
— Aventó con fragor, — y la linfa clara
Se expandió por el suelo, que la fue sorbiendo.

Esa abstracción de espíritu quimérica,
Ese supuesto corazón de amigo,
¿Existe en algún lugar? — ¿Morará en el pecho
De la palomita, que acaricia entre los gorjeos
El cuello del esposo, — y abandonada,
Dejándolo en la pajarera besando los hijos,
echa a correr tras las parejas vecinas?
— ¿O morará, talvez, en el adunco pico
Del pelícano, que estrangula las vísceras
Para dar a beber su sangre a los hijos,
Y siendo adultos, los desconoce a todos?
— Este ser ideal, tipo de los ángeles —
Quien concibiolo, escarneció de los hombres.
O fue un parto de traición de los incubos
Para afligir más la mente a los vivos,
Desesperar, — ganar para sí más almas.
Mas si es cierto que existe un tal fantasma,
— O vive allá con Dios, más allá de los mundos,
O fue impedido al bardo igual tesoro.—
Antes solo ser. Si en un despeñadero,
Por ignorante, cae, — en él perezca
De una vez para siempre. Así astillada la piedrita
De las peñas de la fragosa costa
Con ruido sonoro al mar descendiendo
Del gravitar en las alas necesarias,
Las olas perforando, — encontró en el abismo
Y paz y olvido y sepultura eterna:
— No lo arranques de allá, brazo de hierro,
Para darle después a cambio la muerte,
— ¿Y qué muerte? — ¡El morir del renegado!—
En el amargo sabor de la traición primero,
Después en el ecúleo¹⁶ da calumnia torpe,
En el estertor, al fin, del desespero.

II

También ahora el cielo está despojado
De los astros suyos.— Nubes de ceniza lo toldan,
Y los amigos de la noche lo desamparan.
También ahora los claustros están mudos,
Y parecen dormir un sueño eterno,
Cuales solitarios páramos infinitos,
Donde no se da a oír humano acento.
Es todo muerte: — y sólo de cuando en cuando

¹⁶ Un instrumento de tortura del cual se ataban manos y pies con el fin de dislocarlos o desmembrarlos usando un torno.

Quiebra un tifón de las naves el silencio,
Y viene a decir que la naturaleza vive.
Oh, cuántas y cuántas veces en estas deshoras
No vieron ellas levantarse a los monjes,
A transitar en los vacíos corredores,
— Como de cariñosas tortolinas aves
Compacto bando a revolar en los aires, —
Recatados y tímidos y graves,
Murmurando pacito un salmo lindo.
¡A cantar del Señor las maravillas!
¿Cuántas veces en silencio respetuoso
No oyeron tonada y grave y dulce,
— Grave como el pensar de anciano de largos años,
Dulce como el hablar de virgen pura, —
De himnos y salmos y canciones proféticas,
Perdiendo los ecos en la expansión de los aires,
Subiendo en humos a la mansión del Eterno?
Hoy en día — esqueleto del desierto, —
¿Qué más hay ahí? — ¡El túmulo de la nada!

Ahora sólo en la negritud de las rocas,
Un talismán risible meneando,
Algún alumno, que superfluo aún,
Del fanatismo del caduco Egipto,
Evocando los espíritus del infierno
En las extorsiones del lívido semblante,
Murmurará ensalmos de demonios.
¿Quién se erguirá del marroquí lecho,
Fortalecido de oración piadosa,
— Así como el invicto campeón de la patria
Que la patria venga al tomar el escudo, —
Para aplicar un valioso antídoto
A las siniestras intenciones del ángel de las tinieblas,
Y debelarle los cálculos de sangre?
— ¡Ni uno siquiera! — los claustros están quietos,
Como los sepulcros negros, que los pueblan,
Como las columnas albas, que los sustentan,
— Y ni un sonido de órgano nostálgico
En la tierra un himno a Jehová emite.
Ellos, después — los cenobitas¹⁷ piadosos —
También en las alas de oraciones devotas
Bajaban a la rudeza de estas claustros,
Y un responso fúnebre y difundido,
Cual expansivo aroma de rosas,
Caía sobre la lápida de los finados,
Y del pecado les robaba la pena.
Entonces — óleo de unción — el rezo santo,
En labios puros, — cuales candentes brasas, —
Hirviendo, — deslizaba enternecida.
Hoy, ¿qué resta al fervor antiguo?
— Pálidas plegarias, descuidadas, y tibias,
Así como la voz del indiferente hipócrita,
Callan en la losa, y quedan sepultadas.

¹⁷ (N. del T.) Monjes que vivían en comunidades retiradas sin alejarse del contacto con el mundo, a diferencia del monasticismo eremítico.

III

Modesto anciano de más remotas eras,
— Modesto como los ojos de la doncella, —
Sentado bajo la luna a solas conmigo
En las escalas del vestíbulo de la iglesia,
Dando llantos, me contó que hubiera
Enarbolado acullá junto al pórtico
El doloroso suplicio del Dios-Hombre.
Los monjes con los devotos, — con las ancianitas,
Y las temblorosas ancianitas conduciendo
De la mano a los nietecitos inocentes,
— Venían a besarle el pie, todos los días,
A recitarle una antífona elocuente,
La cual era a oídos humanos pasajera,
Vistosa a los ángeles y hermosa al Eterno,
Allá en el tope de la cruz resplandecía,
— Como perfumado y lindo ramillete
De mil corimbos de distintas flores
Tejido por las manos afeminadas
De las muchachas donosas de la campiña.
¿Hoy — qué es de ella — la cruz? — era un escándalo,
Era, — aún más, — un fanatismo estúpido,
Era vergüenza a los sabios de este siglo,
— ¡Y fue molida a pisotones, lanzada al fuego!
El anciano vio aún la cruz del pórtico,
— Tuvo ese gozo: —aún abrazole las vigas,
Y cuando los malos y los impíos, cual poseídos,
Entre saña y blasfemia la despedazaban,
— Él los miró lloroso y compasivo
Y alzando a los montes los abatidos ojos
Pidió a Dios inspiración, — indeciso
En lo que haría entonces. Y luego de un breve
Observar en los cielos y meditar consigo,
Perdón balbuceó sobre los sacrílegos,
Y callado se fue a dormir en la creencia suya.
Él escuchó también, unos días antes,
— Cual voz del Eterno ensordeciendo las olas,
El salmear de los monjes en la alta noche,
Que le levantó del sueño, que dormía,
— Bajó del lecho y fue a rezar el rosario.
Cuidadoso levantose al romper el alba,
En el solitario templo entró, — persignándose, —
Apoyose al festón de una columna
Con los ojos en el portón de la sacristía.
Esperaba que la mano y la voz del padre,
— Así como la unción divina derramada
En la cabeza del rey por el profeta, —
Por entre el incenso de la oblación más santa
Le bendijese la encanecida frente.
Esperó, esperó. Ya no más a los monjes
oyó descender la lisa escalera,
Ni subir los escalones de los altares santos.
Cual vaporosa nube en el horizonte
Por la furia de los nortes impulsada,

— Desaparecieron en un parpadeo.— Está muerto
En los claustros el pudor, en el templo el canto.
Y lo bueno del viejo sozobrado y tímido,
— Como si la vista y el juicio le turbase
El súbito destello, de un rayo de cerca,
Regresó a los hogares, — fue a narrarlo a la esposa,
Y por los ojos deslizando el llanto
El rostro se le llenó, — ¡como el océano!

Y los monjes — ¿A dónde irían? — Los que unidos,
Como en los cielos los ángeles entre los ángeles,
En la paz de las celdas, en la soledad de los claustros,
No sabían vivir, si no consigo,
— Odio de los pueblos en países bárbaros,
Escarnio de las naciones, — hoy divagan
la vastedad del mundo — y sus errores.
Y vosotros que del solar querido de ellos
Los expulsastéis, — impidiéndoles la patria,
Y en ella el resguardar la muda creencia,
Y el sosiego de la vida y los padres y amigos,
— Vencistéis. — ¡Triunfad, entes incrédulos!
Ese monstruo del inferno — ese homicida
Ríese con la sangre de la inmolada víctima.
Vuestra victoria es tal: — descansad con ella.
¡Descansad en cuanto es tiempo, — mientras la muerte
A los gusanos suyos no ceba a costa vuestra:
¡Mientras los ángeles de Lusbel tramposos
No os arrojan de una vez para siempre
A las eternas, exteriores llamas;
Donde no hay más luz que el caos de las tinieblas,
Donde no hay más paz que el desespero,
Donde no hay más refugio que el Gehena,
Donde no hay más redención que el infierno!

IV

¡Feliz y veces mil feliz aquél,
Que en los brazos de hermanos, en los ósculos de ellos
Dio aquí su aflicción final!
¡Que en mortuoria procesión solemne
Descendió de allá de la pequeñita celda,
Y vino aquí a yacer entre los finados
Sobre la lápida desierta hace tantos siglos!
Y, al romper — del alba una oración hermosa
Caía, — como el gotear del rocío, —
En la losa, — y venía a acariciarle las penas.
Y los hijos de los altares, desheredados,
¿Hoy habrá uno sólo en el mundo,
Que la seca piedra del sepulcro ignoto
Va a humedecer con la lágrima de la plegaria?
¡Dios mío! — ¡No hay siquiera un alma piadosa! —
Filosóficos — cristianos, si el bien hicieron,
No buscaban recompensa de él.
El premio y la corona y la gloria a sus martirios
Dios los guarda en los cielos, entre los arcángeles.

Ya allí pasaron las virtudes de ellos,
Como lluvia de oro en día breve.
Sin embargo, las vastas columnatas góticas
De este edificio gigantesco y excelso
Bastarán para testificar a las eras,
Con grito eterno, — los beneficios de ellos.

Nuestros piadosos abuelos llamando a los nietos
Al atrio de la pareja, — y reclinándolos
Por sobre la grama, bajo la luna de plata,
Y en torno las nietas punteando las devanaderas
En las almohadas, — o girando el huso,
Entre largo sarao, — les van contando
Las leyendas, que de la boca autorizada
De los padre bebieron: — recitando la historia
De esos heróicos mártires de la creencia,
Que los ancianos guardan a la par de la vida,
— Como en la mente casta la virgen ama
El tierno sonñar del amor primero.
— Así de los justos la memoria vive
En el recordar de las generaciones pasadas,
Como el navegante conserva la oportunidad augusta
De la salvación en las angustias del naufragio.

V

Cuando este siglo de egoismo y vicios,
Entre el rugido y el horror de la expiración
Última, padezca, — Así como el día
Cede, muriendo, al trémulo crepúsculo,
Y el crepúsculo a la noche, — entonces, ¿qué herencia
Le legará en las vísperas de la muerte
A los hijos suyos, — a los siglos por venir?
¿Y cuál será su testamento? ¡Oh! ese,
— Obra de sangre y parto de los infiernos, —
¡Ha de sellarlo el ángel de los terrores!
Y sólo tres nombres contendrá: — tres nombres
Que han de, en el mundo, retumbar malditos,
Como el trueno rebentando los polos.
En férreas letras han de leerle los hijos:
¡FATUIDAD Y SACRILEGIO Y SANGRE!
Los nietos del futuro, — nuestros nietos
Han de maldecir con mano de fuego
A los libres del presente, — y al patrimonio
De infamia, que los abuelos les firmamos.

VI

Yo, entretanto, —el bardo, que no vivo,
Mas duro apenas en esta férrea edad,
La cual mía no es, — como del navegante
No son las olas, que singlando surca, —
En esta edad villana, — por la cual paso,
Como la humareda que el galerno extingue,
Yo me consuelo.—Del cantor mesquino,

Que a los hombres no, — a Dios yergue sus himnos,
 — En el abastecido conjunto de los poetas,
 Que los tronos, los saraos, el amor celebran,
 Cual el llanto se olvida entre delicias,
 — Así de él también, — vate de los lutos,
 Ha la memoria de perderse. — A menos
 Que nadie sepa la envilecida patria,
 Que lo abortó, para que viese, a propósito,
 Su miseria y dolor: — terreno estéril,
 Donde se marchita el inocente y el justo,
 Como el rosal en tremedal plantado,
 Y el malo y el impío floreciendo en las astas,
 Como el cedro subiendo la cima a las nubes.
 Que nadie sepa el siglo maldito,
 Que lo vio — en los brezos¹⁸, pulular del capullo,
 Que lo vio — en los brezos, vegetar del tronco,
 Que lo vio — en los brezos, mustiarse de las ramas.
 Helo final tesoro de ventura,
 Que a par de la salvación — ansía el bardo,
 — ¡Misérrimo! — que ya no acaricia
 En la tierra un sueño de bonanza y gloria:
 A quien los labios rubros de la esperanza
 Ya lo no le sonríen más su sonrisa de gracias.

No: — que le sobra una esperanza: — ¡el tûmulo!
 — Semejante a la margarita de las campiñas,
 Que, abriendo el cáliz, entre nueva y marchita,
 Saluda a la tarde y profetiza la noche,
 Y la muerte suya al avanzar del día.
 He aquí la flor postrera de ventura,
 Que produce, moribunda, el débil árbol
 De los arrobos del bardo, — melancólica,
 Como el silencio y la negritud de los claustros.

VII

¡Ay — claustros, claustros! — si hablar pudiéseis
 A los siglos por venir — que testimonio,
 ¡Qué no daríais, de las virtudes altas
 De esos héroes, que un día os alzaron!
 ¡Materiales de pedernal, — sois mudos!
 ¡No podéis levantar un clamor ingente
 Para hacer oír al mundo entero
 La defensa de vuestros fundadores
 Calumniados, pobres y proscritos!
 Sí: fueron malos: — en demasía amaron,
 Con puro amor, — a la religión y la patria.
 Sí: fueron malos: — obedecieron, libres,
 En el mundo a Dios, — en la patria a su monarca,
 Sin arrojarse a los pies enlodados
 De usurpadores, ni villanos tiranos.
 Sí: fueron malos: — comprendieron, sabios,
 El espíritu sublime del evangelio,
 — De la majestad de esa creencia nueva,

¹⁸ (N. del T.) Designación dada a varios arbustos de la familia de las ericáceas (Ericaceae).

La cual, — en la voz y en las acciones del Verbo —
Con la regeneración, — nos dio profusa
— Dones no gustados por el viejo mundo, —
— *La libertad con el saber gozadla,*
Y la caridad y el igualar a los hombres.

VIII

¡Oh, perseguidos mártires de la creencia
De nuestros padres! — Yo, un pequeñito bardo,
Me senté a los piés de las tumbas de los vuestros,
Apartado de los vivos, y atormentado
Os mando saludarme por entre angustias!

IX

Y vos otros, oh, sabios de este siglo,
Talvez ahora, — entre el dormir turbado, —
Sonñáis en la perdición de los siervos creyentes,
De los siervos del Señor, que restan aún.
Aleteando con las alas estañadas
Por sobre el lecho cómodo y felpudo
Los enviados de Luzbel os pintan,
— Como en un cuadro enérgico y hablante
De la segadora guerra y sus horrores, —
Varios dibujos de maldad varia
Contra la mal firme fe de la Cruz divina.

X

Sí: — quereis reformar, oh, filántropos,
La naturaleza y la índole de los hombres,
Y el sentimiento innato y la fe con la creencia, —
Que en vuestro vago y arrogante jergal
Nombráis — *ignorancia y prejuicio*—
Reformad, reformad: — pero los fenómenos
De las manos del Eterno penderán, como antes.
En el ademán de él las leyes de la naturaleza
Se librarán, — como en los dedos diestros
Del ministril¹⁹ las notas del salterio.
Y surdo a vuestro mando presumido
El trueno rugirá — temblando los impíos,
El rayo bajará quemando el éter,
Por sobre el ovante vértice del hipócrita,
A la reprensión del que rige los cielos y la tierra.
Y como Dios los quiso en la mente excelsa,
Tales los hombres serán, — hasta que un día
En la voz de los querubines diga — *¡no quiero!* —
Para llevar a cabo vuestra empresa,
Hacedla digna del pensar de un sabio,
Es necesario resistir las leyes constantes,

¹⁹ (N. del T.) Así se designaba a quien tocaba algún instrumento de viento en la iglesia y/u otros actos solemnes.

Que el mundo en su girar resguarda enteras,
Como el pobre cristiano en la mente adora
Del bienhechor, que lo arrancó del abismo,
La voz y la risa y el apretar de la diestra,
Cuando, modesto, le huyó de los ojos
— Ángel de luz entre el terror de las tinieblas.
Contra vuestra voluntad, — la omnipotencia de él
Será probada en la impotencia vuestra,
Como entre los dedos de afanoso artífice
En el crisol, que no miente, el oro impuro.
Mudad, — si podéis tanto, — la naturaleza,
Rematad perfecta la obra vuestra,
Arrebatad de las manos de Dios el cetro,
— ¡Y cantaréis victoria, — oh, filántropos!

XI

Talvez yo sobreviva aún
Para ver el remate inicuo y torpe
De los planes siniestros que maquina el impío.
He de verlo arrojarse, blasfemando,
Como las huestes en la saña de la matanza,
A las clausuras de la paz del eremitorio,
— Sello de la contrición de los míos y mía:
Entrar, furioso de rabia, al sacro templo,
Cual soberbio invasor de ajenos muros, —
Abatir, derribar la cruz de los altares,
— Prenda, que heredamos de más lejanas eras,
De la fe de nuestros sencillos mayores,
— Testamento de la creencia firmado
Con la sangre de ellos, en borbotones chorreada,
Como precipitosa catarata,
Cristales lanzando, — vastas planicies enlaguna!

XII

¡Oh! — ¡si rueda por tierra la cruz del claustro,
Expire el bardo suyo en los brazos de ella!
¡Mas ay de vosotros, — varones de la nueva edad,
Más sabios que Dios, más fuertes que él!
¡Tramad, tramad con la furia de los demonios,
Tramad contra el Señor y los creyentes en él ;
Balda locura; — la cruz pisoteada
Ha de erguirse mayor en otro calvario!

1851.

**OS CLAUSTROS
(SÉCULO XVIII)
A Frei Arsênio da Natividade Moura**

Tu, que sabes chorar a crença
exangue,
— Crente! — desamarás os ais de um
crente?

I

Dorme, dorme teu sono, oh vã cidade,
Dorme teu sono sensual e podre:
Que as estrelas e a lua, — de ofendidas,
O inútil brilho em negro véu trocaram.
Carranca enorme de chumbadas nuvens
A cor dos céus trocou na cor do abismo.
É noite: e noite de pavor é ela,
Sacra aos mistérios de esquecidos túmulos.
Sozinho o bardo aqui, —co'a noite e as trevas!
Só ele aqui: — que o mundo é morto agora
Nos braços do letargo, — irmão do nada.

Só ele aqui co'as campas dos finados
Na latidão dos claustros solitários,
Que apontando co'o índice da morte
Aos carcomidos dísticos das lapidas,
Sorrindo-se, lhe solvem o problema,
—Árduo problema, — do que monta o mundo
E a vida e os homens e a vaidade deles.
Que aí não haja uma alma, qual a sua,
Que ria-se da guerra e paz do mundo,
— Ai! que difere a paz da guerra dele? —
E, — qual vigia no arraial do exército,
A noite vele entre o dormir das armas,
E a sós co'o trovador, co'os seus enlevos —
Venha, arroubada, comungar dos saibos
Do absinto amaro, — que chamaram — vida?

Não: sozinho — é melhor. Sozinho o cisne
No vazio dos céus mais livre adeja.

Aqui não há mister de alma bastarda,
Impura, — como os vermes do sepulcro, —
Que lhe imole a inocência dos pensares,
Quando na mente se fermentam inda
Tumultuosos, — qual do ninho escasso
O bando das alcíones garridas
Despreza o vôo pelo vão dos ares.
Aqui não há mister de alma bastarda,
Que as emoções mais intimas lhe insulte,
Antes que saltem as idéias fora
Do cérebro, que apenas as continha,
De pequenino, — e pelos lábios francos
Em simples fôrma rápidas ressumbrem:
Tal ao sereno exposta, — inteira a noite,

Ânfora cheia do licor mais puro,
Lá por antemanhã, fervendo ao frio,
— Aventou com fragor, — e a linfa clara
Se expandiu pelo chão, que a foi sorvendo.

Essa abstração de espírito quimérica,
Esse suposta coração de amigo,
Existe algures? — Morará no peito
Da pombinha, que afaga entre os arrulhos
A coleira do esposo, — e abandonada,
Deixando-o no pombal beijando os filhos,
Deita a correr traz os casais visinhos?
— Ou morará, talvez, no adunco bico
Do pelicano, que estrangula as vísceras
Para dar a beber seu sangue aos filhos,
E sendo adultos, desconhece-os todos?
— Este ser ideal, tipo dos anjos —
Quem concebeu-o, escarneceu dos homens.
Ou foi um parto de traição dos incubos
Para mais tratar a mente aos vivos,
Desesperar, — ganhar a si mais almas.
Mas se é certo que existe um tal fantasma,
— Ou vive lá com Deus, além dos mundos,
Ou foi tolhido ao bardo igual tesouro.—
Antes sozinho ser. Se num despenho,
De ignorante, cair, — nele pereça
De vez p'ra sempre. Assim lascado o seixo
Das penedias da fragosa costa
Com ruído sonoro ao mar descendo
Do gravitar nas azas necessárias,
As vagas perfurando, — achou no pego
E paz e olvido e sepultura eterna:
— Não no arranques de lá, braço de ferro,
Para dar-lhe depois em troco a morte,
— E que morte? — o morrer do renegado!—
No amargo travo da traição primeiro,
Depois no ecúleo dá calúnia torpe,
No vasquejar, alfim, do desespero.

II

Também agora o céu está despido
Dos astros seus.— Nuvens de cinza o toldam,
E os amigos da noite o desamparam.
Também agora os claustros estão mudos,
E parecem dormir um sono eterno,
Quais solitários paramos infindos,
Onde não há ouvir humano acento.
É tudo morte: — e só de quando em quando
Quebra um tufão das naves a calada,
E vem dizer que a natureza vive.
Oh quanta e quanta vez nestas desoras
Não viram elas levantar-se os monges,
A transitar nos vácuos corredores,
— Como de meigas turturinas aves
Compacto bando a revoar nos ares, —

Recatados e tímidos e graves,
Murmurando baixinho um salmo lindo.
A cantar do Senhor as maravilhas!
Quanta vez em silencio respeitoso
Não ouviram toada e grave e doce,
— Grave como o pensar de ancião idoso,
Doce como o falar de virgem pura, —
De hinos e salmos e canções proféticas,
Perdendo os ecos na expansão dos ares,
Subindo em fumos à mansão do Eterno?
Hoje em dia — esqueleto do deserto, —
Que mais há aí? — o túmulo do nada!

Agora só na negridão das rochas,
Um talismã risível meneando,
Algum aluno, que sobeja ainda,
Do fanatismo do caduco Egito,
Evocando os espíritos do inferno
Nas extorsões do lívido semblante,
Murmurará ensalmos de demônios.
Quem se erguerá do marroquino leito,
Abroquelado de oração piedosa,
— Bem como invicto campeão da pátria
Que a pátria vinga ao abraçar do escudo, —
Para aplicar um valioso antídoto
Às sinistras tenções do anjo das trevas,
E debelar-lhe os cálculos de sangue?
— Nem um se quer! — os claustros estão quedos,
Como os sepulcros negros, que os povoam,
Como as colunas alvas, que os sustentam,
— E nem um estalar de órgão saudoso
Na terra um hino a Jeová desfere.
Eles, depois — os cenobitas pios —
Também nas azas de orações devotas
Baixavam à rudeza destas clausturas,
E um responso feral e difundido,
Qual expansivo recender de rosas,
Caía sobre a campa dos finados,
E do pecado lhes roubava a pena.
Então — óleo de unção — a reza santa,
Em lábios puros, — quais candentes brasas, —
Fervendo, — deslizava enternecida.
Hoje, que resta ao fervor antigo?
— Pálidas preces, a desleixo, e mornas,
Bem como a voz do indiferente hipócrita,
Calam na laje, e ficam sepultadas.

III

Modesto velho de mais longes eras,
— Modesto como os olhos da donzela, —
Assentado ao luar a sós comigo
Nos degraus do vestíbulo da igreja,
Fazendo prantos, me contou que houvera
Arvorado acolá junto do alpendre
O dorido suplício do Deus-Homem.

Os monges co'os devotos, — co'as velhinhas,
E as trementes velhinhas conduzindo
Pela mão os netinhos inocentes,
— Vinham beijar-lhe o pé, todos os dias,
Recitar-lhe uma antífona eloqüente,
A qual, a humanas ouças passageira,
Vistosa aos anjos e formosa ao Eterno,
Lá no tope da cruz resplandecia,
— Como cheiroso e lindo ramalhete
De mil corimbos de distintas flores
Tecido pelas mãos alfeninadas
Das meninas donosas da campina.
Hoje — que é dela — a cruz? — era um escândalo,
Era, — inda mais, — um fanatismo estúpido,
Era vergonha aos sábios deste século,
— E foi calcada aos pés, lançada ao fogo!
O velho viu ainda a cruz do alpendre,
— Teve esse gozo: —inda abraçou-lhe as travas,
E quando os maus e os ímpios, quais possesores,
Entre sanha e blasfêmia a espedaçavam,
— Ele os olhou choroso e compassivo.
E alçando aos montes os quebrados olhos
Pedi a Deus inspiração, — incerto
No que faria então. E após um breve
Fitar nos céus e meditar consigo,
Perdão balbuciou sobre os sacrílegos,
E quedo foi dormir na crença sua.
Ele escutou também, uns dias antes,
— Qual voz do Eterno ensurdecendo as vagas,
O salmear dos monges alta noite,
Que lhe acordou do sono, que dormia,
— Desceu do leito e foi rezar nas contas.
Cuidoso alevantou-se ao romper d'alva,
No solitário templo entrou, — benzendo-se, —
Encostou-se ao festão de uma coluna
Co'os olhos no portão da sacristia.
Esperava que a mão e a voz do preste,
— Bem como unção divina derramada
Na cabeça do rei pelo profeta, —
Por entre o incenso da oblação mais santa
Lhe abençoasse a encanecida fronte.
Esperou, esperou. Não mais os monges
Ouvir descer a lisa escadaria,
Nem subir os degraus das aras santas.
Qual vaporosa nuvem no horizonte
Pela sanha dos nortes impelida,
— Desapareceram num relance. — É morto
Nos claustros o pudor, no templo o canto.
E o bom do velho soçobrado e tímido,
— Como se a vista e o siso lhe torvasse
O súbito clarão, de um raio ao perto,
Tornou aos lares, — foi narrá-lo à esposa,
E pelos olhos deslizando o pranto
As faces lhe encheu, — como o oceano!

E os monges — onde iriam? — Os que unidos,
Como nos céus os anjos entre os anjos,

Na paz das celas, na soidão dos claustros,
Não sabiam viver, se não consigo,
— Ódio dos povos em países bárbaros,
Escárnio das nações, — hoje divagam
A vastidão do mundo — e seus errores.
E vós que do solar benquistos deles
Os expelistes, — lhes tolhendo a pátria,
E nela o resguardar a muda crença,
E o sossego da vida e os pães e amigos,
— Vencestes. — Triunfai, entes descritos!
Esse monstro do inferno — esse homicida
Ri-se co'o sangue da imolada vítima.
Vossa vitória é tal: — folgai com ela.
Folgai em quanto é tempo, — em quanto a morte
Os vermes seus não ceva à custa vossa:
Em quanto os anjos de Lusbel treitentos
Não vos arrojam de uma vez p'ra sempre
Às eternas, exteriores chamas;
Onde não há mais luz que o caos das trevas,
Onde não há mais paz que o desespero,
Onde não há mais couto que a geena,
Onde não há mais redenção que o inferno!

IV

Feliz e vezes mil feliz aquele,
Que nos braços de irmãos, nos osc'los deles
Deu aqui seu arranco derradeiro!
Que em mortuária procissão solene
Desceu de lá da pequenina cela,
E veio aqui jazer entre os finados
Sob a campa deserta há tanto século!
E, ao romper — d'alva uma oração formosa
Caía, — como o gotejar do orvalho, —
Na laje, — e vinha lhe ameigar as penas.
E os filhos dos altares, deserdados,
Hoje depararão um só no mundo,
Que a seca pedra do sepulcro ignoto
Vá borrifar co'a lágrima da prece?
Meu Deus! — não há se quer uma alma pia! —
Filosóficos — cristãos, se o bem fizeram,
Não antolhavam recompensa dele.
O premio e a c'roa e a glória a seus martírios
Deus lhos guarda nos céus, entre os arcanjos.

Já lá passaram as virtudes deles,
Como chuveiro de ouro em dia breve.
Porém as vastas colunatas góticas
Desse edifício gigantesco e excelso
Sobejarão para atestar às eras,
Com brado eterno, — os benefícios deles.

Nossos pios avós chamando os netos
Ao adro do casal, — e os reclinando
Por sobre a grama, no luar de prata,
E em torno as netas dedilhando os bilros

Nas almofadas, — ou girando o fuso,
Entre longo serão, — lhes vão contando
As lendas, que da boca autorizada
Dos pais beberam: — recitando a historia
Desses heróicos mártires da crença,
Que os velhos guardam a-la-par da vida,
— Como na mente casta a virgem ama
O fagueiro sonhar do amor primeiro.
— Assim dos justos a memória vive
No recordar das gerações passadas,
Como o nauta conserva o ensejo augusto
Da salvação nas vascas do naufrágio.

V

Quando este sec'lo de egoísmo e vícios,
Entre o rugido e o horror do passamento
Derradeiro, ansiar, — bem como o dia
Cede, morrendo, ao tremulo crepúsculo,
E o crepúsculo à noite, — então que herança
Que legará nas vésperas da morte
Aos filhos seus, — aos séculos por vir?
E qual será seu testamento? Oh! esse,
— Obra de sangue e parto dos infernos, —
Há de selá-lo o anjo dos terrores!
E só três nomes conterà: — três nomes
Que hão de no mundo reboar malditos,
Como o trovão arrebatando os pólos.
Em férreas letras hão de ler-lhe os filhos:
FATUIDADE E SACRILÉGIO E SANGUE!
Os netos do futuro, — os nossos netos
Hão de amaldiçoar com mão de fogo
Aos livres do presente, — e ao patrimônio
De infâmia, que os avós lhes assinamos.

VI

Eu, entretanto, — o bardo, que não vivo,
Mas duro apenas nessa férrea idade,
A qual minha não é, — como do nauta
Não são as vagas, que singrando trilha, —
Nessa idade vilã, — pela qual passo,
Como a fumaça que o galerno extingue,
Eu me consolo. — Do cantor mesquinho,
Que aos homens não, — a Deus ergue seus hinos,
— Na bastecida turma dos poetas,
Que os tronos, os saraus, o amor celebram,
Qual o pranto se esquece entre delicias,
— Assim dele também, — vate dos lutos,
Há de memória se perder. — Ao menos
Que ninguém saiba a envilecida pátria,
Que o abortou, para que visse, acinte,
Sua miséria e dó: — torrão estéril,
Onde emurchece o inocente e o justo,
Como a roseira em tremedal plantada,

E o mau e o ímpio a florescer nas hástias,
Como o cedro alteando o cimo às nuvens.
Que ninguém saiba o século maldito,
Que o viu — nas urzes, pulular da túnica,
Que o viu — nas urzes, vegetar do tronco,
Que o viu — nas urzes, definhar das ramas.
Ei-lo final tesouro de ventura,
Que a par da salvação — anciã o bardo,
— Misérrimo! — que já não mais amima
Na terra um sonho de bonança e glória:
A quem os lábios rubros da esperança
Não mais sorriem seu sorrir de graças.

Não: — que lhe sobra uma esperança: — o tumulto!
— Semelhante à bonina das campinas,
Que, abrindo o cálix, entre nova e murcha,
Saúda a tarde e profetiza a noite,
E a morte sua ao avançar do dia.
Ei-la a flor derradeira de ventura,
Que produz, moribunda, a débil árvore
Dos enlevos do bardo, —melancólica,
Como o silencio e a negridão dos claustros.

VII

Ai — claustros, claustros! — se falar pudésseis
Aos séculos por vir — que testemunho,
Que não daríeis, das virtudes altas
Desses heróis, que um dia vos alçaram!
Materiais de pedernal, — sois mudos!
Não podeis levantar um brado ingente
Para fazer ouvir ao mundo inteiro
A defesa de vossos fundadores
Caluniados, pobres e proscritos!
Sim: foram maus: — muito de mais amaram,
Com puro amor, — religião e pátria.
Sim: foram maus: — obedeceram, livres,
No mundo a Deus, — na pátria a seu monarca,
Sem rojarem-se às plantas enlodadas
De usurpadores, nem vilões tiranos.
Sim: foram maus: — compreenderam, sábios,
O espírito sublime do evangelho,
— Da majestade dessa crença nova,
A qual, — na voz e nas ações do Verbo —
Co'a regeneração, — nos deu profusa
— Dons não gostados pelo velho mundo, —
— *A liberdade co'o saber gozá-la,*
E a caridade e o igualar os homens.

VIII

Oh perseguidos mártires da crença
De nossos pais! — eu, pequenino bardo,
Sentei-me ao pés do túmulos dos vossos,
Arredio dos vivos, e cortado

Vos mando meu saudar por entre angustias!

IX

E vós outros, oh sábios deste século,
Talvez agora, — entre o dormir torvado, —
Sonhais na perdição dos servos crentes,
Dos servos do Senhor, que restam inda.
Adejando co'as asas estanhadas
Por sobre o leito cômodo e felpudo
Os enviados de Lusbel vos pintam,
— Como num quadro enérgico e falante
Da ceifadora guerra e seus horrores, —
Vários desenhos de maldade varia
Contra a mal firme fé da Cruz divina.

X

Sim: — quereis reformar, oh filantropos,
A natureza e a índole dos homens,
E o sentimento inato e a fé co'a crença, —
Que em vosso vago e tímido vasconço
Nomeais — *ignorância e prejuízo*. —
Reformai, reformai: — mas os fenômenos
Das mãos do Eterno penderão, quais dantes.
No aceno dele as leis da natureza
Se librarão, — como nos dedos destros
Do menestrel as notas do saltério.
E surdo a vosso mando presunçoso
O trovão rugirá — tremendo os ímpios,
O raio baixará queimando o éter,
Por sobre o ovante vértice do hipócrita,
Ao prasme do que rege os céus e a terra.
E como Deus os quis na mente excelsa,
Tais os homens serão, — até que um dia
Na voz dos querubins disser — *não quero!* —
Para levar ao cabo a vossa empresa,
Torná-la digna do pensar de um sábio,
É preciso sustar as leis constantes,
Que o mundo em seu volver resguarda inteiras,
Como o pobre cristão na mente adora
Do benfeitor, que o arrancou do abismo,
A voz e o riso e o apertar da destra,
Quando, modesto, lhe fugiu dos olhos
— Anjo de luz entre o terror das trevas.
Mau grado vosso, — a onipotência dele
Será provada na impotência vossa,
Como entre os dedos de afanoso artífice
No crisol, que não mente, o ouro impuro.
Mudai, — se podeis tanto, — a natureza,
Arrematai perfeita a obra vossa,
Arrebatai das mãos de Deus o cetro,
— E cantareis vitória, — oh filantropos!

XI

Talvez eu tenha de sobrar ainda
Para ver o remate iníquo e torpe
Dos planos sestros que máquina o ímpio.
Vê-lo-ei arrojar-se, blasfemando,
Como as hostes na sanha da matança,
Às clausuras da paz do eremitério,
— Selo da contrição dos meus e minha:
Entrar, fulo de raiva, o sacro templo,
Qual soberbo invasor de alheios muros, —
Combalar, derribar a cruz das aras,
— Penhor, que herdamos de mais longes eras,
Da fé de nossos símplices maiores,
— Testamento da crença assinalado
Co'o sangue deles, em cachões jorrado,
Como precipitosa catadupa,
Cristais golfando, — vastas chãs alaga!

XII

Oh! — se rolar por terra a cruz do claustro,
Expire o bardo seu nos braços dela!
Mas ai de vós, — varões da nova idade,
Mais sábios do que Deus, mais fortes que ele!
Tramai, tramai co'a fúria dos demônios,
Tramai contra o Senhor e os crentes nele ;
Balda loucura; — a cruz espezinhada
Há de erguer-se maior noutro calvário!

1851.

SOR ÁNGELA

(ERA DE 1823)

Canción dedicada a las vírgenes de la Soledad

Con fervor los guerreros victoriosos
valerosos de primor subido, ufanos
levantan,
Capillas inmarcescibles, en que
noches
Lidiaste, y entero un día, Ángela
iglesia.

PARAGUASSU.

Fue Dios — y no otro alguien — que los brazos de los nuestros
Rigió en el conflicto, — rigió en la victoria.
¡Fue Dios — y nada más! ¡Bendito su nombre,
Que a los nuestros dio honra, dio fama, dio gloria!

Guiraldas formemos de los vestidos de las aves,
De las plumas de las lindas guacamayas rubíes.
Guiraldas formemos para las frentes sublimes

De nuestros guerreros, de nuestros valientes.

Y nuestros valientes por Dios, — por la patria
Hazañas obraron de eterna memoria.
Fue Dios que inspirolas: — bendito su nombre,
Que a los nuestros dio honra, dio fama, dio gloria!

Guirnaldas formemos de las hojas de la patria,
De las hojas verdosas del caliente café...
— ¡Qué racimos tan rojos, qué flores tan blancas,
Que las vírgenes cogieronle ahora de pie!

Hermanas, trabajemos, concordes y siempre
Durante esta vida ficticia, — ilusoria.
Dios ama, Dios manda, Dios bendice el trabajo,
Dios paga el trabajo con los premios de la gloria.

Los jóvenes guerreros entrando en triunfo
Las frentes adornen con nuestras guirnaldas.
Nuestras guirnaldas son verdes, bien verdes,
Son hechas por dedos de castas doncellas.

Los jóvenes guerreros que venham teñidos
De las hojas de la patria, — de la patria vanagloria.
— Que vengan al templo del Dios infinito,
Que dioles triunfos y cantos de gloria.

¡Al templo, oh, guerreros! — ¡Al templo del Eterno,
Que a los pueblos oprimidos liberta en un día!
¡Rodillas en tierra — que van nuestras voces
A unirse con las vuestras en dulce armonía!

¡Alabanzas a aquél que humilla a los señores,
Que a los siervos humildes levanta de la escoria:
Que a los cetros arranca de altivos monarcas,
Que al pueblo escogido dio honra, dio gloria!

El Dios de las batallas en los días antiguos
Vio siervos a sus hijos, — y siervos de extraños:
Vio siervos a sus hijos, — miró su oprobio,
Mirolos llorando sus males tan grandes.

¡Y el Dios de las batallas encerró sus enemigos
En urna insondable, marítima, náutica!
— ¡Alabanzas, guerreros, al Dios de las batallas,
Que os dio triunfos y cantos de gloria!

— Así nosotros diremos a nuestros guerreros,
Cuando ellos entraren en los templos sagrados.
¡Hosanna, oh, doncellas! — ¡Cristo redimieron:
Nunca más nuestros templos serán profanados!

El rostro horrendo de los bárbaros crímenes
Nunca más será visto en la brasilea historia.
Los crímenes huirán con los hombres de la guerra,
En la patria quedonos el cetro de la gloria.

Por arcos de hojas y flores de la patria
Nuestros guerreros tendrán que pasar.
Y nosotros, de las ventanas más altas del coro,
Más flores habremos sobre ellos de arrojar.

No somos romanos: — trofeos no erguimos,
Ni lauros, ni pompas de fútil vanagloria:
¡Sólo hojas de la patria—café y pitangas —
Tales son nuestros arcos, — tal es nuestra gloria!

¡A la patria saludemos! — y el nombre de patria
Juntemos, guerreros, al nombre de Dios.
¡No sienten, no saben, no dicen tal nombre
Los impíos solamente, — solamente los ateos!

¡Hermanas, trabajemos: — formemos guirnaldas
Para las frentes de los hijos de la noble victoria.
— También sus triunfos, sus cantos son nuestros,
También nos pertenece mitad de la gloria!

SÓROR-ÂNGELA

(ERA DE 1823)

Canção dedicada às virgens da Soledade

Com fervor os guerreiros vitoriosos
As de primor subido, ufanos colhem,
Capelas imurcháveis, em que noites
Lidaste, e inteiro um dia, Ângela
igreja.

P

ARAGU
ASSU.

Foi Deus — e não outrem — que os braços dos nossos
Regeu no conflito, — regeu na vitória.
Foi Deus — e não outrem! bendito o seu nome,
Que aos nossos deu honra, deu fama, deu glória!

Capelas formemos das vestes das aves,
Das penas das lindas araras rubentes.
Capelas formemos p'ra as frentes sublimes
Dos nossos guerreiros, dos nossos valentes.

E os nossos valentes por Deus, — pela pátria
Façanhas obraram de eterna memória.
Foi Deus que inspirou-as: — bendito o seu nome,
Que aos nossos deu honra, deu fama deu glória!

Capelas formemos das folhas da pátria,
Das folhas virentes do quente café...
— Que cachos tão rubros, que flores tão alvas,
Que as virgens colheram-lhe agora de pé!

Irmãs, trabalhemos, concordes e sempre

Durante esta vida fictícia, — ilusória.
Deus ama, Deus manda, Deus benze o trabalho,
Deus paga o trabalho co'os prêmios da glória.

Os jovens guerreiros entrando em triunfo
As testas adornem co'as nossas capelas.
As nossas capelas são verdes, bem verdes,
São feitas por dedos de castas donzelas.

Os jovens guerreiros que venham tingidos
Das folhas da pátria, — da pátria vanglória.
— Que venham ao templo do Deus infinito,
Que deu-lhes triunfos e cantos de glória.

Ao templo, oh guerreiros! — ao templo do Eterno,
Que aos povos oprimidos liberta num dia!
Joelhos em terra! — que vão nossas vozes
Unir-se co'as vossas em doce harmonia!

Louvores àquele que humilha os senhores,
Que os servos humildes levanta da escoria:
Que os cetros arranca de altivos monarcas,
Que ao povo escolhido deu honra, deu glória!

O Deus das batalhas nos dias antigos
Viu servos seus filhos, — e servos de estranhos:
Viu servos seus filhos, — olhou seu opróbrio,
Olhou-os carpindo seus males tamanhos.

E o Deus das batalhas fechou seus inimigos
Em urna insondável, marítima, equórea!
— Louvores, guerreiros! ao Deus das batalhas,
Que deu-vos triunfos e cantos de glória!

— Assim nós diremos aos nossos guerreiros,
Quando eles entrarem nos templos sagrados.
Hosana, oh donzelas! — o Cristo remiu-nos:
Não mais nossos templos serão profanados!

A face medonha dos bárbaros crimes
Não mais será vista na brásila historia.
Os crimes fugiram co'os homens da guerra,
Na pátria ficou-nos o cetro da glória.

Por arcos de folhas e flores da pátria
Os nossos guerreiros terão de passar.
E nós, das janelas mais altas do coro,
Mais flores havemos sobre eles jogar.

Não somos romanos: — troféus não erguemos,
Nem louros, nem pompas de fútil vanglória:
Só folhas da pátria—cafés e pitangas —
Tais são nossos arcos, — tal é nossa glória!

A pátria saudemos! — e o nome de pátria
Juntemos, guerreiros, ao nome de Deus.
Não sentem, não sabem, não dizem tal nome

Os ímpios somente, — somente os ateus!

Irmãs, trabalhem: — formemos capelas
P'ra as testas dos filhos da nobre vitória.
— Também seus triunfos, seus cantos são nossos,
Também nos pertence metade da glória!

LA MONJA

Cresced y multiplicaos.
PALABRA DE DIOS.

Yo, joven monja, bien triste lloro
Aquí aferrada con la cruz de Dios.
Aquí solita, nadie sabe
De mis deseos, de los males míos.

Cual en el desierto se complace la tórtola,
Así buscan que la monja sea feliz.
Y la pobre monja, dentro de la celda,
Nadie sabe que se maldice.

Mientras la vida no se desdobla,
Y apenas brota, rosáceo capullo,
La monja inocente argenta de astros,
Puebla de ángeles su soledad.

Una palabra que ella profiere
Es siempre un ente que ella creó.
Una florecita que recoge acaso
Es una amiga que ella encontró.

Conversa en la noche con el lucero del alba,
Ama lo opaco de su brillar.
Y siente llamas que juzga dolores,
Y el pecho aprieta con la nívea mano.

Ella no sabe que el lucero del alba
Influye en las almas lascivo ardor:
Que, no sin causa, en tiempo antiguo,
El lucero del alba llamose — Amor.

El lucero del alba produce en las vírgenes
Extraño incendio, volcán fatal:
Ya sea monja — de Cristo hija,
Ya sea antigua pagana vestal²⁰.

El lucero del alba... Huid, niñas,
Huid de los rayos de su candor.
El lucero del alba influye voluptuosidad,
El lucero del alba llámase — Amor.

²⁰ Sacerdotisa de Vesta, diosa romana, correspondiente a Hestia en la mitología griega.

Y la casta monja, con la mano en el rostro,
Por largar horas se demora allí.
Y los traidores rayos del lucero del alba
Ella, inocente, recibe en sí.

Y cuando la campana marcó la oración matinal,
Ella tembló de su fragor.
Y la pobre joven — por vez primera —
De los rezos casi sentía horror.

Y los ojos de ella quedaron tiernos,
Como quien sufre dulce pesar.
Ya no saltaban más, delfines en las olas,
Y mal podían débil oscilar.

Y los labios de ella — clavellina hace poco —
Ya no vestían carmíneo color.
Y sólo en el rostro le asoman rosas,
Mas no son rosas de santo pudor.

Entonces la monja en vano se abraza,
En vano se aferra con la cruz de Dios.
Entonces la monja busca en todo
La causa, el alivio de los males suyos.

Mas ella lo sabe. No es Cristo
De quien ella espera alguna señal.
Cristo diónos remido el mundo:
Y el bien que hay en él supera al mal.

¡El mundo, el mundo... yo monja aflijida
Yo veo el mundo... cómo es gentil!
¡Ah, yo necesito de esa palabra
Que arrasta a los hombre a los mil y a los mil!

¡Palabra inmensa, divina y santa,
Que inspira a los hombres tanta labor!
¡Palabra fértil, fecunda y grande,
Misterio, influjo, talvez, de amor!

Sin embargo las ancianas, que me aconsejan,
Y que se dicen llenas de Dios,
Claman — no cesan — claman que el mundo
Está todo hecho de vanos ateos.

¡Mas, ah! Quien siente llamas en el pecho
Por una bella palabra solamente:
Quien a porfía corre por ella,
Rompendo esferas de grueso polvo:

Quien vierte llantos en la mano del pobre,
Que a Dios y a la suerte reproches da:
Quien traba el brazo de otro, que pasa,
Temiendo el abismo, que ve más allá:

Quien toma al seno de mujer, que firme
En el pecho de él deja el pudor:

Quien entre besos le enseña a los labios
Caudales palabras de áureo licor:

¡Ah! no, no se puede — como ellas dicen —
Ser insensible, ser vano ateo.
El ateo no siente, no vierte llantos.
El amor no entra en el pecho suyo.

¡El mundo, el mundo... yo monja aflijida
Yo veo el mundo... cómo es gentil!
¡No, no le diviso abierto el abismo!
¡Tú mientes, mientes, alma senil!

Sí: ancianas santas, ancianas ufanas,
Que os decís llenas de Dios,
¡No! — este mundo que Dios redimió
No está compuesto de vanos ateos.

¡El mundo, el mundo... yo monja aflijida
Yo veo el mundo... cómo es gentil!
¡Mas encerrada en la estéril celda
Existo presa en un ocio vil!

A los tibios rayos del lucero de del alba
Mi inocencia toda perdí.
Enteras noches de acerba cisma
Yo, necia amante, pasé allí.

El lucero del alba tiene ciertos rayos
Que traicioneros regresan hacia allá.
Huid, niñas, del lucero del alba,
Temed de los placeres que él os da.

Hay ciertos rayos del lucero del alba
Que son vampiros de argénteo color:
De nuestros labios — con vítreos besos —
Extraen, succionan, todo el rubor.

A los tibios rayos del lucero de del alba
Mi inocencia toda perdí.
Mas la inocencia, que sale de la infancia,
¡Ay! ¡No se pierde solamente allí!

El lucero del alba, ánfora suelta,
Boya de plata en mar de añil,
Clama incansable — Amad, doncellas, —
Y las fibras labra llama sutil.

Entonces allá dentro de la aflijida virgen
Salta un deseo, hierve un pesar.
Prueba un alivio, encuentra una angustia,
Linfá en brasero, volcán en el mar.

Mas la inocencia que la joven inmola
En el altar sagrado de un pecho igual,
Suple el deseo, forma el remanso,
Ofrece un gozo siempre real.

Cuando el virginal color se desvanece,
Marchito el carmíneo, rosáceo capullo,
El lucero del alba que hizo el estrago,
El lucero del alba no basta, no.

¡El mundo, el mundo... yo monja aflijida
Yo veo el mundo... cómo es gentil!
¡No, no le diviso abierto el abismo,
No le deparo volcanes mil.

El mundo, el mundo... sólo en él yo puedo
Encontrar la parte a quien falté.
Yo debo, yo debo pagar al hombre
Ese pedazo que le arranqué.

Su corazón — noble fragmento —
Siente un vacío, que ha de doler.
Aún su alma gime incompleta.
Casi le robé todo su ser.

El padrino²¹ — el ángel más bello, —
Ángel de las nupcias, hecho por Dios,
Por Dios guiado, conduce a las vírgenes
A los fragmentos²² que son más suyos.

Llévame, oh, ángel, — que es tiempo: — yo quiero
Encontrar la parte a quien falté.
Yo debo, yo debo pagar al hombre
Ese pedazo que le arranqué.

Al mundo, al mundo... Llévame, oh, ángel.
Abre estas alas: voy sobre ti.
Interno impulso me dice, ángel mío,
Que no vayas lejos, — que basta allí.

Mi sanguíneo color se desvanece,
Perdí las rosas de santo pudor.
El lucero del alba — con vítreos besos —
Succiónóme a los labios todo el rubor.

Llévame, oh, ángel. Tengo en el pecho
Que me desborda — vasta porción.
El lucero del alba que hízome el estrago,
Ni cruz, ni claustros, le bastan, no.

²¹ (N. del T.) El término en portugués (paraninfo) es antiguo y hace referencia a la persona que escogía el novio para ir a buscar a la novia en la cultura griega.

²² (N. del T.) Entiéndase como las partes de un puzle, donde se necesitan todas las piezas: el hombre y la mujer.

A FREIRA

Crescei e multiplicai-vos.
PALAVRA DE DEUS.

Eu jovem freira, bem triste choro
Aqui cozida co'a cruz de Deus.
Aqui sozinha, ninguém não sabe
Dos meus desejos, dos males meus.

Qual no deserto se praz a rola,
Cuidam que a freira seja feliz.
E a pobre freira, dentro da cela,
Ninguém não sabe que se maldiz.

Enquanto a vida não se desdobra,
E apenas rompe, róseo botão,
A freira insonte prateia de astros,
Povoa de anjos sua soidão.

Uma palavra que ela profere
É sempre um ente que ela criou.
Uma florzinha que colhe acaso
É uma amiga que ela encontrou.

Conversa à noite co'a estrela vésper,
Ama o opaco de seu clarão.
E sente chamas que julga dores,
E o peito aperta co'a nívea mão.

Ela não sabe que a estrela vésper
Influi nas almas lascivo ardor:
Que, não sem causa, no tempo antigo,
A estrela vésper chamou-se — Amor.

A estrela vésper produz nas virgens
Estranho incêndio, vulcão fatal:
Quer seja freira — do Cristo filha,
Quer seja antiga pagã vestal.

A estrela vésper... Fugi, meninas,
Fugi dos raios do seu candor.
A estrela vésper influe volúpia,
A estrela vésper chama-se — Amor.

E a casta freira, co'a mão na face,
Por longas horas demora ali.
E os tredos raios da estrela vésper
Ela inocente recebe em si.

E quando o sino tocou matinas,
Ela tremeu de seu fragor.
E a pobre moça — da vez primeira —
Das rezas quase sentia horror.

E os olhos dela ficaram meigos,

Como quem sofre doce pesar.
Não mais pulavam, delfins nas ondas,
E mal podiam brando oscilar.

E os lábios dela — cravina há pouco —
Não mais vestiam carmínea cor.
E só nas faces lhe assomam rosas,
Mas não são rosas de almo pudor.

Então a freira em vão se abraça,
Em vão se coze co'a cruz de Deus.
Então a freira procura em tudo
A causa, o alívio dos males seus.

Mas ela o sabe. Não é o Cristo
De que ela espera algum sinal.
O Cristo deu-nos remido o mundo:
E o bem que há nele supera o mal.

O mundo, o mundo... eu freira aflita
Eu vejo o mundo... como é gentil!
Ah! eu preciso dessa palavra
Que arrasta os homens aos mil e aos mil!

Palavra imensa, divina e santa,
Que inspira aos homens tanto labor!
Palavra fértil, fecunda e grande,
Mistério, influxo, talvez, de amor!

Porém as velhas, que me aconselham,
E que se dizem cheias de Deus,
Clamam — não cessam — clamam que o mundo
É todo feito de vãos ateus.

Mas ah! quem sente chamas no peito
Por uma bela palavra só:
Quem à porfia corre por ela,
Rompendo globos de grosso pó:

Quem verte prantos na mão do pobre,
Que a Deus e à sorte reproches dá:
Quem trava o braço de outrem, que passa,
Temendo o abismo, que vê mais lá:

Quem toma ao seio mulher, que firme
No seio dele deixa o pudor:
Quem entre beijos lhe ensina aos lábios
Caudais palavras de áureo licor:

Ah! não, não pode — como elas dizem —
Ser insensível, ser vão ateu.
O ateu não sente, não verte prantos.
O amor não entra no peito seu.

O mundo, o mundo... eu freira aflita,
Eu vejo o mundo... como é gentil!
Não, não lhe enxergo aberto o abismo.

Tu mentes, mentes, alma senil!

Sim: velhas santas, velhas ufanas,
Que vos dizeis cheias de Deus,
Não! — este mundo que Deus remiu
Não é composto de vãos ateus.

O mundo, o mundo... eu freira aflita,
Eu vejo o mundo... como é gentil!
Mas eu fechada na estéril cela
Existo preza num ócio vil!

Aos mornos raios da estrela vésper
Minha inocência toda perdi.
Inteiras noites de acerba cisma
Eu, néscia amante, passei ali.

A estrela vésper tem certos raios
Que traiçoeiros voltam p'ra lá.
Fugi, meninas, da estrela vésper,
Temei dos gostos que ela vos dá.

Há certos raios da estrela vésper
Que são vampiros de argêntea cor:
De nossos lábios — com vítreos beijos —
Extraem, sugam todo o rubor.

Aos mornos raios da estrela vésper
Minha inocência toda perdi.
Mas a inocência, que sai da infância,
Ai! não se perde somente alli!

A estrellá vésper, amphora solta,
Bóia de prata em mar de anil,
Clama incansável — Amai, donzelas, —
E as fibras lavra flama subtil.

Então lá dentro da aflita virgem
Salta um desejo, ferve um pesar.
Tenta um alívio, acha uma angustia,
Linfa em brasido, vulcão no mar.

Mas a inocência que a moça imola
No altar sagrado de um peito igual,
Malta o desejo, forma o remanso,
Oferta um gozo sempre real.

Quando a virgínea cor se esvaece,
Murcho o carmíneo, róseo botão,
A estrela vésper que fez o estrago,
A estrela vésper não basta não.

O mundo, o mundo... eu freira aflita,
Eu vejo o mundo... como é gentil!
Não, não lhe enxergo aberto o abismo,
Não lhe deparo vulcões aos mil.

O mundo, o mundo... só nele eu posso
Achar a parte a quem faltei.
Eu devo, eu devo pagar ao homem
Esse pedaço que lhe arranquei.

Seu coração — nobre fragmento —
Sente um vazio, que há de doer.
Mesmo sua alma geme incompleta.
Quase roubei-lhe todo o seu ser.

O paraninfo — anjo o mais belo, —
Anjo das núpcias, feito por Deus,
Por Deus guiado, conduz as virgens
Para os pedaços que são mais seus.

Leva-me oh anjo, — que é tempo: — eu quero
Achar a parte â quem faltei.
Eu devo, eu elevo pagar ao homem
Esse pedaço que lhe arranquei.

Ao mundo, ao mundo... Leva-me, oh anjo.
Abre estas azas: vou sobre ti.
Interno impulso me diz, meu anjo,
Que não vás longe, — que basta ali.

Minha sanguínea cor se esvaece,
Perdi as rosas de almo pudor.
A estrela vésper — com vítreos beijos —
Sugou-me aos lábios todo o rubor.

Leva-me, oh anjo. Tenho no peito
Que me trasborda — vasta porção.
A estrela vésper que fez-me o estrago,
Nem cruz, nem claustros, não bastam não.

LA DEVOTA

La suma perfección consiste en
vagar el espíritu hacia Dios.
S. THOMAZ.

¿Qué rezas, qué rezas, — temblando con los labios,
Con la blanquecina pupila en las córneas inmutada
Golpeando en los pechos con las manos descarnadas,
Con las manos en el rosario, — anciana devota?

¡Pobre de la ancianita, — ya sea que sienta pesares,
O sienta dulzuras, no sabe llorar!
¡Que el sorbo de la vida, de acéticas amarguras
El llanto en los ojos lo puede estancar!

Ahora sólo reza en las cuentas²³ benditas,

²³ (N. del T.) Esferas de las que se compone el rosario.

Sólo reza contrita, — ¿qué más puede hacer?
Que el tiempo, que las arrugas, que los años que se fueron,
Contínuo le hablan de la lápida final.

Que la vida, que viven los hombres en la tierra,
Es sueño, que en la infancia soñaron al cavilar.
¡Feliz quien más supo dormir este sueño,
Quien supo este sueño más largo soñar!

¡Ay — quién me podrá sondar los arcanos
Del pecho de la anciana! — ¡Qué rica pradera,
Que campo tan basto de tanta verdad,
Que el joven no siega, no riega, no ara!

Cual vuelo del tiempo en las alas de las eras,
Tal es de la ciencia del anciano el don:
Que cuantos más días de vida le escurren,
Más largas verdades creciendo le van.

¡Ancianita, — está tan tarde! — en el suelo de la cruz
En que rezas, — sosteniendo de los nortes el azote
¡Oh! — ¿no te recelas de las calles desiertas?,
¡Oh! — ¿no te amedrantan las larvas de la noche?

¿No sientes, devota, — presiones ni jadeos,
Cuales olas de los mares, — en el pecho entorpecido?
¿El mal semblante de la muerta vejez
Quemote los sentidos de esta alma ferviente?

Oh — sí: — como el camino que los siglos abrieron,
Está callado tu buen corazón:
Y de las peñas en el sílice alpestre
Volviósete la tuya senil sensación.

¿Qué brazo tan fuerte de hierro te abismó
De las penas en el fuego, — de los males en el fondo?
¿Quién en esta tristeza, — volcán que devora, —
Quién en esta tristeza te lanzó? — ¡A este mundo!

Por eso a la cruz levantas los ojos,
Con la blanquecina pupila en las córneas inmutada:
Por eso acaricias un sólo pensamiento,
— ¡La imagen del Eterno, — ancianita devota!

La imagen del Eterno, — cual canto encendido,
Cual cirio de los altares, — te brilla en el aspecto.
La imagen del Eterno, — que el mundo repele,
Adoras, — cual mimo de amores, en el pecho.

Y el suelo de la cruz con los nortes, que zumban,
Soplando los cabellos de la anciana temblorosa:
Y la noche con las larvas horrendas, — tan feas,
Y el éter cerrado de niebla solamente:

Y las aves nocturnas con los cantos de augurio,
En los entradas de la cruz, — en sus pináculos:
¡Le hablan de un Ente, — que los hombres olvidan,

Le hablan en la tierra de un Dios que hay en los cielos!

Oh — besa ferviente mil veces, ancianita,
Sí, — besa los emblemas de tu relicario.
Recita, — temblando, recita esos rezos,
Corriendo en los dedos el grueso rosario.

Y vosotras — oh doncellas vanidosas por lindas,
¿Qué tanto os reis de la anciana — pobrecita?
Dejadla que sus camándulas gire,
En el frío ladrillo de la cruz asentada.

Es plano el santuario, — tan alto, tan blanco,
Cual de carámbanos luminoso acantilado:
Es como un espectro: ¡huid, oh, doncellas,
Del espectro, que topa con el arco de añil!

Y todo este cuadro de horrenda poesía,
De asombros, — no traba en su corazón.
Su alma no teme fantásticas apariciones,
Sostenida en las alas de linda oración.

Todo esto es su gozo: — postrarse en las lápidas,
En las lápidas marmóreas de aquél calvario:
Libre de las miradas de serpiente del mundo
Rezar más devota el bendito rosario.

Un día, — era joven, querida de los hombres, —
Los hombres le dieron un trono real.
Pero hoy, — ancianita, — con los pies de la cruz
Se abraza contrita, — ¿qué más puede hacer?

A DEVOTA

A suma perfeição consiste em vagar
o espírito para Deus.

S. THOMAZ.

Que rezas, que rezas, — tremendo co'os lábios,
Co'a baça pupila nas córneas imota?
Batendo nos peitos co'as mãos descarnadas,
Co'as mãos no rosário, — velhinha devota?

Coitada da velha, — que ou sinta pesares,
Ou sinta dulçores, não sabe chorar!
Que o sorvo da vida, de acéticos travos,
O pranto nos olhos lho pôde estancar!

Agora só reza nas contas benditas,
Só reza contrita, — que pode mais al?
Que o tempo, que as rugas, que os anos que foram,
Contínuo lhe faliem da lousa final.

Que a vida, que vivem os homens na terra,
É sonho, que a infância sonhou, a cismar.
Feliz quem mais soube dormir este sono,
Quem soube este sonho mais longo sonhar!

Ai — quem me poderá sondar os arcanos
Do peito da velha! — Que rica seara,
Que messe tão vasta de tanta verdade,
Que o jovem não sega, não rega, não ara!

Qual vôo do tempo nas asas das eras,
Tal é da ciência do velho o condão:
Que quantos mais dias de vida lhe escorrem,
Mais largas verdades crescendo lhe vão.

Velhinha, — é tão noite! — no chão do cruzeiro
Que rezas, — sustendo dos nortes o açoite?
Oh — não te arreceias das ruas desertas,
Oh — não te amedrontam as larvas da noite?

Não sentes, devota, — pressões nem arfagens,
Quais vagas dos mares, — no peito torpente?
O mau sobrececho da morta velhice
Torrou-te os sentidos desta alma fervente?

Oh — sim: — como a estrada que os séc'los trilharam,
Está calejado teu bom coração:
E das penedias na sílice alpestre
Tornou-se-te a tua senil sensação.

Que braço tão forte de ferro abismou-te
Das penas no fogo, — dos males no fundo?
Quem nesta tristura, — vulcão que devora, —
Quem nesta tristura lançou-te? — este mundo!

Por isso ao cruzeiro levantas os olhos,
Co'a baça pupila nas córneas imota:
Por isso acarinhas um só pensamento,
— A imagem do Eterno, — velhinha devota!

A imagem do Eterno, — qual canto brasido,
Qual tocha das aras, — te brilha no aspeito.
A imagem do Eterno, — que o mundo repele,
Adoras, — qual mimo de amores, no peito.

E o chão do cruzeiro co'os nortes, que zunem,
Soprando os cabelos da velha tremente:
E a noite co'as larvas medonhas, — tão feias,
E o éter cerrado de nevoa somente:

E as aves noturnas co'os cantos de agouro,
Nos vãos do cruzeiro, — nos seus coruchéus:
Lhe falam de um Ente, — que os homens esquecem,
Lhe falam na terra de um Deus que há nos céus!

Oh — beija fervente mil vezes, velhinha,
Sim, — beija os emblemas de teu relicário.

Recita, — tremendo, recita essas rezas,
Correndo nos dedos o grosso rosário.

E vós — oh donzelas gabadas de lindas,
Que tanto vos rides da velha — coitada?
Deixai-a que suas camáldulas gire,
No frio ladrilho da cruz assentada.

É calvo o cruzeiro, — tão alto, tão alvo,
Qual de caramelos lucente alcantil:
É como um espectro: fugi oh donzelas,
Do espectro, que topa co'o arco de anil!

E todo este quadro de horrenda poesia,
De assombros, — não trava de seu coração.
Sua alma não teme fantásticos trasgos,
Sustida nas asas de linda oração.

É seu gozo todo: — prostrar-se nas lajes,
Nas lajes marmóreas daquele calvário:
Liberta das vistas vipérias do mundo
Rezar mais devota no bento rosário.

Um dia, — era jovem, mimosa dos homens, —
Os homens lhe deram um trono real.
Mas hoje, — velhinha, — co'os pés do cruzeiro
Se abraça contrita, — que pode mais al?

FRAY BASTOS

Ángel de luz, ¿por qué te arrojaste
en el inferno? — La historia escribía
tu nombre en la página de las
bendiciones: tú mismo lo tachaste, y
lo fuiste a escribir en la página de las
maldiciones.

ALEXANDRE HERCULANO.

¿Para qué te ahogas, Bossuet brasíleo,
En el inmundo abismo de la lascivia impura?
¿Por qué tus lauros triunfales embadurnas
Con las violetas heces del agrio vino?
¿Por qué de continuo tu gloria soplas
En los leves vahos del tabaco ardiendo?
¿Por qué te ahogas, Bossuet brasíleo,
En el inmundo abismo de la lascivia impura?

Desciendes del altar a la crápula homicida,
Subes de la crápula a los fulminosos púlpitos,
Allí tu grito lisonjea los vicios,
Aquí truena, apavorando los crímenes.
Y los labios rubíes de los femíneos besos
Disparan rayos que las pasiones aterran.
¿Por qué te ahogas, Bossuet brasíleo,

En el inmundo abismo de la lascivia impura?

En el prostíbulo infame que asesina el genio
Las horas pasas que la ciencia llora.
En el blando lecho que los instantes manchan
A los cielos insultas con el hábito que extiendes.
En los torpes versos que el placer te inspira
El inferno evocas, — y los demonios brincan.
¿Por qué te ahogas, Bossuet brasíleo,
En el inmundo abismo de la lascivia impura?

Para las canciones que celebraran a Milton
Diote el Señor poética ardentía.
Para esos dones que Bossuet vistieron
Diote el Señor el culmen de la elocuencia.
Dos coronas te entretejía la gloria:
Dos coronas destruyó tu genio.
¿Por qué te ahogas, Bossuet brasíleo,
En el inmundo abismo de la lascivia impura?

Allá sobre los astros Bossuet te amaba,
Al escucharte los éxtasis primeros.
Tiraba el resplandor de la argentea frente,
Donde a Turene la convicción parteira.
Iba a coronar la frente igual a la de él,
Que el nuevo mundo producía casi.
¿Por qué te ahogas, Bossuet brasíleo,
En el inmundo abismo de la lascivia impura?

El ciego de Albion también te miraba
Con los nuevos ojos que en el cielo le dieron.
Él esperaba — y los serafines con él —
Un Paraíso incógnito, más bello.
Depués, encontrándote sepultado en fango,
A Lamartine reservó sus lauros.
¿Por qué te ahogas, Bossuet brasíleo,
En el inmundo abismo de la lascivia impura?

¡Ah! Bossuet sobre las estrellas para.
¡Cómo es difícil la subida a los montes!
Voltaire abrió un boquerón en la tierra.
¡Oh! ¡Cómo es fácil el pender del abismo!
Mas tú subiste a Bossuet a un tiempo,
Y al mismo tiempo hasta a Voltaire descendías.
¿Por qué te ahogas, Bossuet brasíleo,
En el inmundo abismo de la lascivia impura?

¡Salve, poeta, que tus vicios cantas,
Que la noche y la plebe y la crápula desean!
¡Salve, orador, que los pulpitos respetan,
Que a anátemas irónicos haces vibrar!
¡Mezcla atrevida de sublime y bajo,
Bossuet con Voltaire, tres veces salve!
¡Salve por mí, — oh malhadado genio,
Donde las ciudades ni los claustros caben!
Tú, poeta, orador, — ¿por qué te ahogas

En el inmundo abismo de la lascivia impura?

FREI BASTOS

Anjo de luz, porque te despenhaste
no inferno? — A historia escrevia o
teu nome na página das bênçãos: tu
mesmo o riscaste, e o foste escrever
na página das maldições.

ALEXANDRE HERCULANO.

Parque te afogas, Bossuet brasileiro,
No imundo pego da lascívia impura?
Porque teus louros triunfais nodoas
Co'as roxas fezes do azedado vinho?
Porque contínuo tua glória assopras
Nos leves bafos do charuto ardendo?
Porque te afogas, Bossuet brasileiro,
No imundo pego da lascívia impura?

Desces do altar à crápula homicida,
Sobes da crápula aos fulmíneos púlpitos,
Ali teu brado lisonjeia os vícios,
Aqui atroa, apavorando os crimes.
E os lábios rubros dos femíneos beijos
Disparam raios que as paixões aterram.
Porque te afogas, Bossuet brasileiro,
No imundo pego da lascívia impura?

No alcouce infame que assassina o gênio
As horas passas que a ciência chora.
No fofo leito que os instantes mancham
Os céus insultas co'o burel que estendes.
Nos torpes versos que o prazer te inspira
O inferno evocas, — e os demônios brincam.
Porque te afogas, Bossuet brasileiro,
No imundo pego da lascívia impura?

Para as canções que celebraram Milton
Deu-te o Senhor poética ardentia.
Para esses dons que Bossuet vestiram
Deu-te o Senhor o fúlmen da eloquência.
Duas coroas te entranchava a glória:
Duas coroas desmanchou teu gênio.
Porque te afogas, Bossuet brasileiro,
No imundo pego da lascívia impura?

Lá sobre os astros Bossuet te amava,
Ao escutar-te os êxtases primeiros.
Tirava o resplendor da argêntea fronte,
Donde a Turene a convicção partira.
Ia c'roar a testa igual à dele,
Que o novo mundo produzia quase.

Porque te afogas, Bossuet brasileiro,
No imundo pego da lascívia impura?

O cego de Albion também te olhava
Co'os novos olhos que no céu lhe deram.
Ele esperava — e os serafins com ele —
Um Paraíso incógnito, mais belo.
Depois, te achando sepultado em lama,
A Lamartine reservou seus louros.
Porque te afogas, Bossuet brasileiro,
No imundo pego da lascívia impura?

Ah! Bossuet sobre as estrelas pára.
Quanto é difícil a subida aos montes!
Voltaire abriu um boqueirão na terra.
Oh! como é fácil o pendor do abismo!
Mas tu subiste a Bossuet a um tempo,
E ao mesmo tempo 'té Voltaire descias.
Porque te afogas, Bossuet brasileiro,
No imundo pego da lascívia impura?

Salve, poeta, que teus vícios cantas,
Que a noite e a plebe e a crápula desejam!
Salve, orador, que os púlpitos respeitam,
Que anátema irônicos desferes!
Mescla atrevida de sublime e baixo,
Bossuet com Voltaire, três vezes salve!
Salve por mim, — oh malfadado gênio,
Onde as cidades nem os claustros cabem!
Tu, poeta, orador, — porque te afogas
No imundo pego da lascívia impura?

EL RENEGADO

Canción del judío

I

iVe, impío bastardo,
Ve, monstruo sin creencia!
Es vasto, es inmenso
El camino que ves.
Pendiente se inclina
Por lúbrica estera,
Suave ladera
Hacia las llamas, talvez.

Tu padre te reniega
En la voz del profeta
Con la boca repleta
De atroz maldición.
Cubierto de ceniza,

Con el saco²⁴ vestido,
Con llanto dolorido
Se prostra en el suelo.

La madre, que te amaba
Con tanta ardentía,
Maldice de tu día
Con los clamores de Job.
Hebrea hermosa,
De rostro agraciado,
Por ti, malhadado,
Se cubre de dolor.

¡Con pena de hierro
Tu nombre tachado
Del libro sagrado,
De la ley de Moisés!
¡Tu nombre famoso,
De las tribus querido,
Ahora exprimido
Debajo de los pies!

¡Oh, tú, desgraciado,
Mezquino perjuro,
Que abrazas impuro
Unos errores fatales!
¡Qué enseñanza a tus hijos,
Que ejemplo el que legas!
¡En la ley que reniegas,
Reniegas a tus padres!

II

¡Talvez más que los nuestros,
Irás vagabundo
De rastros en el mundo
Sin término, sin fin!
En las selvas, en las cortes
Los hombres con gusto
Leerán en tu rostro

Señal de Caín.
En el juramento que quiebras,
En el crimen que intentas,
Excitas, aumentas
De los nuestros el dolor.
Pisando sobre las tablas,
Que fuéronte entregadas,
Afrontas, persigues
Al mismo Señor.

III

²⁴ (N. del T.) Antigua forma de designar a un hábito fúnebre o de penitencia.

Otrora en Egipto
Nacimos esclavos,
Valientes y bravos,
Sufriendo sin dolor.
Contentos en los tratos,
Viviendo en la penuria,
Escupimos en la furia
Del malo Faraón.

Después nos erguimos
En medio de la plaza,
En ruda amenaza
Golpeando con los pies.
Y el rey por diez veces
Tembló contemplando
Un Dios peleando
En la mano de Moisés.

Después nuestros crímenes,
Cual lluvia de saetas,
Contra la voluntad de los profetas,
Llenaron el aire.
Castigo del Eterno,
Sentimos en la frente
El alfanje furente
De Salmanasar²⁵.

Y el campo tres veces
Vistiose de osamentas,
A lo largo esparcidas
Por Nabuzardán²⁶.
Y, harto de crímenes,
Volviose demonio
El rey babilonio,
Progenie de Cam.

Sufriendo, esperamos,
De los tiempos en el giro,
El nombre de Ciro,
Sonrisa de Dios.
Previsto, ansiado
En la voz del vidente,
Llegó de repente,
Librando a los hebreos.

Al yugo de los griegos
Curvándonos casi,
Besamos la base
Del ídolo Amón.
Después adoramos
Con un miedo más feo
Al monstruo que vino
De allá de Ascalón.

²⁵ (N. del T.) Hace referencia al rey de Asiria nombrado en la Biblia en los capítulos 17 y 18 de 2 Reyes. Es mostrado como un opresor del pueblo de Israel.

²⁶ (N. del T.) Capitán de la guardia de Nabucodonosor, rey pagano de Babilonia.

No basta, nada haría
Al cielo irritado
la sangre esparcida
De los buenos Macabeos.
No basta Tito,
Que a Roma viniesen,
Que hasta deshiciesen
El templo de Dios.

Errantes, dispersos,
— ¡Castigo que espanto! —
Andamos como fantasmas
Por toda la nación.
Hace más de mil años
Sufrimos callados
Por crímenes pasados
De abominación.

E vamos corriendo,
Corriendo en la tierra
De encuentro con la guerra
Terrible, cruel.
Y vamos corriendo,
Nosotros pueblo escogido,
Nosotros pueblo querido
Del Dios de Israel.

¡Ah! fueron muy grandes
Los errores pasados,
Los altos pecados
Del pueblo inmortal!
La voz de los profetas
Perpetua se calla:
No clama, no habla
Ni aún de mal.

Del vate de los plañidos,
Del hijo de Elcías²⁷
la cruda elegía
Haríanos bien.
Lloráramos juntos
Con santa nostalgia
A viuda ciudad
De Jerusalén.

Mas siempre en las eras
Paternas que leemos,
Luchamos, vencemos
As persecuciones.
Talvez que bien pronto
Tengamos completas
De nuestros profetas
Las áureas visiones.

²⁷ (N. del T.) El posible hijo de Elcías es Oziel o Uziel, nombrado en el capítulo 8 del libro apócrifo de Judit.

Y ahora en el mundo,
De hace tanto previsto,
Asume ese Cristo,
Mesías real.
Y junte en un punto
Con frases de brasas
Debajo de las alas
Al pueblo inmortal.

Y venga con un cetro
Más bello, más nuevo
A sacar a su pueblo
Del abismo de dolor.
Y cúmplase a la letra
El clamor jocundo,
Que, ya moribundo,
Nos dijo Jacob.

IV

Y ahora mi hijo,
En las tablas escupiendo,
Nos deja, sonriendo,
— ¡Mi hijo! ¡Qué dolor!
E va enloquecido
Siguiendo, adorando
Un ídolo infame,
Un Cristo impostor.

Escucha, hijo mío,
El quejido materno,
Y al rostro paterno,
Ven, quítale el dolor.
Si el Cristo que abrazas
No fuese locura,
Sería impostura
La voz de Jacob.

El Cristo que abrazas,
Los errores que arrogas,
Por mil sinagogas
Dañados están.
Hace más de mil años
Que son reprobados
Por sabios sagrados
De la creencia de Abraham.

Han sido juzgados
Por santos doctores,
Profundos lectores
De la ley de Moisés.
Y nuestros rabinos,
Con la rabia del anciano,
El falso evangelio
Pisaron a los pies.

Escucha, hijo mío,
El quejido materno,
Y al rostro paterno,
Ven, quítale el dolor.
El Cristo de los nuestros
No viene a perseguirnos,
Viene antes a unirnos
En un pueblo, en uno sólo.

¡Ah! regresa, hijo mío,
A la madre que te llora,
Al padre que te adora,
Que gime por ti.
¡Ah! Entra de nuevo
En nuestro conjunto,
Y canta compungido
los ayes de David.

V

¡Mas ah! renegado,
Bastardo, incrédulo,
Más impío que la mente
Del impío Caín!
Tachose, borrose
Tu nombre execrado
En pleno, sagrado,
General Sanedrín.

¡Ah! réprobo infame,
Ni estando compungido,
En nuestro conjunto
No puedes entrar!
Ya leo en tu rostro
El estigma candente,
Que te ha de en la frente
Perpetuo quedar.

Ni patria conservas,
Ni nombre paterno,
Y el pueblo del Eterno
Tu pueblo no es.
¡Ve, impío! — y que, al iros,
En medio del viaje,
Te engulla la vorágine
Que abriose a Coré²⁸.

²⁸ (N. del T.) Coré aparece nombrado en la Biblia en libro de Números, en el capítulo 16. En este se nos cuenta la rebelión de Coré contra Moisés como guía del pueblo hebreo, de su afrenta contra él, y su final siendo tragado por la tierra luego de airar a Dios.

O RENEGADO

Canção do judeu

I

Vai, ímpio bastardo,
Vai, monstro sem crença!
É vasta, é imensa
A estrada que vês.
Pendida se inclina
Por lúbrica esteira,
Suave ladeira
P'ra as chamas, talvez.

Teu pai te renega
Na voz do profeta
Co'a boca repleta
De atroz maldição.
Coberto de cinza,
Co'o saco vestido,
Com pranto dorido
Se prostra no chão.

A mãe, que te amava
Com tanta ardência,
Maldiz de teu dia
Co'os carmes de Jó.
Hebréia formosa,
De rosto engraçado,
Por ti, malfadado,
Se cobre de dó.

Com pena de ferro
Teu nome riscado
Do livro sagrado,
Da lei de Moisés!
Teu nome famoso,
Das tribos querido,
Agora exprimido
Debaixo dos pés!

Oh tu, desgraçado,
Mesquinho perjuro,
Que abraças impuro
Uns erros fatais!
Que ensino a teus filhos,
Que exemplo que legas!
Na lei que renegas,
Renegas teus pais!

II

Talvez mais que os nossos,
Irás vagabundo
De rastros no mundo

Sem termo, sem fim!
Nas selvas, nas cortes
Os homens com gosto
Lerão em teu rosto

Sinal de Caim.
Na jura que quebras,
No crime que atentas,
Excitas, aumentas
Dos nossos a dor.
Pisando nas tábuas,
Que foram-te entregues,
Afrontas, persegues
Ao mesmo Senhor.

III

Outrora no Egito
Nascemos escravos,
Valentes e bravos,
Sofrendo sem dó.
Contentes nos tratos,
Vivendo na penúria,
Cuspimos na fúria
Do mau Faraó.

Depois nos erguemos
No meio da praça,
Em rude ameaça
Batendo co'os pés.
E o rei por dez vezes
Tremeu contemplando
Um Deus pelejando
Na mão de Moisés.

Depois nossos crimes,
Qual chuva de setas,
Mau grado aos profetas,
Encheram o ar.
Castigo do Eterno,
Sentimos na frente
O alfanje furente
De Salmanazar.

E o campo três vezes
Vestiu-se de ossadas,
Ao longo espalhadas
Por Nabuzardan.
E, farto de crimes,
Tornou-se demônio
O rei babilônio,
Progênie de Cã.

Sofrendo, esperamos,
Dos tempos no giro,
O nome de Cyro,

Sorriso de Deus.
Previsto, ansiado
Na voz do vidente,
Chegou de repente,
Livrando os hebreus.

Ao jugo dos gregos
Curvando-nos quase,
Beijamos a base
Do ídolo Amon.
Depois adoramos
C'um medo mais feio
O monstro que veio
De lá de Ascalon.

Não basta, não faria
Ao céu irritado
O sangue espalhado
Dos bons Macabeus.
Não basta que Tito,
Que Roma viessem,
Que até desfizessem
O templo de Deus.

Errantes, dispersos,
— Castigo que pasma! —
Andamos fantasma
Por toda a nação.
Há mais de mil anos
Sofremos calados
Por crimes passados
De abominação.

E vamos correndo,
Correndo na terra
De encontro co'a guerra
Terrível, cruel.
E vamos correndo,
Nós povo escolhido,
Nós povo querido
Do Deus de Israel.

Ah! foram mui grandes
Os erros passados,
Os altos pecados
Do povo imortal!
A voz dos profetas
Perpetua se cala:
Não clama, não fala
Nem mesmo de mal.

Do vate dos trenos,
Do filho de Hécia
A crua elegia
Faria-nos bem.
Choráramos juntos
Com santa saudade

A vídua cidade
De Jerusalém.

Mas sempre nas eras
Paternas que lemos,
Lutamos, vencemos
As perseguições.
Talvez que bem cedo
Tenhamos completas
Dos nossos profetas
As áureas visões.

E agora no mundo,
De há tanto previsto,
Assome esse Cristo,
Messias real.
E ajunte num ponto
Com frases de brasas
Debaixo das azas
O povo imortal.

E venha c'um cetro
Mais belo, mais novo
Tirar o seu povo
Do abismo de dó.
E cumpra-se à letra
O carne jucundo,
Que, já moribundo,
Nos disse Jacob.

IV

E agora meu filho,
Nas tábuas cuspindo,
Nos deixa, sorrindo,
— Meu filho! que dor!
E vai tresloucado
Seguindo, adorando
Um ídolo infando,
Um Cristo impostor.

Escuta, meu filho,
O brado materno,
E ao rosto paterno,
Vem, tira-lhe o dó.
Se o Cristo que abraças
Não fora loucura,
Seria impostura
A voz de Jacob.

O Cristo que abraças,
Os erros que arrogas,
Por mil sinagogas
Danados estão.
Há mais de mil anos
Que são reprovados

Por sábios sagrados
Da crença de Abram.

Têm sido julgados
Por santos doutores,
Profundos leitores
Da lei de Moisés.
E os nossos rabinos,
Co'a raiva do velho,
O falso evangelho
Pisaram aos pés.

Escuta, meu filho,
O brado materno,
E ao rosto paterno,
Vem, tira-lhe o dó.
O Cristo dos nossos
Não vem perseguir-nos,
Vem antes unir-nos
Num povo, num só.

Ah! volta, meu filho,
Á mãe que te chora,
Ao pai que te adora,
Que geme por ti.
Ah! entra de novo
No nosso conjunto,
E canta compunto
Os ais de David.

V

Mas ah! renegado,
Bastardo, descrente,
Mais ímpio que a mente
Do ímpio Caim!
Riscou-se, apagou-se
Teu nome execrado
Em pleno, sagrado,
Geral Sinedrim.

Ah! réprobo infame,
Nem mesmo compunto,
No nosso conjunto
Não podes entrar!
Já leio em teu rosto
O estigma candente,
Que te há de na frente
Perpetuo ficar.

Nem pátria conservas,
Nem nome paterno,
E o povo do Eterno
Teu povo não é.
Vai, ímpio! — e que, ao ires,
Era meio à viagem,

Te engula a voragem
Que abriu-se a Coré.

EL MONGE (SÉCULO XIX)

I

De embate a las campanas, por las entradas de la torre,
Nocturnas aves corren. Sordo doblar
Era casi su choque incierto y vago
En los huecos bronce. La soledad profunda
Aumentaba el pavor, creciendo la noche.
Allí la mente, en éxtasis prendida,
Prolongaba estos sonidos, pensando en ellos.
Nadie vivía: la profundidad del sueño
Había de hecho los muertos hermanos a los vivos.

iYo te saludo, brisa de la noche,
Frescura suave y triste! Tus penas
Son duras saetas de helado hierro,
Que, a los cabellos rizando, entra por ellos,
Y nulifica el cerebro, pasando,
Y va al corazón que piensa angustias.
Fácil no toca la nieve aquí en el pecho.
¿No toca? — Sí: mas no enrigidece las fibras,
Mas no extingue el sentimiento nunca.
Viene a recogerse aquí, huyendo al hielo,
Entero, entero el espíritu, — de débil.
iYo te saludo, brisa de la noche!
Que sonido me traes de pesados pasos,
Quebrando esta soledad! En estas deshoras
Pueden vivir solamente el loco y el vate.

iNo! Ni uno de ellos. Brisa de la noche,
Transpórtame su nombre. El loco y el vate
No aman solos a las tinieblas y el silencio.
También el desgraciado estima la noche.

II

iBello céfiro de la noche! ¿Unos labios de ángeles
No es que te respiran? ¿Tus anhelos
No son de un genio bueno que Dios nos manda?
Tu sereno ardor recuerda a los hombres
Casi un gozo del cielo. Allá en otras eras
Alguien sintiote así, deshizose, en lágrimas,
Pensó poeta y complacido en tu seno,
Sobre tu dorso desperdició sus males,
Consolose talvez, — y creyente y altivo
Llamote casi un Dios.— ¿Mintiote del todo?
¿De dónde el consuelo que en las alas libras

Tácito y santo así, descendernos puede,
Si no de allá del cielo? Dentro en mi alma
Yo siento, yo siento el impulso de adorarte.
¡Sé mi musa, oh, brisa de la noche!

Llévame, pues, extasiado y libre
A las moradas del infeliz. Si alguien se queja,
Quiero con los suyos compartir mis males.

III

Veo una cruz: entrelazado en ella
Férreo cilicio con sanguíneas manchas.
El libro del cristiano en la tosca mesa
Las quejumbres de Job mostraba a los ojos.
Esplendidas de llanto las propias letras
Estaban aún, — y la página mojada
De los torrentes de dolor de alguien que la leyó
Casi por sí imprecaciones hablaba,
Casi bramaba, al verse. La luz, temblando,
De espacio a espacio crepitando, gemía,
Como entendiendo la voz que llenaba otrora
De maldiciones, de lágrimas, de plegarias
Los campos de Hus.

¡Oh, plaga que generaste
Un alma pura de poeta y de ángel,
Salve por mí! Tú por el Eterno fuiste
Bendecida un día, antes que libre
La mano de Satanás te ardiese la tierra.
Segunda vez bendíjote el Eterno,
Y diste la grama y el cipariso y las flores.
¡Por mí, solitario inmortal, tres veces salve!

Talvez pensaba así, cruzando la celda,
Extasiado un monje. Yo vi su rostro,
Y leí su corazón, su pensamiento.
Érale la cara macerada, lívida
Con los livores del dolor. Forzados surcos
Cavole hondo el recorrer del llanto.
No fue el tiempo que encogió sus visos.
De enorme vastedad — de los griegos copia —
Parecíale el cerebro un gravamen,
Que apenas sustentaba. Las pestañas gruesas
De los ojos el relámpago le oscurecían,
Más de lo que la nube que no cubre el rayo

Y paseaba en rápidas pisadas,
Hablando a veces, y parando a instantes.

IV

Cristo — exclamó — tú padeciste un día
Cuanto, millones de siglos viviendo,
No podía sufrir solamente un hombre:

Sin embargo, redimiste a la humanidad entera.
Yo, parte de ella, soy redimido, — y sufro
Debajo de tu nombre. Mi martirio,
Férreo fantasma que pesado marcha
Con el vagar del que va escalones hacia la horca
Que manos de infames allá en el cielo agarraron,
Es vano, es vano. La sangre, que destilo
Gota a gota de las rasgadas venas,
Cae inútil en el suelo. Regada de ella
La linda hierbita, horripilándose, expira.
Yo mismo, yo veo estremecerse a la tierra,
Se una lanzada de esta sangre la empapa.
¡Todo reprueba el sacrificio estéril!

¡Dios! ¡Tu hijo dejó tu seno eterno
Para salvar la humanidad, —y yo sufro
Debajo de tu nombre inútiles penas!

Déspotas del alma, déspotas del pecho
Sujetaron al dolor, a la rabia, al crimen
A los simples de Cristo. La naturaleza,
Norma por Dios en los corazones plantada
De este lado y más allá de la vida, en rudos tratos,
— No, no murió, — mas transformose del todo.
En las plazas de Sion, montones de pueblo
De vario modo entre clamor seguían
Al héroe de la redención. Hablando a los hombres
Con ese estilo a los Demóstenes ignoto
Pronunció una palabra, — y las selvas,
Las soledades, los leoncitos cavernarios
Parecieron gemir con el peso de los hombres.

Las ciudades cristianas, con la mano en el rostro,
Con redomas de sangre en torno a los ojos,
El flébil grito de Raquel sin hijos
Levantaron de nuevo. Huérfanas mezquinas
A los altos de la montaña en ansias suben.
Claman de allá por el cantor de las elegías.

Se cansan en breve, — y descansar procuran
Sobre el tronco del cedro. El espectro negro...
Su nombre — ASOLACIÓN — ... con la inmensa multitud
Surgió de un boquerón que abrió el infierno.
Su cuello reclinó allá en oriente,
Y con la punta de un pie golpeó en el ocaso,
Donde inclinado el sol tembló tres horas.

Y las ciudades cristianas, con la mano en el rostro,
Con redomas de sangre en torno a los ojos,
Espavoridas, por sus hijos claman,
— Claman, huyendo y lamentando en vano.

Volved, volved de las soledades, de las selvas,
Piadosos cristianos. Alguien os mintió,
Alguien os dijo lo que no dijo Cristo.
Dios no es misántropo: estima a todos,
Como otrora los formó en los campos de Asia.

Por sus dedos miríficos formado
Fue la familia, el molde del universo.
Consejo a los ángeles — no ligadura eterna —
Fue de Cristo la palabra. Impíos devotos,
Peores que los ateos, mancharon todo.
Hasta con su Dios hipócritas usan sofismas.
Dios no es misántropo: estima a los hombres,
Como otrora los formó en los campos de Asia.

— No hablamos sofismas, no. Esa palabra
Leedla en el libro eterno: intacta existe.
Nadie, nadie puede aumentarle un ápice.
Son inmutables siempre las letras tuyas.
Leed otra vez, y medita más serio,
Y después concluid.—
¡Sí, que yo concluya
El oprobio a vosotros o la blasfemia a Cristo!
¡Oh, qué infames que sois! ¡Con el rostro en risas
Podéis guardar tan parda hiel en el pecho!
¿Queréis la conclusión? — tomadla, hipócritas,
Tomadla en mí.

¿No veis en mis ojos
hirviendo la insania? —y exasperado el monje
Hasta al medio de la frente alzaba las pestañas.—
¿No veis manchas de livor de hierro
En lo cóncavo del rostro, donde otrora
Pintome la naturaleza ardientes rosas?
¿No oís mi voz? Profunda y ronca,
— Como encontrando despedazados órganos,
En el pecho fórmase y allá mismo expira.
¿Queréis saber la causa? Oídmme, hipócritas.

V

En gotas de sudor bañado el rostro
Estaba el monje. Las encrespadas pestañas
Ora enmendábanse hasta el tope, arriba,
Ora descendían ocultando los ojos,
Como dos faroles móviles, suspendidos
En la vastedad de la palidez de la frente
Por una oculta línea. Las manos, el cuerpo,
Temblaban... ¡Me abismé!

Estancado y mudo
Algún tiempo quedó. Después mirando
En derredor de sí, cual ante el pueblo
Allá en la tribuna el orador prepara,
Para comenzar, los ademanes con la idea,
Abrió de nuevo los reseos labios
Con un gesto que como puñal cortome las fibras.

Antes de abrírseme la pasión en el pecho,
Cuando en flor las afecciones me estaban,
Fui arrojado a las cárceles eternas.

Aún incierta la razón, tímida y necia,
Balbuceaba apenas. Tierna infante
Pronunciaba, arremedando a los hombres,
Cualquier primera voz que oía acaso:
Perdido viajero, en el campo en la noche
A lo largo divisando la luz que la tierra
De sus hálitos pútridos enciende,
Allá va, allá corre en ansias tras ella,
Y llega, y topa con la ilusión, con la nada.
Fantasía infantil érame todo.

Juzgaba a la luciérnaga estrella en tierra,
Ángeles del mar la rútila ardentía,
Palacio de oro el sol, algodón las nubes,
Mágica hada la virgen que yo amaba,
A quien yo temía después, huyendo de ella
Con el pecho encendido de pasiones ignotas,
Que parecíame aguzados dolores,
¡Tanto que yo creía en la justicia humana,
Tanto que yo respetaba a Dios y a los ancianos!
Y un anciano... un anciano...— aturdidor remordimiento,
Si eres un suplicio, véngame de aquél, —
Un anciano me habló. Cual en el desierto,
Queriendo Satanás tentar a Cristo,
Subiendo a lo alto, le mostraba el mundo,
Tal sediento me agarrara el anciano
Para apuntarme al cielo. Después temblando
—¡Impío! Ni el porvenir falta al remordimiento, —
No me mostró el templo — mostrome horrendo
Un edificio negro, erguido y vasto,
Manchando el azul del cielo.
¿Qué ves, infante?
Él me lo preguntó.
¿Qué veo? — aquella
Masa de lodo oscureciendo los aires.
¿Amas el cielo?

¿Y por qué no, buen anciano?
¿No es tan bello el cielo? ¿El añil que lo pinta
No es mejor de cerca? ¿La estrella del alba,
Que viene corriendo así antes de la aurora,
No es, talvez, un pájaro de plata,
Que yo podré agarrar, llegando a él?
¿No es una cuna tan bonita la luna,
Que siempre, y sin que pare, mece a infantes?
¿No puedo un día, de mañana, solo,
Sin levantar a nadie, llegarle a la orilla,
Algunas gotas parar de rocío,
Lavarle aquellas manchas, — y más bella
Volverla después de esto? — Ah, anciano, escucha:
Yo quiero el cielo: ¿mas dicen que para tenerlo
Es necesario morir?

Pobre inocente,
No es necesario, no. Con quererlo basta.
Querer solamente y entrar. ¿No ves, infante?
Vete para allá por tierra: — la puerta suya

Hela visible acullá bien franca.
¿Tan fea, anciano? — la puerta suya — aquella
Masa de lodo oscureciendo los aires?

Por fuera, infante...

Y, anciano, ¿es sólo por fuera?
¡Mas ah! ¡Por fuera yo veo el cielo tan lindo!

Y todas las tardes me llamaba el anciano,
Y me apuntaba al cielo, — cual en el desierto,
Querando Satanás tentar a Cristo,
Subiendo al alto le mostraba el mundo.

Y acostumbrome: — y yo ya llamaba aquella
Masa de lodo oscureciendo los aires
Con el nombre -ioh, sí!- de cielo. Siendo infante aún
Blasfemé, blasfemé con los labios del impío.

Tú fuiste criminal, oh, anciano indigno,
De mis nefandos y obligados actos.

VI

Eres reo, eres reo, — Aturdidor remordimiento,
Si eres un suplicio, véngame de aquél.

Tú, ángel aterrador, que el sueño trabas
Al malo que apenas se adormece, y despierta
Ansioso, turbado en las visiones que inspiras,
Mi justa voz de las tinieblas surge,
Corre, viene con tu séquito de furias,
Tú, ministro de las cóleras del Eterno.
Puebla el lecho suyo de horribles serpientes,
De visiones, de tortura: — véngame de él.
Bástale sólo en la vida este castigo,
El mayor téngalo después en el inferno mismo.
Y vine después, — y en un furor sagrado,
Loco religioso, entré en un templo.
Con lágrimas de amor — Devota insania! —
Prostreme sollozando al pie de los altares,
En el jaspe de los escalones. Allí con el choque
Del cuerpo ardiente en llamas de delirio
Sobre el frío del suelo, sentí... ¿Quién puede
Verter ese misterio en lengua de hombre?
¡No! Allí, sin acción, caído a lo largo,
¡No, no morí. Mi alma tan solamente
Sin ideas paró: pensar no pudo.
Perdióse, aéreo polvo, la inteligencia.
Quedome el corazón hirviendo en sangre,
Volcán reprimido, — y congelado el cuerpo
Unido allí con la piedra. Estatua en tierra,
Ídolo de yeso que del altar cayera,
No sé qué mundo fue, no sé qué abismo fue
Que confuso habité. De súbito rompe
Funéreo canto que evocome a la vida,

Diciendo — muerto — en destrozadas voces.
Después alguna diestra erguióme el cuerpo,
Y vi... No sé qué vi... Cegome los ojos
El vítreo grosor de las sanguíneas lágrimas.
Polvorienta sombra de sutil memoria
Hazme pensar qué leí. Plegaria o contrato
No sé qué fue. ¿Un juramento eterno
Hice al Señor sobre los altares de él?
No me acuerdo, no sé. Solamente lo dicen
Extraños hombres, de negror vestidos,
— ¿Hombres? ¿Quién sabe si demonios eran?
¡Serafines infernales, del infierno hablan,
Y su hermano, satánicos, me llaman!
Con la voz temblorosa, amenazando las furias,
Dicen que hice un inmortal protesto,
Que ha de seguirme al cielo que oyome las voces,
Que ha de seguirme a los penetrales del abismo.
Claman — ¡infames! — que con las propias uñas
Rasgué, abrí el corazón al Cristo,
Y con su sangre salpiqué mis labios,
Y con su sangre sellé mi pacto.

Cuando, agotada esa visión terrible,
Visión que el dolor me realiza y la rabia,
Míreme a mí, desconócime casi.
¡Es bien real, Pitágoras, tu sueño!
El Démon que inspirabate era un ángel.
De los arcanos del cielo algunos tuviste.
Las almas de los mortales transmigran, pasan
De cuerpo en cuerpo, o de una esencia en otra.
Ni cuerpo ni alma los mismos me quedaron.
El hombre que fui no soy. Mi ser, mi todo
Huyome, desvaneciose, transformose,
Vivo; mas acabé mi ser primero.
Lábil reminiscencia aún me prevé
Fugaces sombras de la pasada vida.
Para mayor suplicio, aquí en un cuadro
Esos dos tiempos comparados veo
Ante mí siempre, que los rehúso en vano.

¡Yo te creo, Pitágoras, en los sueños!
Las almas de los mortales transmigran, pasan
De cuerpo en cuerpo, o de una esencia en otra.

Si yo no morí, soy tráfuga de la vida.
Dista, dista de mí mi alma antigua.

La toga férrea que estrechome las articulaciones,
Como moho devorome las carnes
Hueso, esqueleto, por las fibras preso,
Voy caminando, — y caminando rechino.
Descansa, Loyola²⁹: — yo cumplí tu mandato.
Hasta te entrego tu superfluo «casi.»
¡Yo soy cadáver, lo soy! — Mírame y juzga.

²⁹ (N. del T.) Ignacio de Loyola fue un religioso español, fundador de la Compañía de Jesús.

¿Es poco aún este sufrir tan duro
 Hecho por vosotros, hipócritas sagrados?
 ¿No basta aquí la conclusión de los dolores?
 Vuestros trofeos, que en lágrimas se empapan,
 Ennegrecidos, húmedos de sangre,
 Coágulos gotean de los rasgados pechos,
 Que lancinados de sus topes penden,
 — ¿Y la gloria vuestra no se harta inicua,
 Y no os puede llenar víctima tanta?
 Polifemos crueles, milformes hidras,
 Monstruos peores que los horribles monstruos
 Que la mano de Homero bosquejaba al miedo,
 Portentos de terror — ¿Queréis más paja?
 ¡Pues sí! — ¡Abrid las leoninas garras,
 Y destapad vuestro infernal sarcasmo!
 De vuestro instinto la furiosa insania
 Voy talvez a saciarla. Oídme aún.

VII

Marmórea cárcel apretome los huesos
 Carcomidos, escuálidos, sin forma,
 — Y el don que extrema a los animales y los hombres
 Aquí perdilo. ¡Oh, tú, hijo del Eterno,
 Oye mi clamor acrisolado y puro
 En el hogar del corazón — que afligido lo amaste!
 Una palabra te saltó de los labios,
 Espada de fuego, omnipotente y santa,
 — Y en ella vuela la libertad a los pueblos.
 Una palabra también salta en llamas,
 Espada de azufre, ponzoñosa y grande,
 De ese rival que Tántalo te emula,
 — Y en ella vuela la esclavitud de los pueblos.
 Hijo del Eterno que imposibles puedes,
 ¿Hasta cuándo en burla dejarás tu reino?
 ¡Cae debajo del inferno el mismo Empíreo!
 ¡Dios, en tu nombre Satanás impera!
 Aquí en los claustros los demonios moran,
 — Y el monje somete al desespero el cuello,
 Y juzga mano divina la mano que lo toca,
 Y blasfema de Cristo, y los altares escupe,
 Y la cruz y la Biblia entre delirios pisa.
 La creencia augusta que en el pecho aprieta,
 Que en la leche materna sorbe infante,
 Que en los cristales del dolor salir procura,
 Dijo — Sois libres — indistinta a los hombres,
 Y dice al monje — ¡Esclavo! — Y el monje insano
 Pisa una vez más la cruz y la Biblia.

¡Tal es el furor que la esclavitud excita!

Tal soy, tal es el monje, — ente no-hombre
 A quien privose la libertad, — y en ella
 Privada se torna la consciencia en nada.
 El crimen y la rabia en su pecho habitan.
 Cúbrenle el rostro máscaras de barro,

Donde una sonrisa angélica se imprime
En los templos y en las plazas. En su alma
De continuo instigaciones malvadas hierven.

¡Qué pérfidos espantosos planos
No han nacido aquí! Fachadas viejas,
Techos sombríos, seculares muros,
Respondedme, hablad. ¿En vuestro espacio
Con el día enmiéndose la mudez de la noche?
¡Oh, cuánto prueba este silencio eterno!
Si yo fuera al mundo arrojado acaso,
En cualquier polo, en tierra, en el hielo,
¿A estas horas meditara en crímenes?
¿Blasfemara de Dios ante la luna,
Cuyo rocío me quema? ¿El lecho, el sueño
Iba a serme trabado a la media noche?
¡Más aflictivo que la labor del esclavo,
Ocio infamante, yo te reniego en vano!
Genéranse los vicios en tu blando seno,
Y besándote, y ciñéndote el cuello,
Bosteza, estírase la lascivia, — y duerme.
Masacrada, a las almas en soledad forzada,
Barbariza, hace salvajes. Las grandes alas
Mueve a virtud, y en las familias posa.
Tierna plantita, en los desiertos nace
Un cierto amor que abandonado expira,
O torrentes de tóxicos dimana.
Aquí el corazón se vuelve en rayo,
Los huesos en puñales, la mente en furia.
Aquí en hiel la inspiración se embebe.
Aquí de oprobrio la candidez se mancha.
Aquí conviértese la virtud en crimen.
¡Pero, ah, allá llama a las oraciones la campana!
¡Un sacrilegio más! ¡Señor, perdona!
Voy a enmendar imprecaciones con salmos.
Va en tu templo a retumbar mi clamor,
Que a los cielos no sube, cavernoso y ronco.
Mi voz, mi voz profane los altares,
Irónica y helada. En funesto cofre
Árdenme dentro renegados gritos.
Cada pálpito maldiciones me clama.
Blasfemia látenme las arterias todas.
¡Señor, yo no soy reo, — tú bien lo sabes,
De sacrilegio tal! Perdona al impío,
— Al impío hecho por más impíos que él.

¡Ahora reíd, hipócritas sagrados!
He aquí vuestra obra. ¡Verdugos, vedla!
Es cruel, como vosotros; miraos en ella.
No más claméis que edificola Cristo.
¡Injuria infernal! — ¡Señor!, ¿tu hijo
Sería tu hijo, si crease los males?

VIII

En la torre habíase callado la campana,

Y el eco apenas resonaba a lo largo.
También el monje enmudeció con él,
Cerró la celda, y caminó soturno
Por las naves afuera. Un sonido comprimido,
Casi carpido, en la asfixiante celda,
Quedó aún reflejándole las voces.

Y yo allí, embebecido en ansias,
Quedé llorando, —y lamentele la suerte.
A los montes del Señor erguí mis ojos,
Y dije una oración. Rezando aún,
Sentí en las venas afluirme la calma,
— Y creí que el monje la consiguió conmigo.
Aún corría la brisa de la noche
Con fresca humedad. Le pedí las alas,
Y fui nostálgico a meditar mis cánticos.

O MONGE (SÉCULO XIX)

I

De embate aos sinos, pelos vãos da torre,
Noturnas aves correm. Surdo dobro
Era quase seu choque incerto e vago
Nos ocos bronzes. A soidão profunda
Aumentava o pavor, crescendo a noite.
Ali a mente, em êxtase prendida,
Prolongava estes sons, pensando neles.
Ninguém vivia: a profundez do sono
Tinha co'os mortos irmanado os vivos.

Eu te saúdo, viração da noite,
Frescor suave e triste! As tuas penas
São duras setas de gelado ferro,
Que, os cabelos riçando, entra por eles,
E nulifica o cérebro, passando,
E vai ao coração que pensa angustias.
Fácil não toca a neve aqui no peito.
Não toca? — Sim: mas não enrija as fibras,
Mas não extingue o sentimento nunca.
Vem recolher-se aqui, fugindo ao gelo,
Inteiro, inteiro o espírito, — de fraco.
Eu te saúdo, viração da noite!
Que som me trazes de pesados passos,
Quebrando esta soidão! Nestas desoras
Podem viver somente o louco e o vate.

Não! nem um deles. Viração da noite,
Transporta-me seu nome. O louco e o vate
Não amam sós as trevas e o silencio.
Também o desgraçado estima a noite.

II

Bela aragem da noite! uns lábios de anjos
Não é que te respiram? Teus anelos
Não são de um gênio bom que Deus nos manda?
O teu sereno arfar alembra aos homens
Quase um gozo do céu. Lá noutras eras
Algun sentiu-te assim, desfez-se, em lágrimas,
Pensou poeta e plácido em teu seio,
Sobre teu dorso esperdiçou seus males,
Consolou-se talvez, — e crente e altivo
Chamou-te quase um Deus.— Mentiu-te ao todo?
Donde o consolo que nas asas libras
Tácito e santo assim, descer-nos pode,
Se não de lá do céu? Dentro em minh'alma
Eu sinto, eu sinto o impulso de adorar-te.
Sê minha musa, oh viração da noite!

Leva-me, pois, extasiado e livre
Aos lares do infeliz. Se alguém se queixa,
Quero co'os dele compartilhar meus males.

III

Vejo uma cruz: entrelaçado nela
Férreo cilício com sangüíneas manchas.
O livro do cristão na tosca mesa
Os queixumes de Jó mostrava aos olhos.
Esplendidas de pranto as próprias letras
Estavam inda, — e a página molhada
Das torrentes de dor de alguém que leu-a
Quase por se imprecações falava,
Quase bramia, ao ver-se. A luz, tremendo,
De espaço a espaço a crepitar, gemia,
Como entendendo a voz que enchia outrora
De maldições, de lágrimas, de preces
Os campos de Hus.

Oh plaga que geraste
Uma alma pura de poeta e de anjo,
Salve por mim! Tu pelo Eterno foste
Abençoada um dia, antes que livre
A mão de Satanás te ardesse a terra.
Segunda vez abençoou-te o Eterno,
E deste a grama e o cipariso e as flores.
Por mim, solo imortal, três vezes salve!

Talvez pensava assim, cruzando a cela,
Extasiado um monge. Eu vi seu rosto,
E li seu coração, seu pensamento.
Eram-lhe as faces maceradas, lívidas
Co'os livores da dor. Forçados sulcos
Cavou-lhe fundo o percorrer do pranto.
Não foi o tempo que encolheu seus visos.
De enorme vastidão — dos gregos copia —
Parecia-lhe o cérebro um gravame,
Que apenas sustentava. Os cílios grossos

Dos olhos o fuzil lhe escureciam,
Mais do que a nuvem que não cobre o raio

E passeava em rápidas pegadas,
Falando às vezes, e parando a instantes.

IV

Cristo — exclamou — tu padeceste um dia
Quanto, milhões de séculos vivendo,
Não podia sofrer somente um homem:
Porém remiste a humanidade inteira.
Eu, parte dela, sou remido, — e sofro
Debaixo de teu nome. O meu martírio,
Férreo fantasma que pesado marcha
Co'o vagar do que vai degraus da força
Que mãos de infames lá no céu prenderam,
É vão, é vão. O sangue, que destilo
Gota por gota das rasgadas veias,
Cai inútil no chão. Regada dele
A linda ervinha, horripilando, expira.
Eu mesmo, eu vejo arrepiar-se a terra,
Se uma golfada deste sangue a ensopa.
Tudo reprova o sacrifício estéril!

Deus! teu filho deixou teu seio eterno
Para salvar a humanidade, —e eu sofro
Debaixo de teu nome inúteis penas!

Déspotas d'alma, déspotas do peito
Sujeitaram à dor, à raiva, ao crime
Os simplices do Cristo. A natureza,
Norma por Deus nos corações plantada
Aquém e além da vida, em rudos tratos,
— Não, não morreu, — mas transformou-se ao todo.
Nas praças de Sião, montões de povo
De vário modo entre clamor seguiam
O herói da redenção. Falando aos homens
Co'esse estilo aos Demóstenes ignoto
Pronunciou uma palavra, — e as selvas,
As solidões, os leoninos antros
Pareceram gemer co'o peso de homens.

As cidades cristãs, co'a mão na face,
Com redomas de sangue em torno aos olhos,
O flébil grito de Raquel sem filhos
Levantaram de novo. Órfãs mesquinhas
Aos altos da montanha em ânsias sobem.
Clamam de lá pelo cantor dos trenos.

Cansam em breve, — e descansar procuram
Sobre o tronco do cedro. O espectro negro...
Seu nome — ASSOLAÇÃO — ... co'a imensa mole
Surgiu de um boqueirão que abriu o inferno.
Seu colo reclinou lá no oriente,
E co'a ponta de um pé bateu no ocaso,

Onde inclinado o sol tremeu três horas.

E as cidades cristãs, co'a mão na face,
Com redomas de sangue em torno aos olhos,
Espavoridas, por seus filhos clamam,
— Clamam, fugindo e lamentando embalde.

Voltai, voltai das solidões, das selvas,
Piedosos cristãos. Alguém mentiu-vos,
Alguém vos disse o que não disse o Cristo.
Deus não é misantropo: estima a todos,
Como outrora os formou nos campos de Ásia.

Por seus dedos miríficos formado
Foi a família o molde do universo.
Conselho aos anjos — não liame eterno —
Foi do Cristo a palavra. Ímpios devotos,
Piores que os ateus, mancharam tudo.
'Té com seu Deus hipócritas sofismam.
Deus não é misantropo: estima os homens,
Como outrora os formou nos campos de Ásia.

— Não sofismamos, não. Essa palavra
Lede-a no livro eterno: intacta existe.
Ninguém, ninguém pôde aumentar-lhe um ápice.
São imutáveis sempre as letras dele.
Lede outra vez, e meditai mais serio,
E depois conclui.—

Sim! que eu conclua
O opróbrio a vós ou a blasfêmia ao Cristo!
Oh! que infames que sois! Co'a face em risos
Podeis guardar tão atro fel no peito!
Quereis a conclusão? — tomai-a, hipócritas,
Tomai-a em mim.

Não vedes nos meus olhos
Fervendo a insânia? e exasperado o monge
'Té ao meio da fronte alçava os cílios.—
Não vedes manchas de livor de ferro
No côncavo das faces, onde outrora
Pintou-me a natureza ardentes rosas?
Não ouvís minha voz? profunda e rouca,
— Como encontrando espedaçados órgãos,
No peito forma-se e lá mesmo expira.
Quereis saber a causa? ouvi-me, hipócritas.

V

Em bagas de suor banhado o rosto
Estava o monge. Os encrespados cílios
Ora emendavam-se ao topete acima,
Ora desciam ocultando os olhos,
Como dois fachos moveis, suspendidos
Na vastidão da palidez da fronte
Por uma oculta linha. As mãos, o corpo
Tremiam... que abismei-me!

Estanque e mudo

Algum tempo ficou. Depois olhando
Em derredor de si, qual ante o povo
Lá na tribuna o orador prepara,
Para romper, os ademães co'a idéia,
Abriu de novo os ressequidos lábios
C'um gesto que punhal cortou-me as fibras.

Antes de abrir-se-me a paixão no peito,
Quando em botão as afecções me estavam,
Fui arrojado aos cárceres eternos.
Inda incerta a razão, tímida e néscia,
Balbuciava apenas. Tenra infante
Pronunciava, arremedando os homens,
Qualquer primeira voz que ouvia acaso:
Perdido viajor, no campo à noite
Ao longe divisando a luz que a terra
De seus hálitos pútridos acende,
Lá vai, lá corre em ânsias após ela,
E chega, e topa co'a ilusão, co'o nada.
Fantasia infantil era-me tudo.

Julgava o pirilampo estrela em terra,
Anjos do mar a rútila ardentia,
Palácio de ouro o sol, estofo as nuvens,
Mágica fada a virgem que eu amava,
Que eu temia depois, fugindo dela
Co'o peito aceso de paixões ignotas,
Que parecia-me aguçadas dores,
Tanto que eu cria na justiça humana,
Tanto que eu respeitava a Deus e aos velhos!
E um velho... um velho... — atroador remorso,
Se és um suplício, vingame daquele, —
Um velho me falou. Qual no deserto,
Querendo Satanás tentar ao Cristo,
Subindo ao alto, lhe amostrava o mundo,
Tal sequioso me agarrara o velho
Para apontar-me ao céu. Depois tremendo
— Ímpio! nem o porvir falta ao remorso, —
Mostrou-me o templo não — mostrou-me horrendo
Um edifício negro, erguido e vasto,
Manchando o azul do céu.

Que vês, infante?

Ele mo perguntou.

Que vejo? — aquela

Pasta de lama escurecendo os ares.
Amas o céu?

E porque não, bom velho
Não é tão belo o céu? O anil que o pinta
Não é melhor de perto? A estrela dalva,
Que vem correndo assim antes da aurora,
Não é, talvez, um pássaro de prata,
Que eu poderei prender, chegando a ele?
Não é um berço tão bonito a lua,
Que sempre, e sem que pare, embala a infantes?
Não posso um dia, de manhã, sozinho,

Sem acordar ninguém, chegar-lhe à beira,
Algumas gotas aparar de orvalho,
Lavar-lhe aquelas nódoas, — e mais bela
Torná-la depois disto? — Ah, velho, escuta:
Eu quero o céu: mas dizem que p'ra tê-lo
É preciso morrer?

Pobre inocente,
Não é preciso, não. Querê-lo basta.
Querer somente e entrar. Não vês, infante?
Vai-se p'ra lá por terra: — a porta dele
Ei-la visível acolá bem franca.
Tão feia, velho? — a porta dele — aquela
Pasta de lama escurecendo os ares?

Por fora, infante...

E, velho, é só por fora?
Mas ah! por fora eu vejo o céu tão lindo!

E toda a tarde me chamava o velho,
E me apontava ao céu, — qual no deserto,
Querendo Satanás tentar ao Cristo,
Subindo ao alto lhe amostrava o mundo.

E acostumou-me: — e eu já chamava aquela
Pasta de lama escurecendo os ares
Co'o nome, oh! sim, de céu. Infante ainda
Blasfemei, blasfemei co'os lábios do ímpio.

Tu foste criminoso, oh velho indigno,
De meus nefandos obrigados atos.

VI

És réu, és réu, — Atroador remorso,
Se és um suplício, vingame daquele.

Tu, anjo aterrador, que o sono travas
Do mau que apenas adormece, e acorda
Ânsio, torvado nas visões que inspiras,
À minha justa voz das trevas surge,
Corre, vem com teu séquito de fúrias,
Tu, ministro das cóleras do Eterno.
Povoa o leito seu de horríveis serpes,
De visões, de tortor: — vingame dele.
Basta-lhe só na vida este castigo,
O mais tenha-o depois no inferno mesmo.
E vim depois, — e num furor sagrado,
Louco religioso, entrei num templo.
Com lágrimas de amor — devota insânia! —
Prostrei-me soluçando ao pé das aras,
No jaspe dos degraus. Ali co'o choque
Do corpo ardente em flamas de delírio
Sobre o frio do chão, senti... Quem pode
Verter esse mistério em língua de homem?
Não! ali, sem ação, caído ao longo,

Não, não morri. Minh'alma tão somente
Sem idéias parou: pensar não pôde.
Sumiu-se, aéreo pó, a inteligência.
Ficou-me o coração fervendo em sangue,
Vulcão represso, — e congelado o corpo
Unido ali co'a pedra. Estatua em terra,
Ídolo gêsseo que do altar caíra,
Não sei que mundo foi, não sei que abismo
Que confuso habitei. Súbito estrala
Funéreo canto que evocou-me à vida,
Dizendo — morto — em destroçadas vozes.
Depois alguma destra ergueu-me o corpo,
E vi... Não sei que vi... Cegou-me os olhos
O vítreo grosso das sanguíneas lágrimas.
Pulvérea sombra de subtil memória
Faz-me pensar que li. Prece ou contrato
Não sei que foi. Um juramento eterno
Fiz ao Senhor sobre os altares dele?
Não lembra-me, não sei. Somente o dizem
Estanhos homens, de negror vestidos,
— Homens? quem sabe se demônios eram?
Serafins infernais, do inferno falam,
E seu irmão, satânicos, me chamam!
Co'a voz tremenda, ameaçando as fúrias,
Dizem que fiz um imortal protesto,
Que há de seguir-me ao céu que ouviu-me as vozes,
Que há de seguir-me aos penetrais do abismo.
Clamam — infames! — que co'as próprias unhas
Rasguei, abri o coração ao Cristo,
E com seu sangue borrifei meus lábios,
E com seu sangue sigilei meu pacto.

Quando, esgotada essa visão terrível,
Visão que a dor me realiza e a raiva,
Olhei-me a mim, desconheci-me quase.
É bem real, Pitágoras, teu sonho!
O Démon que inspirava-te era um anjo.
Dos arcanos do céu alguns tiveste.
As almas dos mortais transmigram, passam
De corpo em corpo, ou duma essência em outra.
Corpo nem alma os mesmos me ficaram.
Homem que fui não sou. Meu ser, meu todo
Fugiu-me, esvaeceu-se, transformou-se,
Vivo; mas acabei meu ser primeiro.
Lábil reminiscência inda me antolha
Fugazes sombras da passada vida.
Para maior suplício, aqui num quadro
Esses dois tempos comparados vejo
Ante mim sempre, que os refuso embalde.

Eu te creio, Pitágoras, nos sonhos!
As almas dos mortais transmigram, passam
De corpo em corpo, ou duma essência em outra.

Se eu não morri, sou trânsfuga da vida.
Dista, dista de mim minh'alma antiga.

A toga férrea que estreitou-me os artos,
Como azinhavre devorou-me as carnes
Osso, esqueleto, pelas fibras prezo,
Vou caminhando, — e caminhando rinjo.
Folga, Loyola: — eu preenchi teu mando.
Até te entrego o teu supérfluo «quase.»
Eu sou cadáver, sou! — Olha-me e julga.

É pouco ainda este sofrer tão duro
Feito por vós, hipócritas sagrados?
Não basta aqui a conclusão das dores?
Vossos troféus, que em lágrimas se ensopam,
Enegrecidos, úmidos de sangue,
Cruor gotejam dos rasgados peitos,
Que lancinados dos seus topes pendem,
— E a glória vossa não se farta iníqua,
E não vos pode encher vítima tanta?
Polifemos cruéis, milformes hidras,
Monstros piores que os horríveis monstros
Que a mão de Homero bosquejava o medo,
Portentos de terror — quereis mais pasto?
Pois sim! —Abri as leoninas garras,
E destampai vosso infernal sarcasmo!
De vosso instinto a furiosa insânia
Vou talvez saciá-la. Ouvi-me ainda.

VII

Marmóreo cárcere apertou-me os ossos
Carcomidos, esquálidos, sem forma,
— E o dom que extrema os animais e os homens
Aqui perdi-o. Oh tu, filho do Eterno,
Ouve meu brado acrisolado e puro
No lar do coração — que aflito o amaste!
Uma palavra te pulou dos lábios,
Gládio de fogo, onipotente e santa,
— E nela voa a liberdade aos povos.
Uma palavra também salta em chamas,
Gládio de enxofre, peçonhenta e grande,
Desse rival que Tântalo te emula,
— E nela voa a escravidão dos povos.
Filho do Eterno que impossíveis podes
'Té quando em burla deixarás teu reino?
Cai debaixo do inferno o mesmo Empíreo!
Deus! em teu nome Satanás impera!
Aqui nos claustros os demônios moram,
— E o monge verga ao desespero o colo,
E julga mão divina a mão que o toca,
E blasfema do Cristo, e as aras cospe,
E a cruz e a Bíblia entre delírios pisa.
A crença augusta que no peito aperta,
Que no leite materno haurira infante,
Que nos cristais da dor sair procura,
Disse — Sois livres — indistinta aos homens,
E diz ao monge — Escravo! — E o monge insano
Pisa mais uma vez a cruz e a Bíblia.

Tal o furor que a escravidão excita!

Tal sou, tal è o monge, — ente não-homem
A quem privou-se a liberdade, — e nela
Privada topa a consciência em nada.
O crime e a raiva no seu peito habitam.
Cobrem-lhe a face mascaras de louça,
Onde um sorriso angélico se imprime
Nos templos e nas praças. Em sua alma
Contínuo instigações malvadas fervem.

Que celerados espantosos planos
Não têm nascido aqui! Frontais anosos,
Tetos sombrios, seculares muros,
Respondei-me, falai. Em vosso espaço
Co'o dia emenda-se a mudez da noite?
Oh! quanto prova este silencio eterno!
Se eu fora ao mundo arremessado acaso,
Em qualquer pólo, no torrão, no gelo,
A estas horas meditara em crimes?
Blasfemara de Deus perante a lua,
Cujo orvalho. me queima? O leito, o sono
Ser-me-ia travado â meia-noite?
Mais aflitivo que o labor de escravo,
Ócio infamante, eu te renego em balde!
Geram-se os vícios em teu mole seio,
E te beijando, e te cingindo o colo,
Boceja, estira-se a lascívia, — e dorme.
Trucida as almas solidão forçada,
Barbariza, asselvaja. As pandas azas
Bate a virtude, e nas famílias poussa.
Tenra plantinha, nos desertos nasce
Um certo amor que abandonado expira,
Ou torrentes de tóxicos dimana.
Aqui o coração se volve em raio,
Os ossos em punhais, a mente em fúria.
Aqui em fel a inspiração se embebe.
Aqui de opróbrio a candidez se mancha.
Aqui converte-se a virtude em crime.
Mas ah! lá chama às orações o sino!
Um sacrilégio mais! Senhor! perdoa!
Vou emendar imprecações com salmos.
Vai em teu templo reboar meu brado,
Que aos céus não sobe, cavernoso e rouco.
Minha voz, minha voz conspurca as aras,
Irônica e gelada. Em atro cofre
Ardem-me dentro renegados gritos.
Cada palpite maldições me clama.
Blasfêmia pulsam-me as artérias todas.
Senhor! eu não sou réu, — tu bem o sabes,
De sacrilégio tal! Perdoa ao ímpio,
— Ao ímpio feito por mais ímpios que ele.

Agora ride, hipócritas sagrados!
Eis-aqui vossa obra. Algozes, vede-a!
É cruel, como vós; mirai-vos nela.

Não mais clameis que edificou-a o Cristo.
Contumélia infernal! — Senhor! teu filho
Fora teu filho, se criasse os males?

VIII

Na torre havia-se calado o sino,
E o eco apenas ressoava ao longo.
Também o monge emudeceu com ele,
Fechou a cela, e caminhou soturno
Pelas naves afora. Um som compresso,
Quase carpido, na abafada cela,
Ficou ainda a refletir-lhe as vozes.

E eu ali, embevecido em ânsias,
Fiquei chorando, —e lamentei-lhe a sorte.
Aos montes do Senhor ergui meus olhos,
E disse uma oração. Rezando ainda,
Senti nas veias afluir-me a calma,
— E cri que o monge a conseguiu comigo.
Inda corria a viração da noite
Com fresca madidez. Pedi-lhe as azas,
E fui saudoso a meditar meus carmes.

EL APÓSTATA CANCIÓN DEL CATÓLICO

¿No sientes por sobre el rostro,
Como un rayo inopinado,
Ese anatema sagrado,
Esa férrea excomunión?
¿No sientes la espada desnuda
De Roma en tu semblante,
De Roma, — eterno gigante,
Sosteniendo infiernos en la mano?

¡Ah, triste, perjuro infame,
Que olvidas ese legado,
Santa herencia del pasado,
Santa creencia de Jesús!
¡Que a negras vorágines descienes,
Y juzgas que al cielo te elevas!
¡Que por torbellinos de tinieblas
Cambias un reino de luz!

¡Ah, triste, que te abismaste
En un precipicio insondable
Con ese orgullo execrable
Que Luzbel inspira a los suyos!
¡Que dos veces perdiste
Ese dominio sagrado,
Paraíso rescatado

Con la sangre pura de Dios!

iAh, triste, que despedazaste,
Con sacrilegio altivo,
El juramento prestado
Junto a la fuente bautismal!
iCon el perjurio que hiciste,
Tú, infante estremecido,
Clavaste un puñal buido
En el corazón paternal!

iAh, triste, que te desgarras,
De caída en caída pasando,
Como del monte rodando
Acostumbra la piedrita a venir!
iAh!, ¿dónde, cristiano perjurio,
Parará tu despeño infinito?
¿O irás siempre cayendo
De uno en otro nadir?

iAh, triste, que insano clamas,
Con tus sofismas cruentos,
Que de libres pensamientos
Necesita el espíritu tuyo!
Y con Lutero te abrazas,
Tú, apóstata ignorante,
En la convicción protestante,
Preludio cierto del ateo!

iVe, apóstata, perjurio,
Con ese rayo grabado,
Ese anatema sagrado,
Esa férrea excomunión!
¿No sientes la espada desnuda
De Roma en tu semblante,
De Roma, — eterno gigante,
Sosteniendo infiernos en la mano?

O APÓSTATAS CANÇÃO DO CATÓLICO

Não sentes por sobre a face,
Como um raio inopinado,
Esse anátema sagrado,
Essa férrea excomunhão?
Não sentes a espada nua
De Roma no teu semblante,
De Roma, — eterno gigante,
Sustendo infernos na mão?

Ah! triste, perjurio infame,
Que esqueces esse legado,
Santa herança do passado,
Santa crença de Jesus!

Que a negras voragens desces,
E julgas que ao céu te elevas!
Que por turbilhões de trevas
Tocas um reino de luz!

Ah! triste, que te abismaste
Num precipício insondável
Com esse orgulho execrável
Que Lusbel inspira aos seus!
Que duas vezes perdeste
Esse domínio sagrado,
Paraíso resgatado
Co'o sangue puro de Deus!

Ah! triste, que espedaçaste,
Com sacrilégio altanado,
O juramento prestado
Junto à fonte batismal!
Co'o perjúrio que fizeste,
Tu, infante estremecido,
Cravaste um punhal buído
No coração paternal!

Ah! triste, que te desgarras,
De queda em queda passando,
Como do monte rolando
Costuma a pedrinha vir.
Ah! onde, cristão perjuro,
Parará teu baque infindo?
Ou irás sempre caindo
De um em outro nadir?

Ah! triste, que insano clamas,
Com teus sofismas cruentos,
Que de livres pensamentos
Precisa o espírito teu!
E com Lutero te abraças,
Tu, apóstata ignorante,
Na convicção protestante,
Prelúdio certo do ateu!

Vai, apóstata, perjuro,
Com esse raio gravado,
Esse anátema sagrado,
Essa férrea excomunhão!
Não sentes a espada nua
De Roma no teu semblante,
De Roma, — eterno gigante,
Sustendo infernos na mão?

EL CONVERSO CANCIÓN DEL LIBERTINO

Templo, abismo de Dios, ábreme el seno.
Quiero arrojarme a dédalos de tinieblas,
A dédalos de luz. Necesitan los hombres
De esos misterios que a la razón fascinan.
Aunque después se cierre en noche,
El rostro de un crepúsculo me agrada.
Templo, abismo de Dios, ábreme el seno.

¡Salve, Religión, sublime idea,
Que tanto encantas, hechicera, a las almas!
¡Sobre tu inventor mil bendiciones caigan!
¡Profeta del Señor, sea tu nombre
Aún más allá de los siglos bendito!
Diste en una ilusión un gozo a los hombres.
Templo, abismo de Dios, ábreme el seno.

¡En mi orgullo te desmigajé insano,
Te pisé a los pies, encantadora creencia!
Juzgué encontrar en la libertad un muro.
Encontré polvo, más que la tuya, etérea.
Tú, creencia mía, tú solamente eres firme.
Disipas un remordimiento a los pies de un padre.
Templo, abismo de Dios, ábreme el seno.

Mil santos tuyos, con los corazones afuera,
A los rechazados de Dios consuelan.
Siempre seguro estoy con la creencia mía.
Tengo, en falta de Dios, quien llame aún.
Con áureos serafines, gentiles arcángeles,
Tú, creencia mía, los errores me rodeas.
Templo, abismo de Dios, ábreme el seno.

Llevado en torbellinos de excelsos crímenes,
Hasta ahora estuve en báratros de inferno.
No me acuerdo de lo que vi: mas sé que erraba
Por lagunas de asfalto, aires de azufre.
Tú, de allá me sacaste, oh, creencia mía.
¡Más bellos son tus insondables errores!
Templo, abismo de Dios, ábreme el seno.

Soy cristiano otra vez: soy tuyo: venciste.
Quiero arrojarme a dédalos de tinieblas,
A dédalos de luz. Necesitan los hombres
De esos misterios que a la razón fascinan.
Aunque después se cierre en noche,
El rostro de un crepúsculo me agrada.
Templo, abismo de Dios, ábreme el seno.

O CONVERSO

CANÇÃO DO LIBERTINO

Templo, abismo de Deus, abre-me o seio.
Quero arregar-me a dédalos de trevas,
A dedados de luz. Precisam homens

Desses mistérios que a razão fascina.
Ainda que depois se cerre em noite,
A face de um crepúsculo me agrada.
Templo, abismo de Deus, abre-me o seio.

Salve, Religião, sublime idéia,
Que tanto encantas feiticeira as almas!
Sobre teu inventor mil bênçãos caiam!
Profeta do Senhor! seja o teu nome
Ainda além dos séculos bendito!
Deste numa ilusão um gozo aos homens.
Templo, abismo de Deus, abre-me o seio.

Em meu orgulho esmigalhei-te insano,
Pisei-te aos pés, encantadora crença!
Julguei achar na liberdade um muro.
Achei poeira, mais que a tua, etérea.
Tu, minha crença, tu somente és firme.
Espancas um remorso aos pés de um padre.
Templo, abismo de Deus, abre-me o seio.

Mil santos teus, co'os corações de fora,
Aos repulsos de Deus consolam mesmo.
Sempre seguro estou co'a crença minha.
Tenho, em falta de Deus, quem chame ainda.
Com áureos serafins, gentis arcanjos,
Tu, minha crença, os erros me rodeias.
Templo, abismo de Deus, abre-me o seio.

Levado em turbilhões de excelsos crimes,
Té gora estive em báratros de inferno.
Não me lembra o que vi: mas sei que errava
Por lagoas de asfalto, ares de enxofre.
Tu, de lá me arrancaste, oh crença minha.
Mais belos são teus insondáveis erros!
Templo, abismo de Deus, abre-me o seio.

Sou cristão outra vez: sou teu: venceste.
Quero arrojar-me a dedados de trevas,
A dedados de luz. Precisam homens
Desses mistérios que a razão fascina.
Ainda que depois se cerre em noite,
A face de um crepúsculo me agrada.
Templo, abismo de Deus, abre-me o seio.

ELLA

Yo le quería tanto, así como los des-
graciados quieren a los que los
estiman.

EUGENIO SUE.

Yo sé, oh virgen, que en tu pecho inocuo
Tengo palpitos, allá. Sé que tu alma

Se quedó pensando en las ideas altas,
Que te inspiré profundo.

Aún en tus ojos reconozco a lo lejos
Todo mi pensamiento. Alto grabada
En tu mente mi mente existe.
Me perteneces para siempre.

Te rasgué, sí, del corazón más íntimo
Un velo cerrado de inocencia fatua.
Mas no te maché: quise que quedases
Casta, así misma, — y sabia.

Tal en la floresta la cándida palomita
Penetra al nido del amoroso palomo:
Y como de antes, en los rosales florecientes,
Va arrullando aún.

No, no temo de ti. El amor que sientes
No es de la tierra no, — ni sigue al cuerpo.
El amor que sientes, ni contigo expira.
Es más que inmortal.

Has de amarme en la tierra, — y más allá de los astros,
Yo te enseñé un sentimiento eterno.
¡Contra mi voluntad, la tuya, la del mundo, la de los ángeles,
Oh, has de amarme siempre!

No te forcé, ni te prendí con hierros.
Tu voluntad es, como de antes, libre.
Pero voluntaria ni coacta puedes
Amar a otro amante.

Un vate, un vate uniote a los senos,
Tu dístele el perfume de tus labios.
El nudo del abrazo te estrechó su cuerpo.
Lo demás fue un poema.

Tu recibiste los hálitos de un vate.
Tú le bebiste la inspiración a tragos.
El fuego que del cielo le desciende en lenguas,
¡Mujer, también te ardió!

Para los hombres de Dios fuiste sagrada.
Pudiste serles de los misterios consciente.
Eres, oh, vestal, la cómplice divina
De los celestes oráculos.

Estás ahora iniciada eternamente.
Me amaste: yo te quise. Te juzgué digna
De serme la Sibila de mis cantos,
El ángel de mis versos.

Has de amarme en la tierra, — y más allá de los astros,
Yo te enseñé un sentimiento eterno.
¡Contra mi voluntad, la tuya, la del mundo, la de los ángeles,
¡Oh, has de amarme siempre!

Yo sé que un negro, espantoso fantasma
Con las alas de bronce te aparece en la noche,
Y dejándote la palidez manchada,
Te grita — ¡Monje! — y pasa.

Yo sé que envuelto en la locura aérea
Del medio día te revuela un silfo³⁰,
Que en lo cóncavo del alma se te enrolla,
También diciendo — ¡Crimen! —

Rayas de sangre, de mañana, te cortan
El blando añil que te nada en los ojos.
Y así más bella, temerosa y pálida,
Piensas en mí, —y lloras.

En presencia de la aurora, a los rayos de ella,
Allá del trémulo seno en que me escondes,
Arrancas las canciones que me inspiraste
Embriagado con las delicias.

Mis versos cantas para el sol que nace,
Para el gorjeo matinal de los pájaros,
Y de mi harpa las armonías cascas
Con el susurro de los árboles.

Después una sonrisa te sombrea el rostro,
Te limpia la sangre de los añíleos ojos,
Y con el nombre de — Vate — deletreado
Deshacensete las machas.

Los blanquecinos brazos — adversarios del jaspe —
Hacia acá para el sur donde yo habito extiendes,
Y en las alas de la aurora un beso ardiente
Envías a mi cárcel.

Entonces — que pase el tétrico fantasma,
Y grite ahora — ¡Monje! — y truene la campana
Que toca al medio día, y en él envuelto
Proclame el silfo — ¡Crimen! —

¡Qué cielo te puede nublar una sonrisa!
¡Qué espectro puede sustentarte el canto!
¡Qué silfo no desmanchase en los aires
Al soplo de mis versos!

Guarda en el seno el talismán que te di.
Delante de las visiones, mis versos canta.
Insulta los gritos de siniestra envidia,
Que dicen — ¡Monje, y Crimen! —

Contra la voluntad de los mundos, serás mía ahora.
Yo te enseñé un sentimiento eterno,
Has de amarme en la tierra, — y más allá de los astros.
¡Oh, has de amarme siempre!

³⁰ (N. del T.) ser espiritual del aire.

ELA

Eu lhe queria tanto, quanto os desgraçados
querem aos que os estimam.

EUGENIO SUE.

Eu sei, oh virgem, que em teu peito inócuo
Tenho palpites, lá. Sei que tua alma
Ficou pensando co'as idéias altas,
Que te inspirei profundo.

Inda em teus olhos reconheço ao longe
Todo o meu pensamento. Alto gravada
Em tua mente a minha mente existe.
Pertences-me p'ra sempre.

Rasguei-te, sim, do coração mais imo
Um véu cerrado de inocência fátua.
Mas não te nodoei: quis que ficasses
Casta assim mesma, — e sabia.

Tal na floresta a cândida pombinha
Penetra o ninho do amoroso pombo:
E como dantes, nos rosais florentes,
Vai arrulando ainda.

Não, não temo de ti. O amor que sentes
Não é da terra não, — nem segue o corpo.
O amor que sentes, nem contigo expira.
É mais que imorredouro.

Hás de amar-me na terra, — e além dos astros,
Eu te ensinei um sentimento eterno.
Mau grado a mim, a ti, ao mundo, aos anjos,
Oh! há de amar-me sempre!

Não te forcei, nem te preendi com ferros.
Tua vontade é, como dantes, livre.
Mas voluntária nem coacta podes
Amar a outro amante.

Um vate, um vate coligou-te aos seios,
Tu deste-lhe o perfume de teus lábios.
O nó do abraço te estreitou seu corpo.
O mais foi um poema.

Tu recebeste os hálitos de um vate.
Tu lhe bebeste a inspiração aos tragos.
O fogo que do céu lhe desce em línguas,
Mulher! também ardeu-te.

Para os homens de Deus foste sagrada.
Pudeste ser-lhes dos mistérios cônica.
És, oh vestal, a cúmplice divina
Dos celestes oráculos.

Estás agora iniciada eterno.
Amaste-me: eu te quis. Julguei-te digna
De seres-me a Sibila de meus cantos,
O anjo de meus versos.

Hás de amar-me na terra, — e além dos astros.
Eu te ensinei um sentimento eterno.
Mau grado a mim, a ti, ao mundo, aos anjos,
Oh! há de amar-me sempre!

Eu sei que um negro, espantador fantasma
Co'as asas brônzeas te aparece à noite,
E te deixando a palidez manchada,
Te grita — Monge! — e passa.

Eu sei que envolto na pancada aérea
Do meio-dia te revoa um silfo,
Que no côncavo d'alma se te enrola,
Também dizendo — Crime! —

Listras de sangue, de manhã, te cortam
O brando anil que nada-te nos olhos.
E assim mais bela, temerosa e pávida,
Pensas em mim, —e choras.

Em presença da aurora, aos raios dela,
Lá do tremulo seio em que me escondes,
Arrancas as canções que me inspiraste
Travado co'as delicias.

Meus versos cantas para o sol que nasce,
Para o gorjeio matinal dos pássaros,
E de minha harpa as harmonias cascas
Co'o cicio das árvores.

Depois um riso te assombreira a face,
Limpa-te o sangue dos aníleos olhos,
E co'o nome de — Vate — assoletrado
Desfazem-se-te as nódoas.

Os alvos braços — êmulos do jaspe —
Cá para o sul onde eu habito estendes,
E nas asas da aurora um beijo ardente
Envias a meu cárcere.

Então — que passe o tétrico fantasma,
E grite embora — Monge! — e troe o sino
Que toca ao meio-dia, e nele envolto
Proclame o silfo — Crime! —

Que céu te pode anuviar um riso!
Que espectro pode sustentar-te o canto!
Que silfo não desmancha-se nos ares
Ao sopro de meus versos!

Guarda no seio o talismã que dei-te.

Diante das visões, meus carmes canta.
Insulta os gritos de sinistra inveja,
Que dizem — Monge, e Crime! —

Mau grado aos mundos, serás minha agora.
Eu te ensinei um sentimento eterno,
Hás de amar-me na terra, — e além dos astros.
Oh! há de amar-me sempre!

SALUDO
AL NATALICIO DE MI AMIGO OLYMPIO MÁXIMO CHAVES

El mundo antiguo está a las garras
con el moderno.

LACORDAIRE.

I

Quebrad la losa impura que os encierra,
Fantasmas del pasado.
Surgid de la ceniza, oh siglos de otrora,
Oíd, oíd mi clamor.

Dejad en la lápida ese sudario inmundo,
Esa toga de la muerte.
Tomad de la vida, del placer, de las galas
El prominente porte.

Venid a saludar la obra que soñara
Vuestro espirito ardiente.
Venid a bajar la frente respetuosa
Al siglo presente.

Con los ojos largos al porvenir que vemos
Noble tortura sufriste.
Y los lauros inmortales que no ceñiste,
Mirad aquí, — son estos.

Nuevos Bautistas, en la soledad clamasteis,
Clamasteis en la ciudad.
Y a vuestro clamor los puntos cardinales, rechinando,
Sonaron — ¡Libertad!

Honrosa lucha, sublimado anhelo
Fue toda vuestra vida.
Mas no entrasteis, ¡ay!, Moiseses modernos,
En la tierra prometida.

Os asistió cruel el desespero
A la última extorsión.
Disteis aún el postrer respiro
En las manos de la esclavitud.

No pudisteis pisar cuello de bronce
De déspotas colosos.
Mas armas de otro temple forjasteis
Para los venideros vuestros.

Ese fantasma atroz — vestido de crímenes,
Su nombre... Asolación, —
Cayó después de vosotros, — y libre aparece
De Cristo la redención.

Resucitad: vuestro ideal sublime
Venció, triunfa ahora.
Y el semblante de los déspotas que restan
Aterrase, descolórase...

II

Este siglo dichoso
Resume los bienes del pasado.
Bebe la savia de los arbustos
Que mil campiñas han dado.

Tiene la ciencia de los tiempos
Junta con otro ideal,
Como una cumbre variada
De un jardín universal.

Tiene un futuro mimoso
Visión de felicidad.
Tiene dos verbos encarnados
— El Progreso y la Libertad.

III

Y fue, Olympio, un siglo tan grande
Que te dio el Señor.
Te dio con él un corazón altivo,
Lleno de patrio amor.

Te dio la vida en un siglo de vida,
De luz y de verdad.
Te dio la misión de atleta denodado
De la santa Libertad.

Llenote el corazón de amor de la patria
En el más subido exceso.
Llenote el corazón de las simpatías
De los creyentes del Progreso

Así tu pecho entero apenas basta
Para tan grande Numen.
Allí no cabe más. Todo lo que sobra
Extínguese en su lumen.

Mas si acaso en sus íntimos reojos
Un vacío aún existe,
Grabadle allí con la patria el pobre nombre
Del trovador tan triste.

El trovador también ama el progreso,
Respeto el patrio amor.
Si no quemásele esta llama el pecho,
No fuera trovador.

SAUDAÇÃO
AO NATALÍCIO DO MEU AMIGO OLYMPIO MÁXIMO CHAVES

O mundo antigo está às garras com
o moderno.

LACOR
DAIRE.

I

Quebrai a lousa impura que vos fecha,
Fantasmas do passado.
Surgi da cinza, oh séculos de outrora,
Ouvi, ouvi meu brado.

Deixai na campa esse sudário imundo,
Essa toga da morte.
Tomai da vida, do prazer, das galas
O sobranceiro porte.

Vinde saudar a obra que sonhara
Vosso espírito ardente.
Vinde baixar a frente respeitosa
Ao século presente.

Co'os olhos longos ao porvir que vemos
Nobre tortor sofrestes.
E os louros imortais que não cingistes,
Olhai aqui, — são estes.

Novos Batistas, na soidão clamastes,
Clamastes na cidade.
E a vosso brado os cárdines, rangindo,
Soaram — Liberdade!

Honrosa luta, sublimado anelo
Foi toda a vossa vida.
Mas não entrastes, ai! Moisés modernos,
Na terra prometida.

Assistiu-vos cruel o desespero
À ultima extorsão.
Destes ainda o derradeiro espiro
Nas mãos da escravidão.

Não pudestes pisar o brônzeo colo
De déspotas colossos.
Mas armas de outra tempera forjastes
Para os vindouros vossos.

Esse fantasma atroz — vestido a crimes,
Seu nome... Assolação, —
Caiu depois de vós, — e livre assoma
Do Cristo a redenção.

Ressuscitai: vosso ideal sublime
Venceu, triunfa agora.
E o semblante dos déspotas que restam
Aterra-se, descora...

II

Este século ditoso
Resume os bens do passado.
Bebe a seiva dos arbustos
Que mil campinas têm dado.

Tem a ciência dos tempos
Junta com outro ideal,
Como um tope variado
De um jardim universal.

Tem um futuro mimoso
Visão de felicidade.
Tem dois verbos encarnados
— O Progresso e a Liberdade.

III

E foi, Olympio, um século tão grande
Que te deu o Senhor.
Deu-te com ele um coração altivo,
Cheio de pátrio amor.

Deu-te a vida num século de vida,
De luz e de verdade.
Deu-te a missão de atleta denodado
Da santa Liberdade.

Encheu-te o coração de amor da pátria
No mais subido excesso.
Encheu-te o coração das simpatias
Dos crentes do Progresso

Assim teu peito inteiro apenas basta
Para tão grande Nume.
Ali não cabe mais. Tudo o que sobra
Extingue-se em seu lume.

Mas se acaso em seus íntimos refolhos
Um vácuo ainda existe,
Grava-lhe ali co'a pátria o pobre nome
Do trovador tão triste.

O trovador também ama o progresso,
Respeita o pátrio amor.
Se não queimasse-lhe esta chama o peito,
Não fora trovador.

**ME DEJAS
A MI AMIGO Y COLEGA FRANKLIM AMÉRICO DE MENEZES
DÓRIA**

Montserrat 29 de noviembre de
1852.

Estas alpestres rocas, que se apartan,
Dejan vacía la insaciable vista:
La dura ausencia del placer de verlas
La mente me contrista;

Este susurro de las traviesas olas
Causa nostalgias vívidas y tiernas:
Por toda la vida —y más allá de la muerte — dejan
Memorias casi eternas.

Estos sofás de acolchonada hierva
Dejan en el pecho sensaciones de menos:
Dejan la falta del placer más puro,
De los gustos más amenos.

Estas serenas brisas salitradas
Frisando el rostro de las cerúleas aguas,
Adormecen un poco el dolor en el pecho,
Olvidan negras amarguras.

Mas nada de eso en mi ardiente pecho
Tantos volcanes atiza de nostalgia,
Como esta ausencia necesaria y dura
De la dócil amistad.

Y tú, bardo feliz del sentimiento,
Gentil cantor de las afecciones suaves,
— Dulce, así como el gorjear sonoro
De las inocentes aves:

Tú, que sabes cantar tan santos himnos,
Como de los ángeles las canciones supernas,
Me dejas en el alma férvidas nostalgias,
Nostalgias sempiternas.

Me dejas en mar de ansiedad infinita,
Tímido nauta — dudoso, incierto:
Me dejas en el alma el vacío de la existencia,

Me dejas un vano desierto.

DEIXAS-ME

**AO MEU AMIGO E COLEGA FRANKLIM AMÉRICO DE MENEZES
DÓRIA**

Montserrat 29 de novembro de
1852.

Estas alpestres rochas, que se apartam,
Deixam vazia a insaciável vista:
A dura ausência do prazer de vê-las
A mente me contrista;

Este sussurro das travessas vagas
Causa saudades vividas e ternas:
Por toda a vida — e além da morte — deixam
Memórias quase eternas.

Estes sofás de acolchoada relva
Deixam no peito sensações de menos:
Deixam a falta do prazer mais puro,
Dos gostos mais amenos.

Estas serenas brisas salitradas
Frisando a face das cerúleas águas,
Adormecem um pouco a dor no peito,
Esquecem negras mágoas.

Mas nada disso em meu ardente peito
Tantos vulcões ateia de saudade,
Como esta ausência necessária e dura
Da dócil amizade.

E tu, bardo feliz do sentimento,
Gentil cantor das afecções suaves,
— Doce, bem como o gorgear sonoro
Das inocentes aves:

Tu, que sabes cantar tão santos hinos,
Como dos anjos as canções supernas,
Deixas-me n'alma férvidas saudades,
Saudades sempiternas.

Deixas-me em mar de ansiedade infinda,
Tímido nauta — duvidoso, incerto:
Deixas-me n'alma o vácuo da existência,
Deixas-me um vão deserto.

A LA PROFESIÓN
De Frei João das Mercês Ramos

— Mientras tanto el cielo se levanta
sereno y pomposo como para un día
de fiesta.

CARLOS LACRETELLE

Yo también anteví dorados días
En ese día fatal:
Yo también, como tú, soñé contento
Una ventura igual.

Yo también ideé la linda imagen
De la placidez de la vida:
Yo también deseé el claustro estéril,
Como feliz guarida.

Yo también me prostré al pie de los altares
Con júbilo indecible:
Yo también declaré con fuerte acento
El juramento horrible

Yo también afirmé que era muy fácil
Ese voto inmortal:
Yo también prometí cumplir los juramentos
De ese día fatal.

Mas yo no tuve los días de ventura
De los sueños que soñé:
Mas yo no tuve el plácido sosiego
Que tanto procuré.

Tuve más tarde la reacción rebelde
Del sentimiento interno.
Tuve el tormento de los crueles remordimientos
Que me parece eterno.

Tuve las pasiones que la soledad formaba
Creciéndome en el pecho.
Tuve, en lugar de las rosas que esperaba,
Espinas en mi lecho.

Tuve la calumnia tétrica vestida
Por manos a Dios sagradas.
¡Tuve la calumnia — que más libre cubre,
Oh, Dios, vuestras moradas!

¡Nos ilusionamos todos! — Concebimos
Un paraíso eterno:
¡Y cuando en él impacientes tocamos,
Encontramos un infierno!

¡Virgen hermosa entre visión fantástica
Que tan real parece!
¡Mas cuando la mano llega a tocarla casi,
Allá va, allá se desvanece!

Sueño de la infancia que nos trae a los labios
Una risa más que dulce:
Mas una voz, un sonido...— piérdese el sueño,
Como si nunca existiese.

¡Tú, hijo de la esperanza! — tú juraste
Lo que también juramos.
¡Tú crees, inocente, — aún
En todo cuanto creemos!

¡Oh, que no sufra los dolores que nos hieren
Tu joven corazón!
¡Que el futuro que esperas no se torne
Terrible ilusión!

Que sobre nosotros — los hijos de la desgracia —
Levantes un trofeo:
¡Y que no encuentres, — como nosotros encontramos —
Inferno en vez de cielo!

24 de octubre de 1852.

À PROFISSÃO
De Frei João das Mercês Ramos

— Entretanto o céu se levanta
sereno e pomposo como para um dia
de festa.

CARLO
S
LACRET
ELLE

Eu também antevi dourados dias
Nesse dia fatal:
Eu também, como tu, sonhei contente
Uma ventura igual.

Eu também ideei a linda imagem
Da placidez da vida:
Eu também desejei o claustro estéril,
Gomo feliz guarida.

Eu também me prostrei ao pé das aras
Com júbilo indizível:
Eu também declarei com forte acento
O juramento horrível.

Eu também afirmei que era bem fácil
Esse voto imortal:
Eu também prometi cumprir as juras
Desse dia fatal.

Mas eu não tive os dias de ventura

Dos sonhos que sonhei:
Mas eu não tive o plácido sossego
Que tanto procurei.

Tive mais tarde a reação rebelde
Do sentimento interno.
Tive o tormento dos cruéis remorsos
Que me parece eterno.

Tive as paixões que a solidão formava
Crescendo-me no peito.
Tive, em lugar das rosas que esperava,
Espinhos no meu leito.

Tive a calúnia tétrica vestida
Por mãos a Deus sagradas.
Tive a calúnia — que mais livre abrange
Oh Deus! vossas moradas!

Iudimo-nos todos! — Concebemos
Um paraíso eterno:
E quando nele sôfregos tocamos,
Achamos um inferno!

Virgem formosa entre visão fantástica
Que tão real parece!
Mas quando a mão chega a tocá-la quase,
Lá vai, lá se esvaece!

Sonho da infância que nos traz aos lábios
Um riso mais que doce:
Mas uma voz, um som...— some-se o sonho,
Como se nunca fosse.

Tu filho da esperança! — tu juraste
O que também juramos.
Tu acreditas, inocente! — ainda
O quanto acreditamos!

Oh! que não sofra as dores que nos ferem
Teu jovem coração!
Que o futuro que esperas não se torne
Terrível ilusão!

Que sobre nós — os filhos da desgraça —
Levantes um troféu:
E que não aches, — como nós achamos —
Inferno em vez de céu!

24 de outubro de 1852.

CANTO

Ofrecidos a los jóvenes alumnos del Colegio de S. Vicente de Paulo, por ocasión de estar festejando el mismo soneto, a 23 de julio de 1852

Alabad, niños, al Señor.
SALMO

Dos hileras de brillantes jóvenes
Con un dulce reír en los labios,
Derrumbando con los rayos de la elocuencia
A los presumidos sabios:

La voz modesta del cristiano convencido,
Sin odio, sin vanidad,
Despojando los errores del sofisma ornado,
Laureando la verdad:

Los ojos limpios del divino atleta,
Inmóvil, inspirado,
Descortinando la negritud de la infamia
Del siglo pasado:

La turba de los filósofos, sumergida
En las olas más impuras,
Abismando en el inferno, donde bebiolas,
Las sóficas locuras:

Pareciendo cambiado el mundo entero
En planicie infinita,
inmensa: Sólo por las dos filas dominada
De ejército tan denso:

De un resplandor de arcángeles y de luces
En un trono divinal
La cruz sublime, — como el sol que expande
La luz universal:

Curvados todos al sagrado aspecto
Del símbolo cristiano:
Todos, en la fe del creyente, murmurando
Un himno, una oración:

¡He aquí del futuro el placentero cuadro,
El cuadro consumado,
Que por la mano segura de estos jóvenes
Habrá de ser pintado!

¡He aquí el futuro nublado y negro,
Que ya tememos tanto,
Convertido en hosana de alegría,
En jubiloso canto!

Si nuestros padres hiciesen en el pasado,
Cuanto ahora hacemos:

Si en nosotros, sus hijos, creyesen, — como ahora
En estos hijitos creemos:

No sería el presente una palabra
De luto, amargura y dolor:
Ni el futuro un cálculo probable,
Una esperanza solamente!

¡No! — este largo ejército de jóvenes
Atletas de la ciencia,
Contra la voluntad de muchos nos imprime en el alma
El sello de la evidencia.

Los hijos del porvenir, en la misma taza,
La misma leche beben:
La misma nutrición en el mismo plato
Sus corazones reciben.

Este sustento igual, en la flor de los años,
En la infancia de la ciencia,
Ha de darles a las inocentes almas
Una uniforme esencia.

Esencia — como aquella que se forma
Allá en el seno materno:
Esencia, — que jamás ha de mudarse,
Que ha de existir por lo eterno!

Así la vida entera de estos jóvenes,
Atletas de la ciencia,
Será de estos principios, que reciben,
La cierta consecuencia.

Las luces de la ciencia más profunda
Serán su elemento:
La creencia pura del evangelio santo
Será su complemento.

No es, por tanto, una esperanza apenas
La visión del futuro:
¡Es un verso profético y sagrado,
Un cálculo seguro!

¡Ea, pues, — guerreros
Del saber brillante,
Ea, pues, — atletas
De la cruz triunfante!
Levantad un grito,
— El grito de — ¡adelante! —

El grito de — adelante —
Retumbe en los aires:
¡Transponga seguro
Las tierras, los mares:
Penetre en los bosques,
En los intransitables lugares!

El grito de — adelante —
Aterre a los incrédulos,
— A los hombres, que a vuestros
Deseos ardientes
A penas tienen risas,
Escarnios mordaces.

El grito de — adelante —
Revele a los países
Vuestros trabajos,
Fatigas y crisis,
Vuestros triunfos
Sublimes, felices!

El grito de — adelante, —
Cual bálsamo santo,
Cual dulce palabra,
Cual férvido canto,
A los creyentes consuele,
Enjague su llanto.

El grito de — adelante —
Retumbe en los aires:
¡Transponga seguro a
Las tierras, a los mares:
Penetre en los bosques,
En los intransitables lugares!

Adelante, oh jóvenes! — que los esfuerzos vuestros
Dios los corona. El héroe de la caridad,
Vicente, el santo, el amante de la ciencia,
Filósofo también, que sube otrora a
Confundir a filósofos, — extiende
Sus ojos a vosotros. Lindo futuro
Os concedió el Omnipotente.
¡Yo lo veo aún sobre encendida nube
Bajar a aquí, y bendeciros a todos!

«Estad seguros del porvenir, hijos míos,
Que yo voy a guardarlo acá.
El Señor inclinó la vista inmensa:
Compadeciose ya.»

Fue él, sí, que nos habló: oímos
El oráculo divino. ¡Ea! El futuro
Vuestro no puede ser visión que huye!

CANTO

**Oferecidos aos jovens alunos do Colégio de S. Vicente de Paulo,
por ocasião de festejarem o mesmo soneto, a 23 de julho de
1852**

Louvai, meninos, ao Senhor.

Duas fileiras de brilhantes jovens
 C'um doce rir nos lábios,
 Abatendo co'os raios da eloquência
 Os presumidos sábios:

A voz modesta do cristão convicto,
 Sem ódio, sem vaidade,
 Despindo os erros do sofisma ornado,
 Laureando a verdade:

Os olhos limpo do divino atleta,
 Imóvel, inspirado,
 Descortinando a negridão da infâmia
 Do século passado:

A turba dos filósofos, submersa
 Nas vagas mais impuras,
 Abismando no inferno, onde bebeu-as,
 As sóficas loucuras:

Parecendo tornado o mundo inteiro
 Um plano infindo,
 imenso: Só pelas duas alas dominado
 De exército tão denso:

De um resplendor de arcanjos e de luzes
 Num trono divinal
 A cruz sublime, — como o sol que expande
 A luz universal:

Curvados todos ao sagrado aspecto
 Do símbolo cristão:
 Todos, na fé do crente, murmurando
 Um hino, uma oração:

Eis do futuro o prazenteiro quadro,
 O quadro consumado,
 Que pela mão segura destes jovens
 Terá de ser pintado!

Eis o futuro enevoadado e negro,
 Que já tememos tanto,
 Convertido em hosana de alegria,
 Em jubiloso canto!

Se nossos pães fizessem no passado,
 Quanto agora fazemos:
 Se em nós, seus filhos, cressem, — como agora
 Nesses filhinhos cremos:

Não seria o presente uma palavra
 De luto, mágoa e dó:
 Nem o futuro um cálculo provável,

Uma esperança só!

Não! — este longo exército de jovens
Atletas da ciência,
Malgrado a muitos nos imprime n'alma
O selo da evidência.

Os filhos do porvir, na mesma taça,
O mesmo leite bebem:
A mesma nutrição no mesmo prato
Seus corações recebem.

Este sustento igual, na flor dos anos,
Na infância da ciência,
Há de lhes dar às inocentes almas
Uma uniforme essência.

Essência — como aquela que se forma
Lá no seio materno:
Essência, — que já mais há de mudar-se,
Que há de existir eterno!

Assim a vida inteira destes jovens,
Atletas da ciência,
Será destes princípios, que recebem,
A certa conseqüência.

As luzes da ciência mais profunda
Serão seu elemento:
A crença pura do evangelho santo
Será seu complemento.

Não é, por tanto, uma esperança apenas
A visão do futuro:
É um verso profético e sagrado,
Um cálculo seguro!

Eia, pois, — guerreiros
Do saber brilhante,
Eia, pois, — atletas
Da cruz triunfante,
Levantai um brado,
— O brado de — avante! —

O brado de — avante —
Retumbe nos ares:
Transponha seguro
As terras, os mares:
Penetre nos bosques,
Nos ínvios lugares!

O brado de — avante —
Aterre os descrentes,
— Os homens, que a vossos
Desejos ardentes
Apenas têm risos,
Escárnios mordentes.

O brado de — avante —
Revele aos países
Os vossos trabalhos,
Fadigas e crises,
Os vossos triunfos
Sublimes, felizes!

O brado de — avante, —
Qual bálsamo santo,
Qual doce palavra,
Qual férvido canto,
Aos crentes console,
Enxugue seu pranto.

O brado de — avante —
Retumbe nos ares:
Transponha seguro
As terras, os mares:
Penetre nos bosques,
Nos ínvios lugares!

Avante, oh jovens! — que os esforços vossos
Deus os coroa. O herói da caridade,
Vicente, o santo, o amante da ciência,
Filósofo também, que soube outrora
Confundir a filósofos, — estende
Seus olhos para vós. Lindo futuro
Impetrou para vós do Onipotente.
Eu vejo-o mesmo sobre acesa nuvem
Baixar aqui, e abençoar-vos todos!

«Sede seguros do porvir, meus filhos,
Que eu vo-lo guardo cá.
O Senhor inclinou a vista imensa:
Compadeceu-se já.»

Foi ele, sim, que nos falou: ouvimos
O oráculo divino. Eia! o futuro
Vosso não pode ser visão que foge!

NOSTALGIA

A mi amigo Fray Bento da Trindade Cortez, actualmente en el Monasterio de Rio de Janeiro

... porque las lágrimas también son
amor.

DB. J. J. B. DE OLIVEIRA.

En mis horas de nocturno insomnio,
Con los ojos fijos en el porvenir lejano,
Yo pienso en mí, — Y en la segunda idea
Encuéntrome contigo.

Yo te lloro en el arrebol de la aurora,

Que en tu exilio meditando esperas.
Envuelto en un crepúsculo te diviso
Deplorando tus hados.

En las nubes tinturadas de sanguíneas rayas
Lagrimas vierto que sobre ellas mando.
Parten, — sin embargo, del caminar cansadas,
Decaen en el océano.

Desesperado entonces, maldigo el espacio,
Maldigo el cielo y la tierra, lo vacío y lo pleno.
En cada creación deparo un error.
No encuentro a Dios tan sabio.

Y en mi alma se dibuja vivamente
Mejor, más bello, más dichoso un mundo.
Arrojado de la nada, sin ausencia y males,
Un orbe todo nuevo.

El amor de la patria que los tiranos prohíben
No lloraría maldiciones y sangre.
Ni tú ni yo seríamos cortados
Por divisiones de abismos.

Mas cuando aún no acabo el sueño,
Diviso armadas que van mar afuera.
Despierto, y caigo en los aéreos brazos
De la quimera sublime.

Y más amargo te lamento la suerte,
Tú, mártir hecho por las manos de los bonzos³¹.
Invoco al cielo que esparcirá sobre ellos
Alabastros de anatema.

Ligando a mí tu corazón dolorido,
Que a tus amigos como prenda dejaste,
Tanteo en él las emociones tan vivas,
Que en tu destierro sufres.

Conozco las aflicciones que te acometen,
Noble proscrito. El sol, la luna, los astros
Cruzan tu punto, y tráenme sinceros
Tus ingenuos dolores.

¡Sí, para los claustros no nació tu alma!
Tu corazón no te palpita — Monje.
Ni tan bajo tus Ímpetus se arrastran,
Que una cárcel los contente.

En ese vasto palor que te orna a frente,
— Señal de los hombres de profundo genio,
Yo leo la grande e intrépida idea,
Que no cabe en los claustros.

Deserta, oh genio, de la cueva inmunda,

³¹ (N. del T) Esta palabra en portugués hace referencia a un hipócrita, al mismo tiempo que a un jesuita.

Donde el león de los vicios se encubre.
¡Ah, esta celda, donde la indolencia duerme,
No puede, no, ser tuya!

Coral guardado en las fluviales urnas,
¿Quién ha de arrancarte del piélago profundo?
¿No serías más bello, en áureo engaste,
En el regazo de una virgen?

Bahía 5 de agosto de 1854.

SAUDADE

Ao meu amigo Frei Bento da Trindade Cortez, atualmente no Mosteiro do Rio de Janeiro

... porque lágrimas também são
amor.

DB. J.
J. B. DE
OLIVEI
RA.

Em minhas horas de noturna insônia,
Co'os olhos fitos no porvir longínquo,
Eu penso em mim, — e na segunda idéia
Encontro-me contigo.

Eu te pranteio no arrebol da aurora,
Que em teu exílio meditando esperas.
Envolto num crepúsculo te enxergo
A deplorar teus fados.

Nas nuvens tintas de sangüíneas listras
Lágrimas verto que sobre elas mando.
Partem, — porém do caminhar cansadas
Descaem no oceano.

Desesperado então, maldigo o espaço,
Maldigo o céu e a terra, o vácuo e o pleno.
Em cada criação deparo um erro.
Nem acho Deus tão sábio.

E na minh'alma se desenha ao vivo
Melhor, mais belo, mais ditoso um mundo.
Tiro do nada,, sem ausência e males,
Um orbe todo novo.

O amor da pátria que os tiranos banem
Não choraria maldições e sangue.
Nem tu nem eu seríamos cortados
Por divisões de abismos.

Mas quando ainda não acabo o sonho,
Diviso armadas que vão mar em fora.
Desperto, e caio nos aéreos braços
Da quimera sublime.

E mais amargo te lamento a sorte,
Tu, mártir feito pelas mãos dos bonzos.
Invoco o céu que entornará sobre eles
Alabastros de anátema.

Ligando a mim teu coração dorido,
Que a teus amigos em penhor deixaste,
Tateio nele as emoções tão vivas,
Que em teu desterro sofres.

Conheço as aflições que te salteiam,
Nobre proscrito. O sol, a lua, os astros
Cruzam teu ponto, e trazem-me sinceros
Tuas ingênuas dores.

Sim! para os claustros não nasceu tua alma.
Teu coração não te palpita — Monge.
Nem tão baixo teus Ímpetos serpeiam,
Que um cárcere os contente.

Nesse vasto palor que te orna a fronte,
— Sinal dos homens de profundo gênio,
Eu leio a grande e destemida idéia,
Que não cabe nos claustros.

Deserta, oh gênio, do covil imundo,
Onde o leão dos vícios se alaparda.
Ah! esta cela, onde a indolência dorme,
Não pode, não, ser tua.

Coral guardado nas flumíneas urnas,
Quem há de te arrancar do equóreo fundo?
Não serias mais belo, em áureo engaste,
No colo de uma virgem?

Bahia 5 de agosto de 1854.

A LOS TÚMULOS

Pobre, grosero, no numeroso, ¿qué
importa eso? Para predicar a las
tablas de un ataúd cualquier pe-
queña fuerza basta.

ALEXANDRE HERCULANO.

¡A los túmulos, a los túmulos, harpa mía!
Lloremos sobre la lápida olvidada
De los hombres que ya fueron.
El cielo acepta el llanto de los pequeños.
No te acobardes, no. Vamos, harpa mía,
A deponer también en la losa de los finados,
Como la viuda, un óbolo mezquino,
Mezquino sólo en la tierra. Más allá de las nubes

Un tesoro se torna a los pies del Eterno.
 Tu misión, harpa mía, es grande, es grande:
 — Santifiquémonos a la muerte.
 ¡A los túmulos, a los túmulos, harpa mía!
 Del pináculo del monasterio retruena el bronce,
 Y de fúnebres sonidos a los aires llenan,
 Como la tremenda voz de la eternidad,
 Que las nubes baja, y piérdese en lo inmenso.
 ¡Bien!—este sonido dice—¡muerte!—y place a los tristes,
 ¡Complácenos, harpa mía!
 No te asuste, por tanto, la voz amiga,
 Que ha de llorar por nosotros, contra la voluntad de los vivos,
 Cuando no seamos más!
 Tu misión, harpa mía, es grande, es grande:
 — Santifiquémonos a la muerte.
 ¡A los túmulos, a los túmulos, harpa mía!

¡Pobre instrumento, —tus áureas cuerdas,
 Donde pulsabas el placer y la vida,
 Estallaron por sí! — Estas que sobran
 Sean sagradas a la tristeza y al luto.
 Amarguras solamente te restan. Enmudece,
 O canta, sollozando, las amarguras mismas.
 ¿Estás cansada de llorar tan joven?
 ¿Ya no son tu esencia los grandes dolores,
 Tu alimento las lágrimas?
 Tu misión, harpa mía, es grande, es grande:
 — Santifiquémonos a la muerte.
 ¡A los túmulos, a los túmulos, harpa mía!

¿No ves aquí este sepulcro abierto,
 Como si la tierra se estuviese riendo,
 Para abrazar a sus hijos?
 Vámonos juntos a debruzar sobre él.
 Nuestros primeros padres, llenos de susto,
 Templos a los manes³² levantaron casi.
 Tenían razón, talvez. Cristianos más sabios
 Amemos con recato la tumba al menos,
 Tu misión, harpa mía, es grande, es grande:
 — Santifiquémonos a la muerte.
 ¡A los túmulos, a los túmulos, harpa mía!

Así, harpa mía, nuestra vida entera
 Debiéramos pasar, cantando en elegía
 Esa cripta, donde se esconde la huesamenta
 De los siglos que pasan.
 Aquí también en la podredumbre, en los gusanos
 Ha el futuro de, en esqueleto inmenso,
 Caer, desvanecerse.
 Aquí también inspiraciones se beben
 En el hálito de los muertos.
 Aquí se encuentra inagotable mies
 De sólidas ideas.
 Tu misión, harpa mía, es grande, es grande:

³² (N. del T.) Hace referencia a dioses infernales o almas de los difuntos a los que rendían culto los antiguos romanos.

— Santifiquémonos a la muerte.
¡A los túmulos, a los túmulos, harpa mía!

Sí: quedémonos aquí.— Aquél arbusto,
Que de las grietas de la lápida florece,
Nació talvez del pecho de un cadáver.
La savia humana en sus ramas corre.
Aquella flor aún transpira icor.
Allá para el medio de la soledad nocturna
Talvez hable del cielo, talvez del inferno.
Sí: quedémonos aquí. De aquellas hojas
Talvez salga una voz necesaria al mundo,
Talvez algún recado a los vivos traiga,
Talvez de nosotros carezcan.
Sí: quedémonos aquí soturnos ambos.
Esperando su clamor.

Tu misión, harpa mía, es grande, es grande:
— Santifiquémonos a la muerte.
¡A los túmulos, a los túmulos, harpa mía!

No te dé pavor el aspecto de las tumbas.
Esta boca sarcófaga que la tierra
Aquí a nuestros pies abrió temerosa
No es para engullirnos.
Nuestro cáliz de abundantes dolores
No rebosó aún.
Tu misión, harpa mía, es grande, es grande:
— Santifiquémonos a la muerte.
¡A los túmulos, a los túmulos, harpa mía!

AOS TÚMULOS

Pobre, grosseiro, não numeroso, que
importa isso? Para pregar as tábuas
de um ataúde qualquer pequena
força basta.

ALEXA
NDRE
HERCU
LANO.

Aos túmulos, aos túmulos, minh'harpa!
Choremos sobre a lapida esquecida
Dos homens que já foram.
O céu aceita o pranto dos pequenos.
Não te acobardes, não. Vamos, minh'harpa,
Depor também na lousa dos finados,
Como a viúva, um óbolo mesquinho,
Mesquinho só na terra. Além das nuvens
Um tesouro se torna aos pés do Eterno.
Tua missão, minh'harpa, é grande, é grande:
— Sagremo-nos à morte.
Aos túmulos, aos túmulos, minh'harpa!
Da grimpa do mosteiro atroa o bronze,

E de fúnebres sons os ares pejam,
Como a tremenda voz da eternidade,
Que as nuvens baixa, e perde-se no imenso.
Bem!—este som diz—morte!—e apraz aos tristes,
 Apraz a nós, minh'harpa!
Não te assuste, por tanto, a voz amiga,
Que há de chorar por nós, mau grado aos vivos,
 Quando não formos mais!
Tua missão, minh'harpa, é grande, é grande:
 — Sagremo-nos à morte.
Aos túmulos, aos túmulos, minh'harpa!

Pobre instrumento, — as tuas áureas cordas,
Onde pulsavas o prazer e a vida,
Estalaram por si! — Estas que sobram
Sejam sagradas à tristeza e ao luto.
Mágoas somente restam-te. Emudece,
Ou canta, soluçando, as mágoas mesmas.
Estás cansada de chorar tão jovem?
Já não são tua essência às grandes dores,
 Teu alimento as lágrimas?
Tua missão, minh'harpa, é grande, é grande:
 — Sagremo-nos à morte.
Aos túmulos, aos túmulos, minh'harpa!

Não vês aqui este sepulcro aberto,
Como se a terra se estivesse rindo,
 Para abraçar seus filhos?
Vamo-nos juntos debruçar sobre ele.
Nossos primeiros pais, cheios de susto,
Templos aos manes levantaram quase.
Tinham razão, talvez. Cristãos mais sábios
Amemos com recato a tumba ao menos,
Tua missão, minh'harpa, é grande, é grande:
 — Sagremo-nos à morte.
Aos túmulos, aos túmulos, minh'harpa!

Assim, minh'harpa, a nossa vida inteira
Devêramos passar, cantando em trenos
Esse jazigo, onde se esconde a ossada
 Dos séculos que passam.
Aqui também na podridão, nos vermes
Há de o futuro em esqueleto imenso
 Cair, esvaecer-se.
Aqui também inspirações se bebem
 No hálito dos mortos.
Aqui se encontra inesgotável messe
 De sólidas idéias.
Tua missão, minh'harpa, é grande, é grande:
 — Sagremo-nos à morte.
Aos túmulos, aos túmulos, minh'harpa!

Sim: fiquemos aqui.— Aquele arbusto,
Que das frestas da lapida desponta,
Nasceu talvez do peito de um cadáver.
A seiva humana em suas hástias corre.
Aquele flor inda transpira sânie.

Lá para o meio da soidão noturna
Talvez fale do céu, talvez do inferno.
Sim: fiquemos aqui. Daquelas folhas
Talvez saia uma voz precisa ao mundo,
Talvez algum recato aos vivos traga,
Talvez de nós careçam.
Sim: fiquemos aqui soturnos ambos.
Esperando seu brado.
Tua missão, minh'harpa, é grande, é grande:
— Sagremo-nos à morte.
Aos túmulos, aos túmulos, minh'harpa!

Não te apavore o aspecto das tumbas.
Esta boca sarcófaga que a terra
Aqui a nossos pés abriu medonha
Não é para engolir-nos.
O nosso cálix de abundantes dores
Não transbordou ainda.
Tua missão, minh'harpa, é grande, é grande:
Sagremo-nos à morte.
Aos túmulos, aos túmulos, minh'harpa!

LA MUERTE EN EL CLAUSTRO

Por ocasión de la muerte del venerando anciano, Fray Manuel da Piedade Borba.

Yo no soy un historiador de las cosas
humanas.

BOSSUET.

I

Yo lo vi, yo lo vi, — y el corazón transido
Se me hizo retazos entonces en las fibras íntimas.
Yo lo vi, yo lo vi — abriendo del todo la boca,
Roncaba en la garganta ahogo horrendo.
Yo lo vi, yo lo vi, — en contorciones, en ansias,
Retorciendo los miembros impotentes.
No le era aspecto en las facciones mudadas,
Y la voz apenas le restaba ronca.
Él pedía — el viejo agonizante —
Pedía aún del prelado la bendición.
Tú solamente, consuelo cierto de los afligidos,
Tú solamente, religión, culto necesario,
Tú le ministras varonil confort,
Y los paroxismos agrios le aminoras.
¡Oh, por qué viene tan tarde, irremisible,
Ese momento necesario y cierto,
En que tu brillo fascinante asoma,
Fatal verdad aterradora, — eterna!
Como fulmíneo meteoro súbito,
A la frente aplastas, cuando leve la rozas!
Temblar hacía los tuétanos de los huesos
El grave sonido de la compasada campana,
Que del añoso encanecido anciano

La agonía fatal anunciaba.
Ungido fue con el aceite sacrosanto:
Y de regreso al lecho súplicas murmuran
Plegarias ardientes, oraciones piadosas,
Que sus hermanos sinceros le repiten,
— Pidiendo a Dios y a la Virgen más que pura,
Pidiendo a los santos mártires celestes,
Pidiendo ahora a los divinales pontífices,
A los confesores del afrentado Cristo,
A las puras vírgenes, Y a las mujeres castas,
— Guárdenlo píos de la perpetua muerte.

Yo lo vi, yo lo vi, — em convulsión serena,
— Cuanto del justo la expiración es dulce, —
Desprender su espíritu cansado
De la cadena que lo ata a la vil materia,
Y volar, y volar, con leves alas,
Emanación de Dios, — de Dios al seno.
La postrera paz — fraternos ósculos
De sus hermanos ya recibía el triste:
¡Oh, fantasma de la vida! ¡Cómo pasas
Tan rápido! ¡Oh, tiempo mentiroso
De existencia falaz y momentánea!
¿Hombre hay ahí tan vano que aún confíe
En esos tus oropeles de podrida gloria?
¿Hay ahí quien sea de razón tan fatua,
Que eterno juzgue tu brillar efímero,
Que a tus breves decepciones se abraza?
¿Hay ahí quien sea en su mirar tan ciego,
Que pretenda esquivarse a la naturaleza?
¡Locos mortales! — ¿Dónde esconderos libres,
Que no veáis el querubín de la muerte,
Galopando en ligero jinete,
Con la hoz en ristre, a las fauces apuntando?

II

Por los claustros soturnos retruena
El grave y compasado andar de los monjes.
Yo te quisiera tener presente ahora
A ti, vanidoso ateo, en las horas muertas.
Yo quisiera notar con línceos ojos
De rasgo a rasgo los visos de tu rostro.
Yo quisiera recoger, una por una,
Las contorciones doloridas, — las angustias,
Que por tus facciones reverberasen.
¡Ojalá la consciencia acobardada pudiera,
Sondeártela, sí, — pero, probarla, nunca!

¿No ves, no ves? — Silenciosos, callados,
En dos extensas ringleras se dividen:
¡Talvez dijeras que estos hombres eran
Negras estatuas, como emblemas de muerte!
Sonora voz se levanta dentro de ellos,
Convidándose a venir contentísimos
A postrarse a los pies de Jehová potente.

«Venid, — cantaban, — venid, y adorémoslo.»
Cayeron todos, debruzados, curvos,
Ante el rostro de Deus Tú, ente infame,
Torpe ilusionista de los propios sentimientos,
No te curvas, — ¿sostienes de Dios la vista?
¡Ah, perdóname el exceso, hermano en Cristo,
Ateo no eres, — que no los hay en el mundo!
¡Tú te postras también — también caíste
De rodillas en tierra involuntario!
¡Interna violencia y fuerza ignota
Te obligó a ser hombre por momento,
Dejar de bruto la condición que ostentas!

¿No encuentras un no sé qué sonoro y místico
En el recitar monótono de los salmos?
¿No encuentras un no sé qué triste y patético,
— Un melancólico efluvio de dolor tierno,
Del miserable Job en las propias plagas?
Sigue ese no sé qué — por Deus soplado,
Que en tu íntimo ser apenas sientes,
Mas que indecible definir no sabes.
Sigue ese no sé qué de la consciencia,
Que es de seguro la voz ingénita del Eterno.
Aprende aquí, — oh ente depravado,
A tener fe en el Señor que te creó.
Serás entonces feliz, — si mirar quisieres,
Más allá de la vida efímera de la tierra,
Otra vida en los cielos, — que no se acaba.

Óyelas ahora — las postreras plegarias,
El salmo de los escalones, que un rey profeta,
Sonoro punteando el decacordio,
Insuflado por Dios, cantó un día.
«De lo íntimo de mi pecho (helos que dicen)
A ti, Señor, clamé en el mismo abismo;
Mis llantos, Señor, — ¡mis ruegos oye!»
Poco después pasases por ventura
Por el extenso salón y mudas claustros.
En solemne silencio distinguieras
El pisar del pilón pesado y hueco
Por estoicos enterradores manejado.
Después el golpe de la sonora lápida,
Que encierra — aplasta al pútrido cadáver.
Después talvez una oración aún
De los labios del cristiano bajó sobre él.
Después más nada allí — afuera el silencio.

III

En estos claustros, aquí, talvez, — ¿quién sabe?
Talvez en este sepulcro inmundo aún,
Después de algunos minutos más escasos
De ese mi vegetar insulso y tibio,
Me aplastarán — triturarán mis huesos
Inhumanos sepultureros.— Yo contigo,
Podrido cadáver, dormiré eternamente,

Hecho mi cuerpo en tierra y ceniza y nada.

1851.

A MORTE NO CLAUSTRO

Por ocasião da morte do venerando ancião, Frei Manuel da Piedade Borba.

Eu não sou um historiador das coisas humanas.

BOSSU
ET.

I

Eu vi-o, eu vi-o, — e o coração transido
Retalhou-se-me então nas fibras intimas.
Eu vi-o, eu vi-o, — escancarando a boca,
Roncava na garganta engasgo horrendo.
Eu vi-o, eu vi-o, — em contorções, em ânsias,
Estrebuchando os membros impotentes.
Não lhe era aspecto nas feições mudadas,
E a voz apenas lhe restava rouca.
Ele pedia — o velho agonizante —
Pedia ainda do prelado a bênção.
Tu só, consolo certo dos aflitos,
Tu só religião, preciso culto,
Tu lhe ministras varonil conforto,
E os paroxismos agros lhe menores.
Oh! por que vem tão tarde, irremissível,
Esse momento necessário e certo,
Em que teu brilho fascinante assoma,
Fatal verdade aterradora, — eterna!
Como fulmíneo meteoro súbito,
À frente esmagas, quando leve a roças!
Tremor fazia os íntimos dos ossos
O grave som do compassado sino,
Que do dioso encanecido velho
A agonia fatal anunciava.
Ungido foi co'o óleo sacrossanto:
E em volta ao leito súplices murmuram
Preces ardentes, orações piedosas,
Que seus irmãos sinceros lhe repetem,
— Pedindo a Deus e à Virgem mais que pura,
Pedindo aos santos mártires celestes,
Pedindo agora aos divinais pontífices,
Aos confessores do afrontado Cristo,
Às puras virgens, e às mulheres castas,
— Guardem-no pios da perpétua morte.

Eu vi-o, eu vi-o, — em convulsão serena,
— Quanto do justo o passamento é doce, —
Desprender seu espírito cansado
Da cadeia que o liga à vil matéria,
E voar, e voar, com leves asas,
Emanação de Deus, — de Deus ao seio.

A derradeira paz — fraternos ósculos
De seus irmãos já recebia o triste:
Oh! fantasma da vida! como passas
Rápido tanto! oh tempo mentiroso
De existência falaz e momentânea!
Homem há aí tão vão que inda confie
Nesses teus ouropéis de podre glória?
Há aí quem seja de razão tão fátua,
Que eterno julgue teu brilhar efêmero,
Que a tuas breves decepções se abraça?
Há aí quem seja em seu olhar tão cego,
Que pretenda esquivar-se à natureza?
Loucos mortais! — onde esconder-vos livres,
Que não vejais o querubim da morte,
Galopando em alígero ginete,
Co'a foice em riste, às fauces apontando?

II

Pelos claustros soturnos estrugia
O grave e compassado andar dos monges.
Eu te quisera ter presente agora
A ti, vaidoso ateu, nas horas mortas.
Eu quisera notar com línceos olhos
De rasgo a rasgo os visos de teu rosto.
Eu quisera apanhar, uma por uma,
As contorções doridas, — as angustias,
Que por tuas feições reverberassem.
Tomara a consciência acovardada
Sondar-ta sim, —porém prová-la, nunca!

Não vês, não vês? — silenciosos, quedos,
Em dois extensos renques se dividem:
Talvez disseras que estes homens eram
Negras estatuas, que emblemassem morte!
Sonora voz levanta-se dentre eles,
Convidando-se a virem contentíssimos
Prostrar-se aos pés de Jeová potente.
«Vinde, — cantavam, — vinde, e adoremo-lo.»
Caíram todos, debruçados, curvos,
Ante a face de Deus Tu, ente infame,
Torpe ilusor dos próprios sentimentos,
Não te curvas, — susténs de Deus a vista?
Ah! perdoa-me o excesso, irmão em Cristo,
Ateu não és, — que não nos há no mundo!
Tu te prostras também — também caíste
De joelhos em terra involuntário!
Interna violência e força ignota
Obrigou-te a ser homem por momento,
Deixar de bruto a condição que ostentas!

Não achas não sei quê sonoro e místico
No recitar monótono dos salmos?
Não achas não sei quê triste e patético,
— Um merencório eflúvio de dor terna,
Do miserável Jó nas próprias pragas?

Segue esse não sei quê — por Deus soprado,
Que em teu íntimo foro apenas sentes,
Mas que indizível definir não sabes.
Segue esse não sei quê da consciência,
Que é certo a voz ingênita do Eterno.
Aprende aqui, — oh ente depravado,
A ter fé no Senhor que te criara.
Serás então feliz, — se olhar quiseses,
Além da vida efêmera da terra,
Outra vida nos céus, — que não se acaba.

Ouve-as agora — as derradeiras preces,
O salmo dos degraus, que um rei profeta,
Sonoro dedilhando o decacordo,
Insuflado por Deus, cantara um dia.
«Do imo de meu peito (ei-los que dizem)
A ti, Senhor, clamei no mesmo abismo;
Os meus prantos, Senhor, — meus rogos ouve!»
Pouco depois passasses por ventura
Pelo extenso salão e mudas crastas.
Em solene calada distinguiras
O pisar do pilão pesado e ouço
Por estóicos coveiros manejado.
Depois o baque da sonora lapida,
Que fecha — esmaga o pútrido cadáver.
Depois talvez uma oração ainda
Dos lábios do cristão baixou sobre ele.
Depois mais nada ali — fora o silêncio.

III

N'estes claustros, aqui, talvez, — quem sabe?
Talvez neste sepulcro imundo mesmo,
Após alguns minutos mais escassos
Desse meu vegetar insulso e morno,
Me pilarão — triturarão meus ossos
Desumanos tumbeiros. — Eu contigo,
Podre cadáver, dormirei eterno,
Feito meu corpo em terra e cinza e nada.

1851.

CANTO FÚNEBRE

**Recitado en la ocasión de sepultarse el cadáver de mi amigo
Luiz da França Rebouças a 16 de Abril de 1853**

El alma fue hecha para viajar en el cielo.
YOUNG

¡Oh! ¿por qué no? — ¿por qué no puedo ahora
Llorarle la muerte? — ¿Qué poder tan fuerte

Hay ahí que pare a un corazón de amigo
En el derramar las emociones que lo parten?
¿Qué mano hay ahí tan férrea que comprima
Tan dentro de mí mis sentimientos de hombre?
¿Quién manda a la idea que no piense angustias?
¿Quién manda al pecho que no sufra amarguras?
¿Quién manda a la voz que no se expanda en quejas?
¿Quién manda al llanto que no corra en hilo?
¡Oh, ¿por qué no?! — ¿Por qué este gusto extremo
En llorarle la muerte han de privarme?
¡Oh, por qué no! — He de llorarle la muerte,
Así como otrora le cantaba la vida.

¡Reminiscencia atroz que matizado cuadro
Vienes a mis ojos a destapar ahora!
Como los anillos de una cadena extensa,
Presos, cocidos, encarnados, firmes,
Mis días están con los días de él.
¡Ni un sólo minuto de esta vida inestable
Que vivo aún, no corrió en la tierra
Sin un minuto de esta vida inocua
Que él vivió, — y que finalizó tan pronto!
Entre él y yo era partida la vida:
Media vida perdí con la muerte de él.
Si adulto apenas, yo miré al mundo,
Y lo encontré infame, y le escarnecí las pompas,
Y con el alma hecha a un escepticismo innato
Descreí del amor que los hombres divinizan,
— ¡No descreí de la amistad! — Él demostrómela
¡Él fue mi amigo! — ¡Oh, nombre augusto,
Que sabe a los hombres remontar a los ángeles!
Quien sabe ser amigo en sí resume
Las virtudes del cielo y los bienes divinos.
Él fue mi amigo — el único y último —
Que tenía un alma conformada a la mía.
Érale brasa el corazón ferviente:
Asimilaba a sí mis angustias,
Y, como el fuego, las consumía lento,
Y mis sensaciones purificaba.
Él sabía comprender profundo
El corazón fosfórico del vate.
¡Él era vate! — En floridos poemas,
En suaves canciones, en tiernas liras
Corrió su estro melancólico o lindo.
Corría ahora sosegado y triste,
Como un arroyuelo en áridos desiertos:
Corría ahora más travieso y alegre,
Como un barquito navegando esbelto.
En los áureos fastos de la poesía patria
Ha su nombre de inscribirse eterno.
Dírale Dios más días de existencia,
— ¡Fuera su nombre el sol para los mayores astros!

¡Reminiscencia atroz! ¿qué matizado cuadro
Tú viniste a pintar ante mis ojos?
¿De qué vale un recuerdo, una nostalgia?
¡Él murió!... ¡su gloria esta muerta!

iOh, que yo no pueda llorarle la muerte,
Así como otrora le cantaba la vida!

iAh, no debo llorar! Más allá de los mundos
Yo veo el cielo, veo el infinito, lo inmenso:
Es el trono sin fin del Dios Eterno:
Y a Dios allá arriba van a juntarse los justos.
Es allá que la vida parará perpetua,
Es allá que los tempos, sin correr, inmóviles
No se suceden más, — son siempre eternos.
Allá — él, el justo, el virtuoso, el amigo
La vida que de Dios tomó, naciendo,
Fue a Dios a entregarla, y a unirse a él.
No lloraré: — que esta terrena vida
Es un crisol que a las sensaciones hace puras,
Para llegar a Deus más casto el espíritu.
No lloraré: — que la ocasión de la muerte
Es el escalón más alto hacia el Eterno.
Antes debo pedir al cielo que apure
Mi momento también.
Quiero ir muy temprano
A Dios y a él unificarme eterno.

CANTO FÚNEBRE

**Recitado na ocasião de sepultar-se o cadáver do meu amigo
Luiz da França Rebouças a 16 de Abril de 1853**

A alma foi feita para viajar no céu.
YOUNG

Oh! porque não? — porque não posso agora
Chorar-lhe a morte? — Que poder tão forte
Há aí que pare a um coração de amigo
No derramar as emoções que o partem?
Que mão há aí tão férrea que comprima
Tam dentro em mim meus sentimentos de homem?
Quem manda à idéia que não pense angustias,
Quem manda ao peito que não sofra mágoas,
Quem manda à voz que não se expanda em queixas,
Quem manda ao pranto que não corra em fios?
Oh! porque não? — porque este gosto extremo
Em lhe chorar a morte hão de tolher-me?
Oh! porque não! — Hei de chorar-lhe a morte,
Bem como outrora lhe cantava a vida.

Reminiscência atroz! que vário quadro
Vens a meus olhos destampar agora!
Como os anéis de uma cadeia extensa,
Presos, cozidos, encarnados, firmes,
Os meus dias estão co'os dias dele.
Um só minuto dessa vida instável
Que vivo ainda, não correu na terra

Sem um minuto dessa vida inócua
Que ele viveu, — e que findou tão cedo!
Entre ele e mim era partida a vida:
Meia vida perdi co'a morte dele.
Se adulto apenas, eu olhei ao mundo,
E achei-o infame, e escarneci-lhe as pompas,
E co'alma feita a um cepticismo inato
Descri do amor que os homens divinizam,
— Não descri da amizade! — Ele provou-ma
Ele foi meu amigo! — oh nome augusto,
Que sabe os homens remontar aos anjos!
Quem sabe ser amigo em si resume
As virtudes do céu e os bens divinos.
Ele foi meu amigo — único e último —
Que tinha uma alma conformada à minha.
Era-lhe brasa o coração fervente:
Assimilava a si minhas angustias,
E, como o fogo, as consumia lento,
E as minhas sensações purificava.
Ele sabia compreender profundo
O coração fosfórico do vate.
Ele era vate!—Em floridos poemas,
Em suaves canções, em ternas lirias
Correu seu estro merencório ou lindo.
Corria agora sossegado e triste,
Como um regato em áridos desertos:
Corria agora mais travesso e alegre,
Como um barquinho velejando esbelto.
Nos áureos fastos da poesia pátria
Há de seu nome se inscrever eterno.
Desse-lhe Deus mais dias de existência,
— Fora seu nome o sol para os mais astros!

Reminiscência atroz! que vário quadro
Tu vieste pintar ante meus olhos?
Que vale uma lembrança, uma saudade?
Ele morreu!... a sua glória é morta!

Oh! que eu não possa lhe chorar a morte,
Bem como outrora lhe cantava a vida!

Ah! não devo chorar. Além dos mundos
Eu vejo o céu, vejo o infinito, o imenso:
É o trono sem fim do Deus Eterno:
E a Deus lá em cima vão juntar-se os justos.
É lá que a vida parará perpétua,
É lá que os tempos, sem correr, imóveis,
Não sucedem-se mais, — são sempre eternos.
Lá — ele, o justo, o virtuoso, o amigo
A vida que de Deus tomou, nascendo,
Foi a Deus entregá-la, e unir-se a ele.
Não chorarei: — que essa terrena vida
É um crisol que as sensações apura,
Para chegar a Deus mais casto o espírito.
Não chorarei: — que a ocasião da morte
É o degrau mais alto para o Eterno.
Antes devo pedir ao céu que apresse

Meu momento também.
Quero ir bem cedo
A Deus e a ele unificar-me eterno.

POEMA FÚNEBRE

**Dedicado a mi hermano Fray Henrique de Santa Rosa Ribeiro,
por ocasión de la muerte de su hermano Raymundo Álvares
Ribeiro, sucedida a 23 de abril de 1853.**

Lloraron Germánico hasta los
desconocidos.

TÁCITO.

I

Lloremos todos un amor menos.
Si por una flor, que marchitó, sentimos tanto,
Es que faltonos su olor suave,
Que nos decía — amor — cuando exhalaba.
Lloremos todos un amor menos.
Si allá se esconde en el océano la luna,
Y si nos parte el corazón nostálgico,
Es que sin luz los ojos nos quedaron,
Sin ese amor que ella inspirarnos sabe.
Lloremos todos un amor menos.
Si algún farol no vemos en la tormenta,
Y si nos huyen de la esperanza los rayos,
Es que visamos el naufragio urgente,
Y la pérdida amarga de la visión de la patria,
Que delicias de amor nos predecía.
Lloremos todos un amor menos.
Si la muerte cruda nos arranca al amigo,
Si damos llantos a la memoria de él,
Es que de nosotros para siempre separose
Un corazón que concluía el nuestro,
Y el gozado placer ya no gozamos,
Y de otro amor el amor nuestro fallece.
¡Lloremos todos un amor menos!
Lloremos todos al mancebo, al amigo,
Que de nuestros brazos nos lo arranca la muerte.
Lloremos todos una flor quemada,
Que no da más olor: a la linda luna,
Que se escondió en las ondas del océano,
Que no alumbra más: a ese farol brillante,
Que se apagó en los turbiones de la tormenta,
Y la patria desvionos: a ese amigo,
Que de otro amor a nuestro amor llenaba.
¡Lloremos todos su pérdida infausta,
Lloremos todos el pasado gozo,
Lloremos todos un amor menos!

II

Era un día hermoso. — El sol brillante
Más esplendidos rayos difundía,
Y más ardientes júbilos mostraba.
Como del infante el rostro que enrojece
Más y más, cuando la alegría aumenta.

En un vaporoso sueño de poeta
Tres hermosas visiones vi — tan nuevas —
Que más al cielo que a la tierra pertenecían.
Seria matrona erguíase en la primera
Con majestoso porte y honesta risa.
Gentil doncella erguíase en la segunda
Con el tímido pudor en los ojos tiernos,
— ¡Ángel inefable de modestia altiva!
Estaba ante ellas un lozano mancebo
Con los vivos ojos alargados, fijos,
Respirando placer, amor y pudor,
Como en un templo la vista indefinida
Del creyente que en el pecho los rezos revuelve.
Enternecido en amoroso arrobó,
Mira fijo a la doncella, que, en pudor y risa,
En el suelo la vista avergonzada clava.
Era un ángel de luz entre dos ángeles,
Que de él la luz primero recibían,
Y sus rayos después comunicaban,
Como la diestra del Eterno la gracia infunde.
Y donde era el centro fecundante y vivo,
Y donde era la acción del móvil primero,
La humana vista distinguir no pudo.
Y cada cual de estas imágenes vagas
Era foco de luz, fuente de brillos:
Así como o sol — vivificante fuego —
Sus propios rayos, circulando, esparce
En la vastedad del espacio, — y la luz que lo cerca,
Va a reflejar por los etéreos cuerpos,
Por los astros del cielo — y el firmamento
Con extraño resplandor da pompa a la noche.

¡Eran así mis visiones hermosas,
Las tres imágenes de mi vago sueño,
Que más al cielo que a la tierra pertenecían!

III

El mancebo habló. El norte intenso,
Que iba cruzando enfurecido los aires,
Fue a transformarse en céfiro saludable,
Cuando el mancebo desprendió sus labios.
El terrenal vapor, que al éter sube,
Del suelo, de los mares, tórrido o acuoso,
Que va en el espacio a asimilarse en nubes,
Que al cielo en manto mortuorio enlutan,
Paró también la aspiración que tenía,
Cuando el mancebo desprendió sus labios.
Las lindas flores de los jardines de la tierra,
Que por el sol quemadas, ardían,

Intentando en sí innatural esfuerzo,
La savia toda del tronco llamaron
Al cáliz globuloso — y aroma y bálsamo
Más nuevo y activo respiraron todas,
Cuando el mancebo desprendió sus labios.
El sol también más orgulloso y altivo,
Subió a su zenit — su trono etéreo —
Para mirar en la dirección de los rayos,
En la baja tierra la imagen de la inocencia,
La encarnación del espíritu de los ángeles,
Cuando el mancebo desprendió sus labios.
— El viento fuerte y las nubes se desaparecieron,
No exhalaban más el mar y la tierra,
Bálsamo nuevo las flores respiraron,
El sol subió a su zenit sublime;
Parada, estancada, la naturaleza atiende,
Y el mancebo lozano desprende los labios.

— ¡Créeme, oh doncella! La omnipotente diestra
Formó mi corazón para ser contenido
Bien dentro de tu pecho — cual se esconde
Tesoro inmenso en urna pequeñita.
Tu alma pura, cándida, inocente,
Como el gemir de solitaria tórtola,
También fue hecha para unirse a la mía.
Somos dos corazones fundidos ambos
En un corazón que un sentimiento iguala:
Dos felices almas derramadas
En un alma sola que un pensamiento junta.
Cuando tus ojos — como ardientes antorchas —
Llamas de puro amor, en mí se fijan,
No encuentras también mis ojos calientes
Fijos en los tuyos en fuego de ternura?
Cuando, después de instantes de silencio,
Después de un lindo y pasajero arrobó,
A punto nuestros labios se desprenden,
¿No hemos dicho tangible vez en un grito
Las mismas expresiones, las mismas frases?
¿No pensamos también en la misma idea?
Cuando un incierto y vago sentimiento
De amor, de timidez, de celo o amargura,
A ambos nuestros corazones comprime,
¿No hemos arrancado al mismo tiempo
Doloridos ayes o tenues suspiros?
Dos corazones y dos almas somos,
Que un sentimiento y un pensamiento juntan.
Dios nos quiere juntos, porque así formonos;
Seremos juntos, venturosos, lindos,
Como las aves del cielo en el espacio libre.
¡Dios nos quiere juntos — porque así formonos,
Nos quiere dichosos, venturosos, lindos!
No carecemos de riqueza inmensa,
Para gozarnos nuestra inmensa dicha.
No carecemos de un solar vetusto,
De un castillo feudal, de un regio alcázar,
Ni de un palacio de riqueza inmensa,

Que nos deban contener la inmensa dicha.
No carecemos del poder del mundo,
De una diadema excelsa de reina,
De un cetro fuerte de riqueza inmensa,
Que nos vengan a ornar la inmensa dicha.
No carecemos de renombre o fama,
De esos prestigios frívolos de gloria,
De esa vanidosa voz, general, inútil,
Que nos venga a disipar la inmensa dicha.
Templo mayor, más digno, más sublime
Es nuestro corazón: inmenso alcázar,
Donde puede habitar el amor solamente!
Llegamos en él: — que él es amplio, extenso,
Capaz, bastante para concluir en una llama
Dos vidas hermanas, iguales, fundidas.
Es sólo en el corazón que la dicha existe,
Es en él solamente que ser feliz se puede.
Sólo de su centro partense, despréndense,
Brillantes rayos de inmortal ventura.
Y si mi corazón con el tuyo se iguala,
Si juntados somos por la mano del Eterno,
Es que la ventura en nosotros también se duplica,
Y dos veces más felices somos.
Dios nos quiere juntos — porque así formonos,
— Nos quiere dichosos, venturosos, lindos! —

Así hablaba el fervido mancebo:
Su corazón palpitaba arrebatado,
Fuerte, ansioso, inquieto, ardiente,
Como el océano en grandes olas revuelto,
— Y parecía, entre los jadeantes pálpitos,
Querer saltar en el corazón de la virgen.
Y las pupilas de la virgen rutilaban
Saltarinas, alegres, como inciertos fuegos
En el mar de noche con el hervir de las olas.
Y del placer la lágrima corrió
Del lado izquierdo por el rostro caliente,
Y fue por ella temblorosa cayendo,
Como un arroyuelo de cristal a lo largo,
Y mucho tiempo le colgó del rostro,
Cual cuelga en copos del peñasco el hielo,
— Y la tez ardiente enfriole un poco,
Y por las venas circulole la sangre,
Que toda había concurrido al rostro.
Y a su estado natural regresada
Era la doncella una visión celeste,
Que se ve en sueño, y decirse no puede.

Y la matrona sonrió. Y de los débiles ojos
Lágrimas raras de placer manaron,
Así como gotas de ligera lluvia.
Y levantando la vista al cielo sereno,
E irguiendo la diestra sobre la hija y el joven,
Y abrazándolos en apretado amplexo,
— Sublime, excelsa, cual en el templo asoma
Del sacerdote el divinal semblante, —
De Dios la bendición derramó por ellos.

IV

Y un disco enorme de ventura y gloria
Cubrió mi visión. Y las tres imágenes
Eran tres centros de brillantes rayos,
De misterios de luz. Entonces mis ojos
De tal resplandor heridos, ciegos,
No vieron más esta visión distinta.
Ante la vista aún restó por horas
Un torbellino de luz en el mismo estado.
Después de poco en poco se fue apagando,
Y se extinguió. — Un vórtice de tinieblas,
Inmolando en el aire, vino a envolverla.

V

¡Entonces la voz de una verdad amarga
A mis oídos resonó tremenda,
Como el rimbombo del trueno que gira!

Un grito extenso, querelloso, trémulo,
En los aires se partió. — Como un chirrido
De hierro en hierro, el chillido desatose.
Después subiendo lamentosa escala,
Era de un tonto la carcajada bruta,
De vivo incendio el crepitar en las matas,
El sonido de un rayo al desmembrar el tronco.
Por fin descendiendo en gradación tierna,
Ya muy a lo lejos terminose el chillido
En la querellosa voz que comenzara.
¡Ave siniestra, — incrédulos o sabios
Tus mortuorios cánticos no teman!
¡Yo no, que sé temerte! — Instinto o alma
Existe en ti que profetiza la muerte.
Talvez el Eterno te formó de modo,
Que tu olfato peregrino o propio,
Del moribundo los hálitos perciba,
Así como te formó la voz horrible
Para que dijese lóbregos lamentos.

¡Entonces la voz de una verdad amarga
A mis oídos resonó tremenda
Como el rimbombo del trueno que gira!

Entonces el lindo céfiro saludable
Transformose otra vez en norte intenso.
El mar y la tierra respiró vapores,
Que subieron al aire formando nubes,
Que al cielo en vestimenta fúnebre enlutaron.
Entonces las flores de los jardines de la tierra
agotaron la savia y la fuerza y la vida,
Y el aroma activo y el bálsamo perdieron.
Y el sol hermoso, que yo soñaba hace poco,
Contra nuestro hemisferio el rostro tenía.

iEntonces la voz de una verdad amarga
A mis oídos resonó tremenda
Como el rimbombo del trueno que gira!

VI

Torvos los ojos, trémulos los labios,
Pálido el rostro en lágrimas bañado,
Arrugada la testa juvenil — tan linda,
Caída por el cuello la espesa cabellera,
Un lúgubre ulular al aire desata
Una triste mujer. Llámase esposa
En un instante solamente, — y en otro instante
De la viudez la suerte y los dolores prueba.

VII

— ¡Él, Dios mío! El esposo de mi alma
Aquí en el corazón vivió hasta ahora,
Como en un templo. —Él murió para siempre,
— Y resta el corazón que él habitaba,
Cual queda el templo del que se saca al Santo.
Y resta el corazón... ¿qué es este ahora?
iTaza vacía del licor divino,
Que otrora la llenó y la perfumó tan dulce!
iAmplio jardín de arbustos cercenados,
Sin flores más que embellecerlo puedan!
iTales para mí mis amores eran!
iDulce licor que el pecho me embebía,
Flores que la frente me ornaban en guirnalda,
Santo que tenía en mi alma un templo!
iAh, mi amor se consumó tan temprano!...
Mi vida se acabó con la de él,
Cual se marchita la planta cuando la raíz le arrancan.
— Sacadme de aquí, llevad lejos, amigas,
Llevad lejos las vestimentas de la boda.
Esta guirnalda, que me ciñó la testa,
Que tengo aquí tan natural, tan noble,
Fue él quien me la dio. Sus propios dedos
Fueron los que en mí esta guirnalda ataron.
Después, de mí tres pasos alejose
Para mirarme así, — y hallóme bella
Como su alma, e me llamó «Divina,
«Visión de Dios, o serafín, o hada.
Eres bella, oh, hermana mía, — entonces me dijo,
Como los ángeles del cielo, — cuando te adorna
La frente esta guirnalda. —En nuestras bodas
Irás ovante, presuntuosa, altiva,
De tu brillante resplandor cercada.»
Levad lejos esta infeliz guirnalda,
Levad lejos este regalo, amigas,
Llevad lejos las vestimentas de la boda.

Quitadme las joyas que este cuello atavían,

De que me orné para agradarle a los ojos.
Ya no tengo más mi amor tan bello,
Para quien me atavíe de relucientes joyas.
Llevad tales joyas lejos amigas,
Llevadme lejos las vestimentas de la boda.
De mis dedos, aquí, venid a arrancarme
Estos anillos de rutilantes diamantes,
Estos ornatos de alegría y lujo.
Mas este anillo, que veis más pomposo,
Más fulgurante aquí — así como un astro —
¡Por compasión! No me lo quitéis, amigas,
Que fue de mi amor señal eterna,
Grabado por la mano del amante esposo.
Los demás atavíos arrancadme, amigas,
Llevadme lejos las vestimentas de la boda.

¡Fatal enfermedad, qué poder tuviste
Que de mis brazos lo llevaste a la muerte!
¡Tan joven aún mi esposo! Ahora,
—A vivir, ahora, comenzaba apenas,
Pues ahora solamente era que amaba.
Cuando le urgía el pasamiento extremo,
Luchando ya entre mortales congojas,
Estas tocantes frases le escuchamos:
«¡Morir tan pronto! — Y el serafín que yo tengo,
Esta esposa infeliz, que amo en extremo,
Único anhelo a la vida al pie de la muerte,
¡A esta esposa infeliz tan pronto la dejo!»
¡Fui yo, fui yo su pensamiento extremo!
¡Y en esa convulsión que ultima la vida,
Cuando la pálida boca abrió forzado,
Cuando lanzó su postrer respiro,
Aún intentó articular mi nombre,
Que entrecortado le quedó en los labios,
Y el fin, y el resto — transportolo a la tumba!

Tumba cruel, que a mi amor encierras,
No le comprimas el mimoso cuerpo,
Que yo cuidé para entregarte ahora.
¡Ya que no puedes revertirle la vida,
Dale un sosiego plácido en la muerte,
Tumba cruel, que a mi amor encierras!

Él no era para mí solamente
Amor inútil, aislado, o fatuo.
Con su amor vívido y fecundo
Quería a todos, como a sí se quería.
Lloremos todos un amor menos.
Lloremos todos: que partió tan breve
De la tierra a los cielos un corazón amigo.
Mas fue a unirse a aquella Esencia eterna,
Donde su puro espíritu partiera.
Entre los ángeles en los cielos él revuela;
Que un ángel él era cándido y hermoso.
Esto consuela: — pero mientras la vida
En la tierra me dure, — de continuo y siempre
Lloraré por el amor que de él tuve,

Y con mi llanto copioso y ardiente
A lamentarlo enseñaré a todos.
Lloremos todos un amor menos.

POEMA FÚNEBRE

Dedicado a meu irmão Frei Henrique de Santa Rosa Ribeiro, por ocasião da morte de seu irmão Raymundo Álvares Ribeiro, sucedida a 23 de abril de 1853.

Choraram Germânico até os
desconhecidos.

TÁCITO.
O.

I

Choremos todos um amor de menos.
Se uma flor, que murchou, sentimos tanto,
É que faltou-nos seu odor suave,
Que nos dizia — amor — quando exalava.
Choremos todos um amor de menos.
Se lá se esconde no oceano a lua,
E se nos parte o coração saudoso,
É que sem luz os olhos nos ficaram,
Sem esse amor que ela inspirar-nos sabe.
Choremos todos um amor de menos.
Se algum farol não vemos na tormenta,
E se nos fogem da esperança os raios,
É que visamos o naufrágio urgente,
E a perda amarga da visão da pátria,
Que delicias de amor nos predizia.
Choremos todos um amor de menos.
Se a morte crua nos arranca o amigo,
Se damos prantos à memória dele,
É que de nós p'ra sempre separou-se
Um coração que concluía o nosso,
E o gozado prazer não mais gozamos,
E doutro amor o nosso amor falece.
Choremos todos um amor de menos!
Choremos todos o mancebo, o amigo,
Que a nossos braços nos arranca a morte.
Choremos todos uma flor crestada,
Que não dá mais odor: a linda lua,
Que se escondeu nas ondas do oceano,
Que mais não luz: esse farol brilhante,
Que se apagou nas vascas da tormenta,
E a pátria desviou-nos: esse amigo,
Que doutro amor o nosso amor enchia.
Choremos todos sua perda infausta,
Choremos todos o passado gozo,
Choremos todos um amor de menos!

II

Era um dia formoso. — O sol brilhante
Mais esplendidos raios difundia,
E mais ardentes júbilos mostrava.
Como do infante as faces que enrubescem
A mais e mais, quando a alegria aumenta.

Num vaporoso sonho de poeta
Três formosas visões eu vi — tão novas —
Que mais ao céu que à terra pertenciam.
Séria matrona erguia-se a primeira
Com majestoso porte e honesto riso.
Gentil donzela erguia-se a segunda
Co'o tímido pudor nos olhos ternos,
— Anjo inefável de modéstia altiva!
Estava ante elas um loução mancebo
Co'os vivos olhos alongados, fixos,
Respirando prazer, amor e pejo,
Como num templo a vista indefinida
Do crente que no peito as rezas volve.
Enternecido em amoroso arroubo,
Fita à donzela, que, em pudor e riso,
No chão a vista envergonhada crava.
Era um anjo de luz entre dois anjos,
Que dele a luz primeiro recebiam,
E seus raios depois comunicavam,
Como a destra do Eterno a graça infunde.
E onde era o centro fecundante e vivo,
E onde era a ação do móbile primeiro,
A humana vista distinguir não pôde.
E cada qual destas imagens vagas
Era foco de luz, fonte de brilhos:
Bem como o sol — vivificante fogo —
Seus próprios raios, circulando, espalha
Na vastidão do espaço, — e a luz que o cerca,
Vai refletir pelos etéreos corpos,
Pelos astros do céu — e o firmamento
Com estranho clarão pompeia à noite.

Eram assim minhas visões formosas,
As três imagens de meu vago sonho,
Que mais ao céu que à terra pertenciam!

III

O mancebo falou. O norte intenso,
Que ia cruzando enfurecido os ares,
Foi transformar-se em zéfiro saudável,
Quando o mancebo desprendeu seus lábios.
O terreno vapor, que ao éter sobe,
Do chão, dos mares, tórrido ou aquoso,
Que vai no espaço assimilar-se em nuvens,
Que o céu em crepe mortuário enlutam,
Parou também a aspiração que tinha,
Quando o mancebo desprendeu seus lábios.
As lindas flores dos jardins da terra,

Que pelo sol crestadas, estuavam,
Tentando em si desnatural esforço,
A seiva toda do âmago chamaram
Ao cálix globuloso — e cheiro e bálsamo.
Mais novo e ativo respiraram todas,
Quando o mancebo desprende seus lábios.
O sol também mais orgulhoso e altivo,
Subiu ao seu zenith — seu trono etéreo —
Para mirar na direção dos raios,
Na baixa terra a imagem da inocência,
A encarnação do espírito dos anjos,
Quando o mancebo desprende seus lábios.
— O vento forte e as nuvens se sumiram,
Não exalaram mais o mar e a terra,
Bálsamo novo as flores respiraram,
O sol subiu ao seu zenith sublime;
Parada, estanque, a natureza atende,
E o mancebo loução desprende os lábios.

— Crê-me, oh donzela! a onipotente destra
Formou meu coração p'ra ser contido
Bem dentro do teu peito — qual se esconde
Tesouro imenso em urna pequenina.
Tua alma pura, cândida, inocente,
Como o gemer de solitária rola,
Também foi feita para unir-se à minha.
Somos dois corações fundidos ambos
Num coração que um sentimento iguala:
Duas felizes almas derramadas
Numa alma só que um pensamento ajunta.
Quando teus olhos — como ardentes fachos —
Chamas de puro amor, em mim se fitam,
Não encontras também meus olhos quentes
Fitos nos teus em fogo de ternura?
Quando, depois de instantes de silencio,
Depois de um lindo e passageiro arrebo,
A ponto os nossos lábios se desprendem,
Não temos dito tanta vez num brado
As mesmas expressões, as mesmas frases?
Não pensamos também na mesma idéia?
Quando um incerto e vago sentimento
De amor, de timidez, de zelo ou mágoa,
Ambos os nossos corações comprime,
Não temos arrancado ao mesmo tempo
Doridos ais ou tépidos suspiros?
Dois corações e duas almas somos,
Que um sentimento e um pensamento ajuntam.
Deus quer-nos juntos, porque assim formou-nos;
Seremos juntos, venturosos, lindos,
Como as aves do céu no espaço livre.
Deus quer-nos juntos — porque assim formou-nos,
Quer-nos ditosos, venturosos, lindos!
Não carecemos de riqueza imensa,
Para gozarmos nossa imensa dita.
Não carecemos de um solar vetusto,
De um castelo feudal, de um régio alcáçar,

Nem de um palácio de riqueza imensa,
Que nos devam conter a imensa dita.
Não carecemos do poder do mundo,
De um diadema excelso de rainha,
De um cetro forte de riqueza imensa,
Que nos venham ornar a imensa dita.
Não carecemos de renome ou fama,
Desses prestígios frívolos de glória,
Dessa vaidosa voz, geral, inútil,
Que nos venha espalhar a imensa dita.
Templo maior mais digno, mais sublime
É nosso coração: imenso alcáçar,
Onde pôde habitar o amor somente!
Chegamos nele: — que ele é amplo, extenso,
Capaz, bastante a concluir num foco
Duas vidas irmãs, iguais, fundidas.
É só no coração que a dita existe,
É nele só que ser feliz se pode.
Só do seu centro partem-se, despedem-se,
Brilhantes raios de imortal ventura.
E se meu coração co'o teu se iguala,
Se juntos somos pela mão do Eterno,
É que a ventura em nós também se dobra,
E duas vezes mais felizes somos.
Deus nos quer juntos — porque assim formou-nos,
— Quer-nos ditosos, venturosos, lindos! —

Assim falava o fervido mancebo:
Seu coração pulsava arrebatado,
Forte, ansioso, inquieto, ardente,
Como o oceano em vagalhões revolto,
— E parecia, entre os arfantes pulsos,
Querer pular no coração da virgem.
E as pupilas da virgem rutilavam
Saltantes, doidas, como incertos fogos
No mar à noite co'o ferver das ondas.
E do prazer a lágrima correu-lhe
Do lado esquerdo pela face quente,
E foi por ela tremula caindo,
Como um regato de cristal ao longe,
E muito tempo lhe pendeu da face,
Qual pende em flocos do penhasco o gelo,
— E a tez ardente resfriou-lhe um pouco,
E pelas veias circulou-lhe o sangue,
Que todo havia concorrido ao rosto.
E a seu estado natural volvida
Era a donzela uma visão celeste,
Que vê-se em sonho, e se dizer não pode.

E a matrona sorriu. E os fracos olhos
Lágrimas raras de prazer manaram,
Bem como gotas de ligeira chuva.
E levantando a vista ao céu sereno,
E erguendo a destra sobre a filha e o jovem,
E os abraçando em apertado amplexo,
— Sublime, excelsa, qual no templo assoma
Do sacerdote o divinal semblante, —

De Deus a bênção derramou por eles.

IV

E um disco enorme de ventura e glória
Cobriu minha visão. E as três imagens
Eram três centros de brilhantes raios,
De mistérios de luz. Então meus olhos
De tamanho clarão feridos, cegos,
Não viram mais esta visão distinta.
Perante a vista ainda restou por horas
Um turbilhão de luz no mesmo estado.
Depois de grau em grau foi-se apagando,
E se extinguiu. — Um vórtice de trevas,
Imolando no ar, veio envolvê-la.

V

Então a voz de uma verdade amarga
A meus ouvidos ressoou tremenda,
Como o ribombo do trovão rolante!

Um grito extenso, quereloso, trêmulo,
Nos ares se partiu. — Como um rangido
De ferro em ferro, o guincho desatou-se.
Depois subindo lamentosa escala,
Era de um doido a gargalhada bruta,
De vivo incêndio o crepitar nas matas,
O som de um raio no escachar o tronco.
Por fim descendo em gradação medonha,
Já muito ao longe terminou-se o guincho
Na querelosa voz que começara.
Ave sinistra! — incrédulos ou sábios
Teus mortuários cânticos não temam!
Eu não! que sei temer-te. — Instinto ou alma
Existe em ti que profetiza a morte.
Talvez o Eterno te formou de modo,
Que teu olfato peregrino ou próprio,
Do moribundo os hálitos perceba,
Assim como formou-te a voz horrível
Para dizeres lôbregos lamentos.

Então a voz de uma verdade amarga
A meus ouvidos ressoou tremenda
Como o ribombo do trovão rolante!

Então o lindo zéfiro saudável
Transformou-se outra vez em norte intenso.
O mar e a terra respirou vapores,
Que subiram ao ar formando nuvens,
Que o céu em crepe fúnebre enlutaram.
Então as flores dos jardins da terra
Esgotaram a seiva e a força e a vida,
E o cheiro ativo e o bálsamo perderam.
E o sol formoso, que eu sonhava há pouco,

Contra o nosso hemisférico a face tinha.

Então a voz de uma verdade amarga
A meus ouvidos ressoou tremenda,
Como o ribombo do trovão rolante!

VI

Torvos os olhos, trêmulos os lábios,
Pálida a face em lágrimas banhada,
Rugada a testa juvenil — tão linda,
Caída pelo colo a espessa coma,
Um lúgubre ululado ao ar desata
Uma triste mulher. Chamou-se esposa
Num instante somente, — e noutro instante
Da viuvez a sorte e as dores prova.

VII

— Ele, meu Deus! o esposo da minh'alma
Aqui no coração viveu 'té agora,
Como num templo. — Ele morreu p'ra sempre,
— E resta o coração que ele habitava,
Qual fica o templo a que se tira o Santo.
E resta o coração... que é este agora?
Taça vazia do licor divino,
Que outrora a encheu e a perfumou tão doce!
Amplio jardim de arbustos decepado,
Sem flores mais que embelecê-lo possam!
Tais para mim os meus amores eram!
Doce licor que o peito me embebia,
Flores que a fronte ornavam-me em grinalda,
Santo que tinha na minha alma um templo!
Ah! meu amor se consumou tão cedo!...
A minha vida se acabou co'a dele,
Qual murcha a planta quando o pé lhe arrancam.
— Tirai-me aqui, levai-me longe, amigas,
Levai-me longe as vestes do noivado.
Esta capela, que cingiu-me a testa,
Que eu tenho aqui tão natural, tão nobre,
Foi ele que ma deu. Seus próprios dedos
Foram que em mim esta capela ataram.
Depois, de mim três passos afastou-se
Para mirar-me assim, — e achou-me bela
Como sua alma, e me chamou «Divina,
«Visão de Deus, ou serafim, ou fada.
«És bela, oh minha irmã, — então me disse,
«Como os anjos do céu, — quando te adorna
«A fronte esta capela. — Em nossas bodas
«Irás ovante, presunçosa, altiva,
«De teu brilhante resplendor cercada.»
Levai-me longe esta infeliz capela,
Levai-me longe este presente, amigas,
Levai-me longe as vestes do noivado.

Tirai-me as jóias que este colo enfeitam,
De que me ornei para agradar-lhe os olhos.
Não mais eu tenho o meu amor tão belo,
P'ra quem me enfeite de luzidas jóias.
Levai tais jóias para longe amigas,
Levai-me longe as vestes do noivado.
De meus dedos, aqui, vinde arrancar-me
Estes anéis de rutilos brilhantes,
Estes ornatos de alegria e luxo.
Mas este anel, que vedes mais pomposo,
Mais fulgurante aqui — bem como um astro —
Por compaixão! não mo tireis, amigas,
Que foi de meu amor sinal eterno,
Impresso pela mão do amante esposo.
Os mais enfeites me arrancai, amigas,
Levai-me longe as vestes do noivado.

Fatal doença, que poder tiveste
Que de meus braços o levaste à morte!
Tam jovem inda o meu esposo! Agora,
—Viver, agora, começava apenas,
Pois agora somente era que amava.
Quando lhe urgira o passamento extremo,
Lutando já entre mortais transidos,
Essas tocantes frases lhe escutamos:
«Morrer tão cedo! — e o serafim que eu tenho,
«Esta esposa infeliz, que amo extremoso,
«Único anelo à vida ao pé da morte,
«Esta esposa infeliz tão cedo a deixo!»
Fui eu, fui eu seu pensamento extremo!
E nessa convulsão que ultima a vida,
Quando a pálida boca abriu forçado,
Quando lançou seu derradeiro expiro,
Inda tentou articular meu nome,
Que entepartido lhe ficou nos lábios,
E o fim, e o resto — transportou-o à campa!

Campa cruel, que o meu amor encerras,
Não lhe comprimas o mimoso corpo,
Que eu já cuidei para entregar-te agora.
Já que não podes reverter-lhe a vida,
Dá-lhe um sossego plácido na morte,
Campa cruel, que o meu amor encerras!

Ele não era para mim somente
Amor inútil, isolado, ou fátuo.
Co'o seu amor vivífico e fecundo
Queria a todos, como a si queria.
Choremos todos um amor de menos.
Choremos todos: que partiu tão breve
Da terra aos céus um coração de amigo.
Mas foi unir-se àquela Essência eterna,
Donde seu puro espírito partira.
Entre os anjos nos céus ele revoa;
Que um anjo ele era cândido e formoso.
Isto consola: — mas em quanto a vida
Na terra me durar, — contínuo e sempre

Chorarei pelo amor que dele tive,
E com meu pranto copioso e ardente
A lamentá-lo ensinarei a todos.
Choremos todos um amor de menos.

NENIA

A LA HIJA DE S. VICENTE DE PAULO, FALLECIDA EN LA CIUDAD DE MARIANA

Si ella fuera más afortunada, su historia sería más pomposa: mas sus obras serían menos llenas, y con títulos soberbios habría talvez aparecido vacía delante de Dios.

BOSSUET

I

Mirad en los aires: allá suben,
Brillando de encendidas rayas,
Esferas áureas de nubes
Hermosas, pero siniestras.

Siniestras, sí: que en la tierra
Tal espectáculo existe,
Que es alegre para los ángeles,
Que para los hombres es triste.

Es así aquél aspecto
De nubes de oro y zafiro:
¡Tan placentero que es él!
No sé qué pesar inspira.

Mirad en los aires: allá suben,
Brillando de encendidas rayas,
Esferas áureas de nubes
Hermosas, pero siniestras.

Y lavas de ardientes himnos
Revientan dos copas suyas:
— Son ángeles lindos que entonan
Misterios santos de Dios.

Son canciones de otra patria, —
Son del cielo, — son ángeles, sí:
La voz de las vírgenes de la tierra
No tiene armonía así.

¡Qué belleza no reflejan
Los aires, la tierra, el mar!
— ¡Mas qué silencio que guardan
Tan propio para llorar!

Mirad en los aires: allá suben,

Brillando de encendidas rayas,
Esferas áureas de nubes
Hermosas, pero siniestras.

¡Entes del cielo! — ¿Quién inspira
Vuestro lenguaje canoro?
¿Perdisteis otrora un ángel,
Que vinisteis a buscar ahora?

Talvez que bajase al mundo
Alguno de vuestros hermanos:
Talvez que el cielo nos mandase
Alguno de sus ciudadanos.

Y completase entre los hombres
Su divina misión:
Y suba, en nubes doradas,
De nuevo a su mansión.

Mirad en los aires: allá suben,
Brillando de encendidas rayas,
Esferas áureas de nubes
Hermosas, pero siniestras.

II

¿Quién eres, virgen cristiana? — ¿Cuál es tu nombre?
Por patria tuya — ¿qué nación te cabe?
¿Por qué súbente al cielo esferas de oro?
— De entre los hombres ninguno, — ninguno lo sabe.

Fuiste — cual lluvia argéntea que, pasando,
Fecundación por los vergeles despierta:
Mas a la vista del sol nadie en la tierra
De las cristalinas gotas se acuerda.

Así cristiano, pasaste por la tierra,
Extraña al mundo, y plácida, y quieta:
Ni la piedra que cubre tu cadáver
Mojola con su llanto algún poeta.

Ni cayote en el féretro una lágrima,
— Ni una sola de sentimiento grato:
Lágrima a precio de ambición comprada
No la tuviste de ese pueblo ingrato.

No te adornaron la virgínea frente.
Inútiles lauros de Staël famosa.
No manejaste las áulicas intrigas,
Que celebraron Maintenon vanidosa.

No te cupo el poder de la grande
Aspasia por los altivos sofes decantada.
De Catharina el formidable cetro
No te pesó en la diestra delicada.

Fuiste — cual lluvia argéntea que, pasando,
Fecundación por los vergeles despierta:
Mas a la vista del sol nadie en la tierra
De las cristalinas gotas se acuerda.

Ni elegías tiernas de nostalgia
Sobre el túmulo tuyo dijo un poeta.
Del ministro de Dios la voz apenas
Púdose oír monótona y quieta.

Mas Dios, que lee en las vísceras de los hombres,
Hizo bajar del cielo esferas de oro.
Tu alma pura, circundada de ángeles,
Fue llevada al Señor, como un tesoro.

Los cantores seráficos te entonan
Nenias, que nunca los hombres escucharon:
Nostálgicas nenias, inauditas, nuevas,
Que los poetas de la tierra te negaron.

¿Quién eres, virgen cristiana? — ¿cuál es tu nombre?
Por patria tuya — ¿qué nación te cabe?
¿Por qué súbente al cielo esferas de oro?
— De entre los hombres ninguno, — ninguno lo sabe.

III

Parad, impíos, parad, — mientras yo hiero
Las cuerdas del laúd.
Mudos oídmel el cántico de la muerte,
La nenia de la virtud.

¡Virgen cristiana! — un trovador mezquino
En la tierra aún existe,
Que entorna sobre la lápida, que te encierra,
Una palabra triste.

No es un canto arrogante— como
Águila que los cielos invade:
Es la querellosa voz de hombre avezado
A los himnos de la desgracia.

¡Virgen cristiana! — Tú que enjugaste en vida
Las lágrimas del pobre,
Acepta ahora las lágrimas del bardo
En la piedra que te cubre.

Tú has de oír en el cielo, a donde subiste,
Mi luctuoso canto.
El lenguaje de las lágrimas es tuyo:
Entenderás mi llanto.

Baja los ojos: — sobre tu sepulcro
Curvado está un hombre:
Lágrimas vierte, — y de esas que, cayendo,
Secándose, se consumen.

Soy yo, — soy yo, — con la lira en las rodillas,
Con la voz temblorosa y presa:
Con los vagos dedos afinando incierto
La cuerda de la tristeza.

Dame, dame una lágrima solamente,
Oh, virgen, — que yo la necesito:
¡Una lágrima, no! — Allá no hay de ellas.
Dame, dame una sonrisa.

Parad, impíos, parad, — mientras yo hiero
Las cuerdas del laúd.
Mudos oídme el cántico de la muerte,
La nenia de la virtud.

IV

¡Oh, virgen — en la lápida que tiene tu cadáver
Estuve inclinado, — de rodillas en el suelo!
Con el triste laúd cubierto de luto
Intenté entonarte funérea canción.

Mi alma en sublime delirio volaba,
Mi alma volaba, salía de mí.
Mi triste laúd cubierto de luto
Quedó en una estatua de duro marfil.

Mi alma volaba suspendida en el espacio,
Mi alma volaba. — por donde — no sé.
A los lados y arriba solamente el infinito,
Por abajo solamente sepulcros encontré.

Y todo desierto, — silencio de tumbas,
Vastísimo aspecto de inmensa soledad:
Y todo espiraba bellezas horribles
De un mundo que de hombres no puede ser, no.

Entonces repentina en lo vago del espacio
No sé qué armonía que oí que rompió;
No sé si partía de voces extrañas,
No sé si partía del espíritu mío.

V

El cadáver que yace en esta tumba
Este mundo no lo hubo entendido.
Este mundo no dio su llanto,
— Ese llanto comprado y vendido.
Es de los cielos el cadáver de la virgen,
Que vuela del mundo fingido.

El cadáver que yace en esta tumba
Sentimientos de los ángeles contuvo.
Caldera que vive en las llamas,

En este mundo esta virgen estuvo.
En este mundo los preceptos de Cristo
En su alma ella siempre los retuvo.

El cadáver que yace en esta tumba
Este mundo lo trató con desprecio:
Que este mundo escarnece las virtudes,
Cuando de ellas se siente sorprendido.
Allá en los antros oscuros del pecho
De la verdad la adoración queda presa.

¿Preguntáis su patria cuál era?
— Preguntadlo a los dos polos de la tierra:
— Flor eterna que en todo el universo
Las raíces profundas aferra:
— Pueblo de hombres cristianos que en los orbes
Nunca un déspota enorme los destierra.

¿Su nombre queréis? — Consultadle
Qué pálpitos sus pechos tuvieron.
Sentiréis, en el cadáver helado,
Qué valientes, qué ávidos eran.
— ¡Caridad! — Sus pechos palpitan:
— ¡Caridad! — Sus labios dijeron.

Fue su astro ese nombre divino,
Ese nombre que Cristo enseñó.
Para los puntos cardinales lejanos de la tierra
Esa virgen cristiana se arrojó.
Con ese nombre de Cristo en los labios,
Mil feroces naciones enfrentó.

A esos mártires locos de la guerra
Exhumó de sangre de la batalla.
Fue a pensar la familia del pobre
En la modesta casita de paja.
Fue las llagas a limpiar del mendigo
Con fibrosa y suave toalla.

Por los trivios desiertos de la estrada,
Por los sórdidos cantos de las calles,
Recogió a los infantes expuestos
Por las madres deshumanas y crudas;
Envolvió en felpudas mantillas
Sus carnes heladas y desnudas.

Sin embargo, nunca postrose en los tronos
Ni se arrojó a los pies del monarca.
¡Caridad! — Este nombre sagrado,
Como las tablas de la ley dentro del arca,
¡Caridad! — Entre el mármol y la paja
Acepciones diferentes no marca.

¡Caridad! — Evangelio en resumen —
Entre los hombres no hace distinción.
Ama al pobre — que por encima de los ricos
De ese amor tienen mayor necesidad.

Vale menos un cetro para ella:
Vale más del mendigo el bordón.

¡Caridad! — Evangelio en resumen —
Ni a señores ni a siervos conoce.
— Como el siervo se estremece, muriendo,
De este modo el señor se estremece.
Y la nobleza comprada en la cuna
En una tumba como el pobre fenece.

Así fue esta virgen.— Mil veces
A los heridos recogió de la batalla.
A los mendigos tomó por las calles,
Consoló en la casita de paja.
Envolvió a los infantes expuestos
En fibrosa y suave toalla.

Sin embargo, hoy su cuerpo es cadáver.
Tiene su alma la celeste mansión.
El Señor la llamó por sus ángeles,
Que completa vio su misión.
Y partió de entre nosotros... Y de la virgen,
Ya nadie más de ella se acuerda, no.

En los semblantes de enfermos, por pobres
De la ventura ya brilla el retrato.
El niño que la vida le debe,
Este mundo después hízolo ingrato:
Porque el hombre en el lecho de tapiz
Juzga infamia lo que recuerda el catre.

Y partió de entre nosotros... Y no tuvo
La canción funeral del poeta,
— De lo inspirado de Dios para el mundo,
De lo escogido — terrestre profeta.
Del profeta divino solamente
Ella tuvo una plegaria silenciosa.

Y partió de entre nosotros... Y sus ángeles,
Sus hermanos — una nenia entonaron.
Y en el aire asombrado y tranquilo
Armonías del cielo resonaron.
Y de nubes esferas doradas
Para los altos de Dios la llevaron.

Y delante de ese aspecto de gloria
Toda la tierra quedose serena:
Como el triste, ante las risas ajenas,
Siente aumentársele más la pena:
Como la taza de néctar del rico
Las arterias del pobre envenena.

¡Mas la tierra refleja bellezas,
Esa tierra, ese vacío, ese mar!
Sin embargo, todo — mudez y silencio, —
— Atalaya que se pone a espiar:
Sin embargo, todo está asombrado y tranquilo,

Como quien preludia llorar.

Y partió de entre nosotros... Y sus ángeles,
— Sus hermanos — una nenia entonaron.
Y de nubes esferas doradas
Para los altos de Dios la llevaron.
Y esa tierra, ese vacío, esos mares
En la mudez de la tristeza quedaron.

Tú, oh, cielo, en la escritura de los ángeles,
Un ángel más en tus lloros registras.
Tú lo mandaste a buscar por tus ángeles
Sobre nubes de fulgurantes rayas.

Mas la tierra quedó melancólica,
Cual gigante con el rostro siniestro.

VI

Tal fue repentina en lo vacío del espacio
Aquella armonía que oí que rompió. No
sé si partía de voces extrañas,
No sé si partía del espíritu mío.

1 de febrero de 1854.

NÊNIA A FILHA DE S. VICENTE DE PAULO, FALECIDA NA CIDADE DE MARIANA

Se ela fora mais afortunada, sua
historia seria mais pomposa: mas
suas obras seriam menos cheias, e
com títulos soberbos teria talvez
aparecido vazia diante de Deus.

BOSSU
ET

I

Olhai nos ares: lá sobem,
Brilhando de acesas listras,
Esferas áureas de nuvens
Formosas, porém sinistras.

Sinistras, sim: que na terra
Tal espetáculo existe,
Que é alegre para os anjos,
Que para os homens é triste.

É assim aquele aspecto

De nuvens de ouro e safira:
Tam prazenteiro que é ele!
Não sei que pesar inspira.

Olhai nos ares: lá sobem,
Brilhando de acesas listras,
Esferas áureas de nuvens
Formosas, porém sinistras.

E lavas de ardentes hinos
Rebentam dos bojos seus:
— São anjos lindos que entoam
Mistérios santos de Deus.

São musicas de outra pátria, —
São do céu, — são anjos, sim:
A voz das virgens da terra
Não tem harmonia assim.

Que beleza não refletem
Os ares, a terra, o mar!
— Mas que silencio que guardam
Tam próprio para chorar!

Olhai nos ares: lá sobem,
Brilhando de acesas listras,
Esferas áureas de nuvens
Formosas, porém sinistras.

Entes do céu! — quem inspira
Vossa linguagem canora?
Perdestes outrora um anjo,
Que vindes buscar agora?

Talvez que baixasse ao mundo
Algum de vossos irmãos:
Talvez que o céu nos mandasse
Algum de seus cidadãos.

E completasse entre os homens
Sua divina missão:
E suba, em nuvens douradas,
De novo a sua mansão.

Olhai nos ares: lá sobem,
Brilhando de acesas listras,
Esferas áureas de nuvens
Formosas, porém sinistras.

II

Quem és, virgem cristão? — qual é teu nome?
Por pátria tua — que nação te cabe?
Porque sobem-te ao céu esferas de ouro?
— Dentre os homens ninguém, — ninguém o sabe.

Foste — qual chuva argêntea que, passando,
Fecundação pelos vergéis acorda:
Mas à vista do sol ninguém na terra
Das cristalinas gotas se recorda.

Assim, cristão, passaste pela terra,
Estranha ao mundo, e plácida, e quieta:
Nem a laje que cobre o teu cadáver
Molhou-a co'o seu pranto algum poeta.

Nem caiu-te no féretro uma lágrima,
— Nem uma só de sentimento grato:
Lágrima a preço de ambição comprada
Não na tiveste desse povo ingrato.

Não te adornaram a virgínea frente.
Inúteis louros de Staël famosa.
Não maneja-te as áulicas intrigas,
Que celebraram Maintenon vaidosa.

Não te coube o poder da grande
Aspásia pelos altivos sofos decantada.
De Catharina o formidável cetro
Não te pesou na destra delicada.

Foste — qual chuva argêntea que, passando,
Fecundação pelos vergéis acorda:
Mas à vista do sol ninguém na terra
Das cristalinas gotas se recorda.

Nem elegias ternas de saudade
Sobre o tumulto teu disse um poeta.
Do ministro de Deus a voz apenas
Pode-se ouvir monótona e quieta.

Mas Deus, que lê nas vísceras dos homens,
Fez abaixar do céu esferas de ouro.
Tua alma pura, circundada de anjos,
Foi levada ao Senhor, como um tesouro.

Os cantores seráficos te entoam
Nênias, que nunca os homens escutaram:
Saudosas nênias, inauditas, novas,
Que os poetas da terra te negaram.

Quem és, virgem cristão? — qual é teu nome?
Por pátria tua que nação te cabe?
Porque sobem-te ao céu esferas de ouro?
— Dentre os homens ninguém, ninguém o sabe.

III

Parai, ímpios, parai, — em quanto eu firo
As cordas do alaúde.
Mudos ouvi-me o cântico da morte,
A nênia da virtude.

Virgem cristão! — um trovador mesquinho
Na terra ainda existe,
Que entorna sobre a campa, que te encerra,
Uma palavra triste.

Não é um canto sobranceiro — como
Águia que os céus devassa:
É a quérula voz de homem afeito
Aos hinos da desgraça.

Virgem cristão! — tu que enxugaste em vida.
As lágrimas do pobre,
Aceita agora as lágrimas do bardo
Na laje que te cobre.

Tu hás de ouvir no céu, onde subiste,
Meu lutuoso canto.
A linguagem das lágrimas é tua:
Entenderás meu pranto.

Abaixa os olhos: — sobre o teu sepulcro
Curvado está um homem:
Lágrimas verte, — e dessas que, caindo,
Secando, se consomem.

Sou eu, — sou eu, — co'a lira nos joelhos,
Co'a voz tremente e preza:
Co'os vagos dedos afinando incerto
A corda da tristeza.

Dá-me, dá-me uma lágrima somente,
Oh virgem, — que eu preciso:
Uma lágrima, não! — lá não há delas
Dá-me, dá-me um sorriso.

Parai, ímpios, parai, — em quanto eu firo
As cordas do alaúde.
Mudos ouvi-me o cântico da morte,
A nênia da virtude.

IV

Oh virgem! — na campa que tem teu cadáver
Estive inclinado, —joelhos no chão.
Co'o triste alaúde coberto de crepe
Tentei entoar-te funérea canção.

Minh'alma em sublime delírio voava,
Minh'alma voava, saía de mim.
Meu triste alaúde coberto de crepe
Ficou numa estatua de duro marfim.

Minh'alma voava suspensa no espaço,
Minh'alma voava.— por onde — não sei.
Aos lados e acima somente o infinito,

Por baixo somente sepulcros achei.

E tudo deserto, — silencio de tumbas,
Vastíssimo aspecto de imensa soidão:
E tudo espirava belezas horríveis
De um mundo que de homens não pode ser, não.

Então repentina no vago do espaço
Não sei que harmonia que ouvi que rompeu;
Não sei se partia de vozes estranhas,
Não sei se partia do espírito meu.

V

O cadáver que jaz nesta campa
Esse mundo o não teve entendido.
Esse mundo não deu o seu pranto,
— Esse pranto comprado e vendido.
É dos céus o cadáver da virgem,
Que esvoaça do mundo mentido.

O cadáver que jaz nesta campa
Sentimentos dos anjos conteve.
Salamandra que vive nas chamas,
Neste mundo esta virgem esteve.
Neste mundo os preceitos do Cristo
Em sua alma ela sempre os reteve.

O cadáver que jaz nesta campa
Esse mundo o tratou com desprezo:
Que esse mundo escarnece as virtudes,
Quando delas se sente surpreso.
Lá nos antros escuros do peito
Da verdade o louvor fica prezo.

Perguntais sua pátria qual era?
— Perguntai-o aos dois pólos da terra:
— Flor eterna que em todo o universo
As raízes profundas aferra:
— Povo de homens cristãos que nos orbes
Nunca um déspota enorme os desterra.

O seu nome quereis? — Consultai-lhe
Que palpites seus peitos tiveram.
Sentireis, no cadáver gelado,
Que valentes, que sôfregos eram.
— Caridade! — seus peitos palpitam:
— Caridade! — seus lábios disseram.

Foi seu astro esse nome divino,
Esse nome que o Cristo ensinou.
Para os cárdines longes da terra
Essa virgem cristão se atirou.
Co'esse nome do Cristo nos lábios,
Mil ferozes nações arrostou.

Esses mártires loucos da guerra
Exumou do cruor da batalha.
Foi pensar a família do pobre
Na modesta casinha de palha.
Foi as chagas limpar do mendigo
Com fibrosa e macia toalha.

Pelos trívios desertos da estrada,
Pelos sórdidos cantos das ruas,
Recolheu os infantes expostos
Pelas mãos desumanas e cruas;
Envolveu em felpudas mantilhas
Suas carnes geladas e nuas.

Porém nunca prostrou-se nos tronos
Nem rojou pelos pés do monarca.
Caridade! — este nome sagrado,
Como as tábuas da lei dentro da arca,
Caridade! — entre o mármore e o colmo
Acepções diferentes não marca.

Caridade! — evangelho em resumo —
Entre os homens não faz distinção.
Ama o pobre — que acima dos ricos
Desse amor têm maior precisão.
Vale menos um cetro p'ra ela:
Vale mais do mendigo o bordão.

Caridade! — evangelho em resumo —
Nem senhores nem servos conhece.
— Como o servo estremece, morrendo,
Deste modo o senhor estremece.
E a nobreza comprada no berço
Numa campa co'o pobre fenece.

Assim foi esta virgem.— Mil vezes
Os feridos colheu da batalha.
Os mendigos tomou pelas ruas,
Consolou na casinha de palha.
Envolveu os infantes expostos
Em fibrosa e macia toalha.

Porém hoje o seu corpo é cadáver.
Tem sua alma a celeste mansão.
O Senhor a chamou por seus anjos,
Que completa viu sua missão.
E partiu dentre nós... E da virgem,
Ninguém dela se lembra mais não.

Nos semblantes de enfermos, de pobres
Da ventura já brilha o retrato.
O menino que a vida lhe deve,
Esse mundo ao depois fê-lo ingrato:
Por que o homem no leito de estofo
Julga infâmia o que lembra o grabato.

E partiu dentre nós... E não teve

A canção funeral do poeta,
— Do inspirado de Deus para o mundo,
Do escolhido — terrestre profeta.
Do profeta divino somente
Ela teve uma prece quieta.

E partiu dentre nós... E seus anjos,
Seus irmãos — uma nênia entoaram.
E no ar assombrado e tranqüilo
Harmonias do céu ressoaram.
E de nuvens esferas douradas
Para os altos de Deus a levaram.

E perante esse aspecto de glória
Toda a terra quedou-se serena:
Como o triste, ante os risos alheios,
Sente mais aumentar-se-lhe a pena:
Como a taça de néctar do rico
As artérias do pobre envenena.

Mas a terra reflete belezas,
Essa terra, esse vácuo, esse mar!
Porém tudo — mudez e silencio, —
— Atalaia que põe-se a espiar:
Porém tudo assombrado e tranqüilo,
Como quem preludia chorar.

E partiu dentre nós... E seus anjos,
— Seus irmãos — uma nênia entoaram.
E de nuvens esferas douradas
Para os altos de Deus a levaram.
E essa terra, esse vácuo, esses mares
Na mudez da tristeza ficaram.

Tu, oh céu, na escritura dos anjos,
Mais um anjo em teus choros registras.
Tu mandaste-o buscar por teus anjos
Sobre nuvens de fulgidas listras.

Mas a terra ficou merencória,
Qual gigante co'as faces sinistras.

VI

Tal foi repentina no vago do espaço
Aquele harmonia que ouvi que rompeu. Não
sei se partia de vozes estranhas,
Não sei se partia do espírito meu.

1 de fevereiro de 1854.

LOS DOS CADÁVERES

A los manes³³ del venerando anciano — el Dr. Fr. José de Santa Escolástica e Oliveira, fallecido a 22 de marzo, y de mi joven amigo Fr. Henrique de Santa Rosa Ribeiro, fallecido a 22 del mismo mes.

Felices, — no sólo por la honradez de la vida, sino también por la oportunidad de la muerte.

TÁCITO.

I

Las lamentables oraciones que escucho
Dicen que es tiempo de llorarlos aún.
Necesitan ciertos dolores larga ausencia
Para tornarse fuertes. Ni con el tiempo
Es que se enjugan lágrimas de amigos.
Y las lamentables oraciones que escucho
Dicen que es tiempo de llorarlos aún.

II

En dos días solamente a la tierra dimos
Dos cadáveres nuestros. Y esta tierra
Dos fauces abrió para engullirlos,
— Dos fauces terribles.
Parecía por dos bocas horrorosa reírse
Con sardónico aspecto.

III

Entre las plegarias de muerte aquí trajimos
Primero a un anciano. Vivió un día,
Mas un día completo. Su aurora
Fue risueña: su zenit más bello:
 Más bello su ocaso.
De su historia las páginas doradas
Todas en un verbo apenas se resumen,
 — En el verbo de la virtud.
Y vosotros, hijos del mundo, — y vosotros, que habéis
Menoscabado, ironizado los claustros,
Ved aquel sepulcro. Allí en la piedra
Leeréis vuestra locura, al fin vencida
De vergüenza y confusión, — yendo a esconderse
Por entre nuestras orgullosas palmas
 De fúnebre victoria.
Y ese cuadrado, poblado a lo largo
De cadáveres mil, atestigua a los impíos
Que esta insania de la cruz no cae aún.
Venid a estudiar en la lápida de los túmulos
La suerte del porvenir. Aquí se enlazan

³³ (N. del T.) Almas de los muertos, consideradas divinidades en la mitología romana.

En las flores del martirio inmensos nombres
Que figuran en el cielo. Aquí lanzamos
Al mundo entero una solemne prueba
De lo que él llama — las ambiciones del monje.
¡Inclinad vuestra frente en nuestras lápidas,
Oh, impíos, — y aprended! Aquí se esconden
Del monje las ambiciones muertas con él.
Preguntad, preguntad a las mismas lápidas
— ¿Cuáles fueron? — Una plegaria humilde
Después de su muerte.

Tales eran del monje anciano, que aún lloramos,
Las ambiciones en la vida y más allá de los túmulos.

Fueron cumplidas, ellas. Su cadáver
Entre las plegarias de muerte aquí trajimos.

IV

Había tronado luctuoso el bronce
Gravosos sonidos de muerte.
De doblar de campanas y oraciones los aires se llenan.
Del dolor el espectro, el genio de los lamentos
En los techos se posa, en lágrimas descansando.
Y el campanario enmudeció: en las auras
De todo en todo el lúgubre ruido,
Volando, desperdicióse en tenues ecos.
Solamente las oraciones repetidas susurran
Por la extensión de los solitarios claustros.
Y todo lo demás era silencio y nada.
Cuando otra vez el acostumbrado bronce
Otra muerte más clama:

V

Era un joven que un paso apenas diera
En el camino de la vida. Una pisada
Marcó solamente en los escalones del mundo:
Descendió, — y dio en el túmulo la segunda.
Un momento paró ante los altares
Cantando al Eterno en maravillosos himnos:
Fue toda la vida suya ese momento:
Y remontóse al cielo, finalizado el canto.
Cuando en la tarde enternece y dulce
Habla entre las hojas de los rosales la brisa,
Un sonido — casi canción — se expande a lo largo,
Melodioso, sí: sin embargo, más bello.
Era su himno armonioso y blando.
Cuando sobre la montaña aérea orquesta
De altivos ruiseñores en fuertes trinos
De música atrevida los aires llenan,
Para oírlos el campesino deserta
El inocente tugurio, — y las fieras bravas
Y los torrentes caudales y los nortes paran:
Mas nada de eso su voz copia.

Ni el arpa inmortal tocada otrora
 Por el joven David en los reales palacios,
 Del poseído Saúl calmando las furias,
 Tradujo su cantar. Ya para la tierra
 Era de más oírlo.
 Había excedido hace mucho el ser del humano,
 Y ya tocaba a la perfección de los ángeles.
 Talvez necesitaba el etéreo trono
 De un cantor más, cual él.
 O de entre los lloros suyos—Dios, por momentos,
 Arrojase un ángel que viniese al mundo
 A cantar canciones del cielo, — diciendo a los hombres
 Cómo se adora a Dios en la patria eterna.

VI

¡Cantor, cantor del cielo! Tú no moriste,
 Ni mudaste de patria.
 No puede, no, ser tuyo ni uno de los orbes.
 Si en la tierra pasaste, oh, sí, — viaje,
 Misión de Dios fue eso en nuestra esfera.
 ¡La patria tuya es tan solamente el Eterno!
 Tú gemías, yo sé, yo te vi, yo mismo, —
 Gemías, circunscrito en tu secreto,
 Con nostalgias de allá. Cuidando a veces
 A solas contigo y tu idea estar,
 En calientes plegarias al Señor pedías
 Su mensaje concluir contigo.
 Allá en el Gólgota así, en la cruz colgado,
 Entre dolores al Padre rogaba el Cristo
 Que le pasase el cáliz.
 Dios al fin te atendió, cantor sagrado.
 A las almas dignas de Dios — Dios siempre las oye.

No lo lloremos, no. Un llanto estéril
 Sobre los manes de un ángel — insulto sería.
 Grabemos sólo en su lápida un nombre,
 Y lo demás en nuestros pechos.

22 de abril de 1854.

OS DOIS CADÁVERES

Aos manes do venerando ancião — o Dr. Fr. José de Santa Escolástica e Oliveira, falecido a 22 de março, e do meu jovem amigo Fr. Henrique de Santa Rosa Ribeiro, falecido a 22 do mesmo mês.

Felizes, — não só pela honradez da vida, como pela oportunidade da morte.

TÁCITO.

I

As lamentáveis orações que escuto
Dizem que é tempo de chorá-los inda.
Precisam certas dores longa ausência
Para tornar-se fortes. Nem no tempo
É que se enxugam lágrimas de amigos.
E as lamentáveis orações que escuto
Dizem que é tempo de chorá-los inda.

II

Em dois dias somente à terra demos
Dois cadáveres nossos. E essa terra
Duas fauces abriu para engoli-los,
— Duas fauces terríveis.
Parecia Por duas bocas horrorosa rir-se
Com sardônico aspecto.

III

Entre as preces de morte aqui trouxemos
Primeiro um ancião. Vivera um dia,
Mas um dia completo. A sua aurora
Fora risonha: o seu zenith mais belo:
 Mais belo o seu ocaso.
De sua historia as páginas douradas
Todas num verbo apenas se resumem,
 — No verbo da virtude.
E vós, filhos do mundo, — e vós, que tendes
Menoscabado, ironizado os claustros,
Vede aquele sepulcro. Ali na pedra
Lereis vossa loucura, alfim vencida
De pejo e confusão, — indo esconder-se
Por entre as nossas orgulhosas palmas
 De fúnebre vitória.
E esse quadrado, povoado ao longo
De cadáveres mil, atesta aos ímpios
Que esta insânia da cruz não cai ainda.
Vinde estudar na lapida dos túmulos
A sorte do porvir. Aqui se enastram
Nas flores do martírio imensos nomes
Que figuram no céu. Aqui lançamos
Ao mundo inteiro uma solene prova
Do que ele chama — as ambições do monge.
Inclinaí vossa frente em nossas campas,
Oh ímpios, — e aprendei! Aqui se escondem
Do monge as ambições mortas com ele.
Perguntai, perguntai às mesmas campas
— Quais elas foram? — Uma prece humilde
 Depois de sua morte.

Tais do monge ancião, que inda choramos,
As ambições na vida e além dos túmulos.

Foram cumpridas, elas. Seu cadáver
Entre as preces de morte aqui trouxeamos.

IV

Tinha troado lutuoso o bronze
Gravosos sons de morte.
De dobres e orações os ares pejam.
Da dor o espectro, o gênio dos lamentos
Nos tetos poussa, em lágrimas folgando.
E o campanário emudeceu: nas auras
De todo em todo o lúgubre ruído,
Voando, esperdiçou-se em tênues ecos.
Somente as orações crebras sussurram
Pela extensão dos solitários claustros.
E tudo o mais era silencio e nada.
Quando outra vez o acostumado bronze
Mais outra morte clama:

V

Era um jovem que um passo apenas dera
No caminho da vida. Uma pegada
Marcou somente nos degraus do mundo:
Desceu, — e deu no tumulto a segunda.
Um momento parará ante os altares
Cantando o Eterno em maviosos hinos:
Foi toda a vida sua esse momento:
E remontou-se ao céu, findado o canto.
Quando de tarde enternecida e meiga
Fala entre as folhas dos rosais a brisa,
Um som — quase canção — se expande ao longo,
Melodioso, sim: porém mais belo
Era o seu hino harmonioso e brando.
Quando sobre a montanha aérea orchestra
De altivos rouxinóis em fortes trinos
De musica atrevida os ares enchem,
Para os ouvir o camponês deserta
O inocente tugúrio, — e as feras bravas
E as torrentes caudais e os nortes param:
Mas nada disso a sua voz copia.
Nem a harpa imortal tangida outrora
Pelo jovem David nos régios paços,
Do possesso Saul calmando as fúrias,
Traduz o seu cantar. Já para a terra
Era de mais ouvi-lo.
Tinha excedido há muito o ser de humano,
E já tocava à perfeição dos anjos.
Talvez que precisasse o etéreo trono
Mais de um cantor, qual ele.
Ou dentre os choros seus—Deus, por momentos,
Tirara um anjo que viesse ao mundo
Cantar canções do céu, — dizendo aos homens
Como se adora a Deus na pátria eterna.

VI

Cantor, cantor do céu! tu não morreste,
Nem mudaste de pátria.
Não pode, não, ser teu nem um dos orbes.
Se na terra passaste, oh sim, — viagem,
Missão de Deus foi isso em nossa esfera.
A pátria tua é tão somente o Eterno!
Tu gemias, eu sei, eu vi-te, eu mesmo, —
Gemias, circunscrito em teu segredo,
Com saudades de lá. Cuidando às vezes
A sós contigo e tua idéia estares,
Em quentes preces ao Senhor pedias
Sua mensagem concluir contigo.
Lá no Gólgota assim, na cruz suspenso,
Entre dores ao Pai rogava o Cristo
Que lhe passasse o cálix.
Deus enfim te atendeu, cantor sagrado.
Almas dignas de Deus — Deus sempre as ouve.

Não choremo-lo, não. Um pranto estéril
Sobre os manes de um anjo — insulto fora.
Gravemos só em sua campa um nome,
E o mais em nossos peitos.

22 de abril de 1854.

¡Ay!

**Por el fallecimiento del venerando anciano — Fray Marcelino do
Coração de Jesus, acontecido en junio de 1854 en el monasterio
de Rio de Janeiro.**

Son ancianos que batallaron,
Y que jamás renegaron de
Su divisa y fe.

MUNIZ-BARRETO.

¿Por qué dejaste tu monasterio, oh, monje,
Dejaste tu celda?
¡Para el báculo aún un día tenías,
Un día para la mitra!
¿No tenías más que realizar en el mundo?
¿Agotaste de la vida el colorido cáliz,
Donde, a par del placer que a la superficie sube,
Se asientan la amargura y las heces?
¡Te saciaste bien de dolor, de gozos!
¿Te hartaste de la vida?
¿Por qué dejaste tu monasterio, oh, monje,
Dejaste tu celda?

Era pronto, talvez. Aún el rostro

Alardeaba mocedad y vida.
En la frente aún el ébano luciente
Se mezclaba con la plata.
Rígida, sonora, de la tribuna eterna,
La voz aún estremecía a las turbas,
Daba pavor a los grandes.
Podías propagar más bien en el mundo,
Si existieses un día más.
¿Por qué dejaste tu monasterio, oh, monje,
Dejaste tu celda?

Fueses un hombre necesario ahora.
Necesitaban de ti víctimas tantas,
¡Ay, tantos desgraciados!
La mano inicua de sagrados odios
Sobre el cuello inocente alzó de nuevo
El hacha de Herodes.
Con la garganta infantil sujeta al cepo,
Del verdugo romano pávidos oyeron:
— ¡Obediencia o muerte! —
Obedecieron.— La tortura, el zote,
El ergástulo, el patíbulo, las panteras,
De los impíos Nerones fueron.
Hoy hay Nerones cristianos más brutos que ellos.
Son de todas las épocas los tipos
De crimen, de ferocidad.
Nay hay, sin embargo, anfiteatro y fieras.
Conocen más el sufrimiento, los dolores,
Lo que más daña a los hombres.
¡Nos dan apenas cárcel y destierro!
¡Ah, el destierro!... prolongada estatua
De muerte que del cielo se prende al infierno,
— ¡De muerte que no finaliza! ¡Ay,
para tantos míseros ahora
Cuán necesario fueras!
¿Por qué dejaste tu monasterio, oh, monje,
Dejaste tu celda?

No viste las salas húmedas del llanto
De los míseros proscritos.
No viste el paño de los sagrados muros
Transpirando de lágrimas.
No viste el pináculo del templo añoso
— Testigo del dolor, — curvarse a ella,
En respeto a la desgracia.
No viste en la noche en los soturnos claustros,
De par en par hendiéndose los sepulcros,
Rechinando los huesos, levantarse a los muertos
Blandiendo maldiciones en férreos versos
Sobre los hijos sacrílegos.
Muy agria fuera a tus provecos años
Una escena de sangre.
¡Ah, tanto horror te causaría infernos!
Fuiste feliz: — moriste.
Cuando los pequeños, tan de Cristo amados,
Fuesen vistos de ti, — pálidos, tristes
Con los rostros huecos de sufrir profundamente,

Castigados sin crimen, en hostia³⁴ a la rabia
De fariseos hipócritas...
Una lágrima tuya, un gesto, un grito,
De bálsamo les fuera.
¿Por qué dejaste tu monasterio, oh, monje,
Dejaste tu celda?

También fuiste proscrito. El dolor del exilio
No érate ignoto.
¡Ah, cuántas veces deseaste en ansias
Regresar a la patria querida!
En la piedra sepulcral de la antigua gloria,
Sobre el polvo de los trofeos, pobre, envilecido,
Sus malos destinos Portugal lamenta,
Y lamentando se duerme.
Restos de nación con los pies en tierra,
Con las manos con dificultad sustentando el cráneo,
A cada soplo del viento del sur vacila.
¡Pero aún así amábasle los destrozos!
Allá tu cuna estaba.
¡Mas ah, los toques matinales no suenan
En las cúpulas de Arrábida!
Yacen sus claustros pavorosos, yermos.
Murmura aún en las extensas naves
El ruido de la sangre.
En las vacías celdas estampado impera
El crimen de sus hijos.
Soló esta idea te rasgaba las venas,
Te amargaba el pecho.
Recelaste, avistándole las ruinas,
Desfallecer llorando.
Mas esos llantos que a lo sublime excita
Contienen suave gozo.
¿Por qué dejaste tu monasterio, oh, monje,
Dejaste tu celda?

Hoy, de allá del cielo, la vista inclina
Hacia el dolor de los pequeños.
Una plegaria de ti merecen, la quieren
Tan inocentes almas.
Ruega por ellos al Señor que los ama.
Póstrate aún delante del solio eterno
Orando por los impíos.
Talvez Cristo les perdone el crimen,
Diciendo aún al Padre, cual dijo otrora:
— No saben lo que hacen.
Talvez subiste al cielo por impíos tantos.
Sería allá necesaria la plegaria tuya,
Para ablandarse la cólera divina,
Que ya bajaba en láminas de fuego
En las manos del arcángel que asolara Egipto,
Sobre la cabeza cargada de crímenes
De los fariseos modernos.
¿Por qué, si no por esto, al cielo subiste?
¿Por qué dejaste tu monasterio, oh, monje,

³⁴ (N. del T.) Entiéndase como sacrificio.

Dejaste tu cela?

AI!

**Pelo falecimento do venerando ancião — Frei Marcelino do
Coração de Jesus, acontecido em junho de 1854 no mosteiro do
Rio de Janeiro.**

São velhos que batalharam,
E que jamais renegaram
A sua divisa e fé.

MUNIZ
-
BARRE
TO.

Por que deixaste o teu mosteiro, oh monge,
Deixaste a tua cela?
Para o báculo ainda um dia tinhas,
Um dia para a mitra!
Não tinhas mais que performar no mundo?
Esgotaste da vida o vário cálix,
Onde, a par do prazer que à tona sobe,
Assentam mágoa e fezes?
Saciaste-te bem de dor, de gozos!
Fartaste-te da vida?
Por que deixaste o teu mosteiro, oh monge,
Deixaste a tua cela?

Era cedo, talvez. Ainda as faces
Alardeavam mocidade e vida.
Na fronte ainda o ébano luzente
Entremeava a prata.
Rija, sonora, da tribuna eterna,
A voz ainda estremecia as turbas,
Apavorava os grandes.
Podias espalhar mais bem no mundo,
Se fosses mais um dia.
Porque deixaste o teu mosteiro, oh monge,
Deixaste a tua cela?

Foras um homem necessário agora.
Precisavam de ti vítimas tantas,
Ai! tantos desgraçados!
A mão iníqua de sagrados ódios
Sobre o colo inocente alçou de novo
A sécure de Herodes.
Co'a garganta infantil cozida ao cepo,
Do algoz romano pávidos ouviram:
— Obediência ou morte! —
Obedeceram.— A tortura, o açoite,
O ergástulo, o patíbulo, as panteras,
Dos ímpios Neros foram.
Hoje há Neros cristãos mais brutos que eles.
São de todas as épocas os tipos

De crime, de ferócia.
Não há, porém, anfiteatro e feras.
Conhecem mais o sofrimento, as dores,
O que mais dana os homens.
Dão-nos apenas cárcere e desterro!
Ah! o desterro!... prolongada estatua
De morte que do céu se prende ao inferno,
— De morte que não finda! Ai!
para tantos míseros agora
Que necessário foras!
Por que deixaste o teu mosteiro, oh monge,
Deixaste a tua cela?

Não viste as salas úmidas do pranto
Dos míseros proscritos.
Não viste o pano dos sagrados muros
Transudando de lágrimas.
Não viste o coruchéu do templo anoso
— Testemunha da dor, — curvar-se a ela,
Em respeito à desgraça.
Não viste à noite nos soturnos claustros,
De par em par fendendo-se os sepulcros,
Rangindo os ossos, levantar-se os mortos
Brandindo maldições em férreos carmes
Sobre os filhos sacrílegos.
Mui agra fora a teus provectos anos
Uma cena de sangue.
Ah! tanto horror te causaria infernos!
Foste feliz: — morreste.
Quando os pequenos, tão do Cristo amados,
Fossem vistos de ti, — pálidos, tristes
Co'as faces cavas do sofrer profundo,
Castigados sem crime, em hóstia à raiva
De fariseus hipócritas...
Uma lágrima tua, um gesto, um brado,
De bálsamo lhes fora.
Por que deixaste o teu mosteiro, oh monge,
Deixaste a tua cela?

Também foste proscrito. A dor do exílio
Não era-te ignota.
Ah! quantas vezes desejaste em anciãs
Voltar à pátria cara!
Na pedra tumular da avita glória,
Sobre o pó dos troféus, pobre, aviltado,
Seus maus destinos Portugal pranteia,
E pranteando dorme.
Ossada de nação co'os pés em terra,
Co'as mãos a custo sustentando o crânio,
A cada sopro do suão vacila.
Mas inda assim amavas-lhe os destroços!
Lá o teu berço estava.
Mas ah! os toques matinais não soam
Nas cúpulas da Arrábida.
Jazem seus claustros pavorosos ermos.
Murmura ainda nas extensas naves
O ruído do sangue.

Nas vácuas celas estampado impera
O crime de seus filhos.
Só esta idéia te rasgava as veias,
Te amargurava o peito.
Receaste, avistando-lhe as ruínas,
Desfalecer chorando.
Mas esses prantos que o sublime excita
Contêm suave gozo.
Por que deixaste o teu mosteiro, oh monge,
Deixaste a tua cela?

Hoje de lá do céu a vista inclina
Para a dor dos pequenos.
Uma prece de ti merecem, querem
Tão inocentes almas.
Roga por eles ao Senhor que os ama.
Prostra-te ainda dante o sólio eterno
Orando pelos ímpios.
Talvez o Cristo lhes perdoe o crime,
Dizendo ainda ao Pai, qual disse outrora:
— Não sabem o que fazem.
Talvez subiste ao céu por ímpios tantos.
Seria lá precisa a prece tua,
Para abrandar-se a cólera divina,
Que já baixava em laminas de fogo
Nas mãos do arcanjo que assolara o Egito,
Sobre a cabeça grávida de crimes
Dos fariseus modernos.
Por que, senão por isto, ao céu subiste?
Por que deixaste o teu mosteiro, oh monge,
Deixaste a tua cela?

UN TÚMULO MÁS

**Por el fallecimiento del venerando anciano — Fray José de S.
Bento Damásio, a 10 de septiembre de 1854.**

I

¡Otro túmulo abierto! Amada lira,
Tiempla las cuerdas de tristeza y luto.
¡Ah, no se te olvide tu deber funéreo!
Nuestra misión es esta.
Internemos en la piedra un ay, un clamor,
Y alabastros de plegarias.
Cantemos siempre los males que finalizan
En el liminar de la muerte.
Merece cantos un dolor que expira.
Quien hoy desciende a la profundidad de la nada
Fue infeliz, — fue monje.

II

¡Mas, ah, qué imagen me arrebató extraña

A tétricos abismos!
 ¿Quién eres? — ¿arcángel o hada? — ¡Las largas vestiduras
 Vítreas, tan de cristal, a los aires quiebran
 En refringentes choques!
 ¡Qué color, qué rostro transparente, añíleo,
 Cual índigo de loza!
 ¡Qué color, qué rostro, qué platíneos ojos,
 Cuales pálidas estrellas!
 ¡A dónde me elevas, ay! ¡Qué caos, qué abismos
 Qué hielos glaciales, qué móviles plagas,
 Qué campos fluctuantes!
 ¡Cuántas lápidas aquí se quiebran y corren!
 ¡Cuántos cráneos, —iqué horror! — de icor sucios,
 Surgen espeluznantes de ellas!
 ¡He aquí! ¡De un lado levántanse, crujiendo,
 De negras togas adornados todos,
 Altivos esqueletos!
 ¡Ah! Estos otros, sin embargo, forcejean, luchan,
 Tremendos aúllan, por querer de balde
 Transponerse del sepulcro,
 Algún grillete, talvez, les prende las plantas
 Allá en la raíz de la roca,
 Ángel, demonio, diosa, encanto, o hada,
 ¡Ah! ¡Dime lo que veo!
 ¡Qué cráneo inmundo en desespero señalas,
 Demonio, diosa, arcángel!
 No lo reconozco, no. La patria mía
 No es esta. La región de los muertos,
 La zona del cielo, del inferno, elíseo, averno,
 Remolino infinito, tenebroso o claro,
 Abismos de luz o torbellinos de tinieblas,
 No me pertenecen aún.
 Otra nación, aquí, de esencia extraña,
 Este lugar ocupa.

 Déjame, pues, regresar, demonio o ángel.
 Transpórtame otra vez al ser que tenía.
 No he aún mi deber completado.
 Mi misión me llama.
 Concédeme un instante, un verso, un canto,
 Una improvisada nenia.
 Quien hoy desciende a la profundidad de la nada
 Fue infeliz, — fue monje...

III

«No cantarás,» aterradora grita
 A mi oído la furia.
 «No cantarás» me repitió, hinchado,
 Y reventó, chirriando.

MAIS UM TÚMULO

**Pelo falecimento do venerando ancião — Frei José de S. Bento
Damásio, a 10 de setembro de 1854.**

I

Mais um tumulto aberto! Amada lira,
Tempera as cordas de tristeza e luto.
Ah! não te esqueça teu dever funéreo!
 Nossa missão é esta.
Internemos na pedra um ai, um carme,
 E alabastros de preces.
Cantemos sempre os males que se findam
 No liminar da morte.
Merece cantos uma dor que expira.
Quem hoje desce à profundez do nada
 Foi infeliz, — foi monge.

II

Mas ah! que imagem me arrebatava estranha
 A tétricos abismos!
Quem és? — arcanjo ou fada? — As longas vestes
Vítreas, tão de cristal, os ares quebram
 E refrangentes choques!
Que cor, que face transparente, anílea,
 Qual índigo de louça!
Que cor, que face, que platíneos olhos,
 Quais pálidas estrelas!
Onde me arroubas, ai! que caos, que abismos
Que gelos glaciais, que moveis plagas,
 Que campos flutuantes!
Quantas campas aqui quebram-se e correm!
Quantos crânios, —que horror! — de sânie sujos,
 Surtem medonhos delas!
Eis! de um lado levantam-se, frangendo,
De negras togas adornados todos,
 Altivos esqueletos!
Ah! estoutros, porém, forcejam, lutam,
Tremendos uivam, por querer debalde
 Transpor-se do sepulcro,
Algum grilhão, talvez, lhes prende as plantas
 Lá na raiz da rocha,
Anjo, demônio, deusa, encanto, ou fada,
 Ah! dize-me o que vejo!
Que crânio imundo em desespero apontas,
 Demônio, deusa, arcanjo!
Não reconheço-o não. A pátria minha
Não é aqui. A região dos mortos,
Zona do céu, do inferno, elísio, averno,
Gurgite infindo, tenebroso ou claro,
Pegos de luz ou turbilhões de trevas,
 Não me pertencem inda.
Outra nação, aqui, de essência estranha,
 Este lugar ocupa.

Deixa-me, pois, voltar demônio ou anjo.
Transporta-me outra vez ao ser que tinha.
Não tenho ainda o meu dever completo.
 Minha missão me chama.
Concede-me um instante, um verso, um canto,
 Uma improvisa nênia.
Quem hoje desce à profundez do nada
 Foi infeliz, — foi monge...

III

«Não cantarás,» aterradora brada
 A meu ouvido a fúria.
«Não cantarás» me repetiu, inchado,
 E rebentou, tinindo.